

HOMILIAS

PARA EL

LECCIONARIO DOMINICAL

Año C





MINISTERIO HISPANO
LA IGLESIA EPISCOPAL

HOMILIAS
PARA EL
LECCIONARIO DOMINICAL
AÑO C

**Trabajo coordinado y revisado por el
Rvdo. Isaías A. Rodríguez, Lic. en Teología**

**Editadas por el
Rvdo. Canónigo Daniel Caballero**

Publicado por la Oficina del Ministerio Hispano
Iglesia Episcopal
815 Second Avenue
New York, NY 10017
Desarrollo congregacional étnico

Año de gracia de 2003

Presentación

Cuando asumí el cargo de Misionero Oficial para el Apostolado Hispano en nuestra Iglesia, una de las necesidades más apremiantes era la de una obra homilética que facilitara la tarea de quienes trabajan en la viña del Señor. Surgían demandas por todas partes pidiendo, a gritos, una obra como la que hoy presentamos. Por ello, movidos por esa necesidad y amparados en la protección del Señor, iniciamos el camino, sin estar seguros adónde nos conduciría.

Después de haber ofrecido ya el Ciclo B del Leccionario Dominical en papel impreso, presentamos ahora al público el **Ciclo C**, y el año próximo cerraremos este programa con el Ciclo A. Estamos agradecidos a todos los que nos han alabado y encomendado por este programa tan necesario para nuestro apostolado.

Aprovecho esta oportunidad para dar las gracias a todos los hermanos clérigos en el ministerio que, tomando tiempo de sus ocupados días, han colaborado en la confección de estas homilías. Estoy especialmente agradecido al Rvdo. Isaías A. Rodríguez, que ha dedicado a este trabajo infinidad de horas, para lograr que las homilías sean aceptables de la mayoría del público. Invito al lector a leer, con detención, la introducción que él mismo ha preparado, explicando lo difícil del proyecto. Su introducción es asimismo interesante bajo el punto de vista homilético en general.

Que la lectura y predicación de estas homilías sirvan para acercarnos más a aquel que tiene palabras de vida eterna, Jesús, nuestro Salvador.

A handwritten signature in black ink, appearing to read 'Daniel Caballero', with a long, sweeping flourish extending to the right.

El Rvdo. Canónigo Daniel Caballero, Misionero
Desarrollo congregacional étnico

Colaboradores

Ramón Aymerich

Gerardo Cárdenas

Reinel Castro

Oscar González

Juan Jiménez

Beth Macke

Alejandro Montes

Antonio Muñoz

Ernesto Obregón

Isaías A. Rodríguez

Silvestre Romero

Carlos Sandoval

Introducción a las homilías

No sin cierta satisfacción ofrecemos al público hispano estas homilías para el Leccionario Dominical y Festivo. Inicialmente se escribieron para cubrir la escasez de sacerdotes cuyo primer idioma es el castellano. Así, sacerdotes sin dominio del español podrían leer una homilía ya preparada. También podrían, en caso de carencia total de sacerdotes, ser leídas por líderes laicos.

Tanto la homilía como el sermón pertenecen a un género tan privado como el epistolar. El predicador manifiesta su personalidad predicando. La predicación es tan personal que, en todo rigor, no se puede repetir, como no se puede duplicar la personalidad, ni con la moderna clonación. También cambian los estilos. Hoy nos resultaría muy difícil leer un sermón de San Juan Crisóstomo.

Personalmente no puedo predicar el mismo sermón dos veces. Los domingos predico en tres misiones. Cada una tiene unas características peculiares. El ejemplo que es válido y certero para una, no lo es para otra. Más aún, a veces, la experiencia de una comunidad me sirve para ilustrar algún aspecto doctrinal en otra misión. Así pues, en cada una de ellas predico un sermón diferente, aunque sustancialmente ofrezco el mismo mensaje.

El trabajo editorial de este libro ha intentado dar cierta universalidad a la forma y contenido de las homilías; sin embargo, un lector atento podrá observar, tras las mismas, una personalidad diferente, y es que son fruto de varios autores. Ello ha enriquecido este conjunto de homilías. Cada escritor se ha fijado en detalles que uno solo no hubiera captado.

Ahora bien, si la predicación es tan personal, y si el sermón debe estar encarnado en una comunidad, ¿cómo será posible presentar homilías válidas para toda una Iglesia, donde hay cientos de comunidades y cada una de ellas con idiosincrasias diferentes? Esto pone de relieve lo arduo de la tarea. En efecto, yo no podría contar, en un sermón que va a ser leído por un extraño, una experiencia tenida cuando vivía en el monasterio. Resultaría ridículo. De ahí la necesidad de dar cierta generalidad a las homilías a menoscabo de mayor intimidad y localidad. Como apuntamos al principio, el primer

objetivo de cubrir la falta de sacerdotes bilingües, ha sido el motor y guía de estas homilias. Ante tal imperativo, es mejor contar con un escrito un tanto aséptico que privar a la comunidad de un comentario de la Palabra divina.

Por otra parte, al paso que estas homilias, colocadas en el ilimitado campo de Internet, eran curioseadas por un amplio público, nos fueron llegando notas positivas de ánimo y felicitación por el trabajo ofrecido. Y pudimos observar que no sólo los destinatarios mencionados hacían uso de ellas, sino otros muchos lectores, que incluso no iban a predicar ese domingo. Esto no deja de ser un encomio si se tienen en cuenta las limitaciones observadas.

Las homilias son cortas intencionadamente. Recuerdo que en los años sesenta, estando yo en Roma cursando teología y en pleno Concilio Vaticano II, cuando se debatió el documento "Sacrosantum Concilium" sobre la sagrada liturgia, alguien tuvo la feliz idea de realizar una encuesta sobre la predicación entre los reporteros, que, de todo el mundo, se encontraban en la ciudad eterna. La pregunta era sencilla, ¿cómo le gustaría que fuera la predicación en la Iglesia? La mayoría, casi absoluta, respondió que la homilía no debiera pasar de cinco minutos y que debía ir al grano. Añadían que se predicara con más frecuencia pero nunca extensamente; "proclama la Palabra, insiste a tiempo y a destiempo" decía Pablo (2 Tim 4,2). Aprendí bien la lección. Hoy no puedo tolerar sermones de veinte minutos, en los que el predicador no hace más que acumular ejemplos y aburrir a la gente. Está llenando el saco de paja. Paja estéril. Cuentan anécdota tras anécdota y muchas de ellas recogidas de libros o de escritos homiléticos. La mayoría de esos cuentos no pegan bien. Lo que cala en la gente son las anécdotas vividas por el mismo predicador. Esto no quiere decir que el predicador nos cuente sus triunfos, o su penosa vida, para que le admiremos o le compadezcamos. La anécdota tiene sólo el valor funcional de ayudar y apoyar el interés y el contenido del tema del día. En una palabra, en mi opinión, lo que pase de diez minutos es tiempo perdido. No olvidemos la filosofía de los adagios populares; aquí nos viene al pelo el que dice que "lo bueno, si breve, dos veces bueno".

El sermón o la homilía no debe ser un medio para lucirse uno, sino para alimentar espiritualmente al pueblo. Hay predicadores que desde el púlpito nos dan clases de sicología, de política, o de filosofía. Cursaba yo filosofía cuando nos llegó un profesor recién doctorado de la Sorbona de París. Sus sermones eran todo un alarde de filosofía existencialista, muy en boga por aquellos años. El pueblo que escuchaba, en su mayoría humilde, se quedaba ayuno de todo. Tampoco aguanto sermones en los que el

predicador hace alardes filológicos aunque en realidad no domine ni el hebreo ni el griego ni el latín. Podríamos decir: "¿elocuente? Sí. ¿Edificante? No". Según algunos expertos, Jesús conocía al menos tres lenguas, sin embargo nunca actuó como un filólogo en su predicación. Habrá casos en que sea necesario, y sólo de pasada, mencionar el origen de una palabra, pero no realizar equilibrios lingüísticos. El buen predicador tiene que ser competente para ofrecer el tema del día, de una manera sólida, en diez minutos; si no lo logra, es que, o no se ha preparado bien o que carece de capacidad de síntesis.

Contra la vanidad de los predicadores San Juan de la Cruz mantenía una actitud rigurosa prohibiendo predicar a frailes que lo hacían para lucirse. Veamos lo que dice el santo en la Subida del Monte Carmelo: "El predicador para aprovechar al pueblo y no embarazarse a sí mismo con vano gozo y presunción, conviéndole advertir que aquel ejercicio (de la predicación) más es espiritual que vocal; porque, aunque se ejercita con palabras de fuera, su fuerza y eficacia no la tiene sino del espíritu interior. De donde, por más alta que sea la doctrina que predica y por más esmerada la retórica y subido el estilo con que va vestida, no hace de suyo ordinariamente más provecho que tuviere de espíritu" (III, 45). Pablo estaba convencido de haber recibido ese mensaje de austeridad del mismo Cristo. "Me envió a predicar la buena noticia, sin elocuencia alguna, para que no se invalide la cruz del Mesías" (1Cor 1,17). En el sermón debemos ofrecer "la Buena Noticia", no nuestra encumbrada personalidad. En el sermón no podemos ponernos como ejemplo repitiendo incesantemente el "yo". En el sermón no podemos predicar a los pecadores sin incluirnos en ellos. Toda actitud paternalista y pontifical suena a huero si no está respaldada por una vida muy santa. Es necesario vivir una vida de entrega y santidad de lo contrario la superficialidad de nuestra vida quedará patente en el sermón. Un sermón sencillo predicado por un alma santa producirá más fruto que otro elegante pronunciado por un predicador sin vida espiritual. El mismo Sancho Panza lo decía: "Bien predica quien bien vive".

Esto no quiere decir que se pueda predicar sin preparación alguna. Antes bien, es necesario dedicar muchas horas de estudio y reflexión para ofrecer algo sustancioso al pueblo de Dios. Es necesario leer y releer los textos bíblicos asignados para el domingo, dedicar tiempo a una exégesis de los mismos, interpretarlos, y optar por el tema más importante que se trasluce en las lecturas, sobre todo en el evangelio. El predicador que no cuente con un buen diccionario bíblico, y con un comentario bíblico sólido, a la larga no hará más que ofrecer vulgaridades a la comunidad. Si queremos que nuestro sermón esté encarnado en la comunidad en que vivimos no podemos olvidar temas humanos y

sociales que abarcan a toda la humanidad. Con ello, quiero implicar la necesidad de leer algunas publicaciones serias, algún periódico o alguna revista de peso nacional.

Por otra parte, hay sacerdotes que se suscriben a varias publicaciones homiléticas, y luego se las ven y se las desean para sintetizar tanto material. San Agustín decía que temía a la persona que usaba sólo un libro. Efectivamente, no hace falta una multitud de publicaciones, sino unos pocos libros sustanciales. Personalmente recomendaría a todos los lectores el excelente trabajo de Reginal H. Fuller: *Preaching the New Lectionary: The Word of God for the Church Today*. Fuller es un escriturista experto y ofrece exégesis bíblica de primer orden, además de sugerir ideas o temas para la homilía del día.

¿Cómo podremos concretizar ese contenido que tras una lectura asidua y reflexiva tenemos en nuestra mente? Habrá que darle, al menos, tres partes elementales, introducción, cuerpo y conclusión. Pero quiero ofrecer al lector un pensamiento de Cicerón que juzgo muy apropiado. Dice: "El mejor orador es el que pronunciando un discurso (el sermón) enseña, deleita y promueve las almas de los oyentes. Enseñar es una obligación, deleitar un regalo, y promover necesario". El escritor norteamericano William Safire ha señalado que cuando Pericles daba un discurso la gente respondía: "¡Fascinante!" Mas cuando lo pronunciaba Demóstenes la gente gritaba: "¡En marcha!".

Veamos brevemente esos tres elementos. Enseñar, es una obligación. La mayoría de nuestras audiencias carece de una formación religiosa básica y no parece inclinada a un estudio serio impartido los domingos en aulas y menos aún durante la semana. Es obligado, pues, que todo sermón sea fundamentalmente didáctico. Esto no quiere decir que el predicador se ha de convertir en profesor y demuestre pedantemente todo su saber, no. Se trata de ofrecer doctrina sólida de una manera reflexionada, logrando que el público piense activamente con el predicador. Al mismo tiempo es necesario deleitar con una pequeña dosis de humor que tiene la función de captar la atención de la gente, suavizar la tensión en unos momentos de concentrada intensidad y facilitar el recuerdo del contenido del sermón. No se trata de convertir el sermón en una serie de chistes o de anécdotas graciosas, sino de algo que, como la sal, sazone la comida. Como norma general, los mejores sermones no son aquellos que nos deleitan constantemente, sino los que nos inquietan, molestan y retan a algo superior. Así predicaban los profetas, así lo hizo Jesucristo. Finalmente, de nada nos serviría formar e informar las mentes, de nada nos serviría alegrar sus espíritus si al final del sermón no estuvieran dispuestos a la acción. Es pues necesario promover los espíritus de los oyentes, a cambiar de vida, a tomar parte en un proyecto, en una palabra a ¡ponerse en marcha! Para lograr esto se ha de predicar

con convencimiento y con pasión, de tal manera que nuestra personalidad quede manifiesta con autenticidad en lo que decimos.

Todo lo dicho hasta hora quedó plasmando hace ya dos mil años en el maestro de todos los maestros: Jesús. Su vida era santa. Sus sermones, breves y con enseñanza, llenos de deleite y picardía, y movían a la gente a seguirlo.

El objetivo final de todo sermón debe ser estimular al pueblo a cambiar de vida y lanzarse en marcha hacia ideales más nobles. Este brío arrollador difícilmente se puede conseguir en un sermón escrito y leído. Pero si el predicador vive una vida cristiana de fidelidad y entrega a la palabra divina, puede lograr milagros que la letra escrita y muerta no ofrecen.

Finalmente, quiero añadir un factor esencial para la buena predicación. Se trata de escribir el sermón. Dice el maestro de la oratoria Cicerón que "Nada ayuda tanto al orador como escribir el discurso (sermón)". Efectivamente, muchos predicadores adolecen de esta debilidad, sin embargo, la escritura del sermón ayuda a verse uno mismo como en un espejo. Nos damos cuenta de nuestros propios defectos, como: falta de lógica en el orden de pensamientos, falta de claridad, repetición innecesaria de un mismo término, carencia de ilustraciones, carencia de términos concretos y abuso de abstractos, multiplicidad de temas, demasiados incisos que confunden a la gente, frases muy largas, repetición de lugares comunes. Todo esto se puede corregir si escribimos el sermón con antelación.

Este párrafo pudiera parecer una contradicción con el anterior. Tenga el lector en cuenta que hablamos de casos distintos. En el primero, hablamos de sermones escritos, un tanto descarnados, y para una audiencia muy general. En el segundo, enfatizamos con Cicerón la conveniencia de usar la escritura como un medio para lograr un buen sermón para un auditorio particular y específico. Una vez revisado y corregido, podemos darle vida y pasión en la presentación del mismo.

¡Ojalá que esta introducción y las homilias que ofrecemos al público sirvan para acercarnos más a Dios, nuestro salvador!

Rvdo. Isaías A. Rodríguez

INDICE

Adviento

Primer Domingo de Adviento
Segundo Domingo de Adviento
Tercer Domingo de Adviento
Cuarto Domingo de Adviento

Navidad

La Natividad del Señor (Nochebuena)
La Navidad del Señor
Primer Domingo después de Navidad
Segundo Domingo después de Navidad

Epifanía

La Epifanía del Señor
Primer Domingo de Epifanía (El Bautismo del Señor)
Segundo Domingo de Epifanía
Tercer Domingo de Epifanía
Cuarto Domingo de Epifanía
Quinto Domingo de Epifanía
Sexto Domingo de Epifanía
Séptimo Domingo de Epifanía
Octavo Domingo de Epifanía
Último Domingo de Epifanía

Cuaresma

Miércoles de Ceniza
Primer Domingo de Cuaresma
Segundo Domingo de Cuaresma
Tercer Domingo de Cuaresma
Cuatro Domingo de Cuaresma
Quinto Domingo de Cuaresma
Domingo de Pasión: Domingo de Ramos

Triduo Pascual

Jueves Santo de la Cena del Señor
Viernes Santo
Vigilia Pascual

Tiempo Pascual

Pascua de Resurrección
Segundo Domingo de Pascua
Tercer Domingo de Pascua
Cuarto Domingo de Pascua

Quinto Domingo de Pascua
Sexto Domingo de Pascua
Séptimo Domingo de Pascua

Tiempo de Pentecostés

Domingo de Pentecostés

La Santísima Trinidad

Propio 1

Propio 2

Propio 3

Propio 4

Propio 5

Propio 6

Propio 7

Propio 8

Propio 9

Propio 10

Propio 11

Propio 12

Propio 13

Propio 14

Propio 15

Propio 16

Propio 17

Propio 18

Propio 19

Propio 20

Propio 21

Propio 22

Propio 23

Propio 24

Propio 25

Propio 26

Propio 27

Propio 28

Propio 29

Festividades

La Presentación del Señor en el templo

La Ascensión del Señor

La Transfiguración

La Festividad de Todos los Santos

Primer Domingo de Adviento

Zacarías 14,4-9; Salmo 50,1-6; 1 Tesalonicenses 3,9-13; Lucas 21,25-31

¡Feliz Año Nuevo! Sí, el año empieza hoy, me refiero al año cristiano. El primer Domingo de Adviento marca el principio de un nuevo año cristiano. Mientras el año civil va de enero a diciembre, el eclesiástico o litúrgico, va del primer domingo de diciembre al primer domingo de diciembre del año siguiente. Durante el año litúrgico recordamos, o, todavía mejor, debiéramos revivir el misterio de nuestra salvación. Así, debiéramos nacer con Jesús, portarnos como Jesús se portó intentando cambiar los modos mundanos en modos divinos, y morir con él murió para luego resucitar y ascender al cielo, con él. Así, el año cristiano no debiera ser una obligación que tenemos que cumplir sino una oportunidad de acercarnos más a la vida íntima de Dios. Una oportunidad de transformarnos en otros dioses, con ello estaremos adelantando la vida celestial aquí en la tierra.

El evangelio de hoy forma parte de la respuesta de Jesús a la petición de una señal sobre la destrucción del templo de Jerusalén y de su regreso. La respuesta fue mucho mejor de lo que los oyentes esperaban. A Jesús le pedían señales, especialmente después de haber revelado su identidad. Pero, lo que Jesús buscaba de una forma directa, era que sus seguidores creyeran en su mensaje. Que creyeran en el mensaje de las escrituras y respondieran a Dios con corazones amorosos. No quería que sus seguidores anduvieran afanados tras prodigios y milagros.

Las señales atmosféricas del sol, la luna y las estrellas, apuntadas en el evangelio, confusión en las naciones enloquecidas por el estruendo del mar y el oleaje, son fenómenos atmosféricos que ocurren de vez en cuando a través de los tiempos. No quiere decir que todo eso suceda una vez y de una vez por todas. Ahora bien, no hay señales que digan: "Jesús viene este fin de semana". Esos fenómenos quieren alertar constantemente a la Iglesia de todos los tiempos a estar preparados porque "Jesús podría venir en cualquier momento".

Esas señales son generales para recordarnos que cualquier día, cuando menos lo esperemos, Dios podría venir. ¿Qué hacemos en el intervalo? ¿Qué hacemos hasta que vuelva? La respuesta está en vivir una vida con plenitud. Una vida que incluya gozo. En la lectura de la epístola, vemos lo que Pablo pide a la gente de Tesalónica: "Que el Señor os conceda abundar y rebosar de amor mutuo y universal... fortalezca vuestros corazones, para que podáis presentaros santos y e inmaculados delante de Dios..." (1 Tes 3,12-13).

Esa petición y deseo de Pablo, nos podrían evitar la ansiedad de tener que saber con precisión el momento del regreso de Jesucristo. El superar la ansiedad creada por esa expectativa nos ayudará a vivir una vida de una manera más plena. La razón por la cual muchos cristianos no viven la vida en plenitud es por el temor, por las carreras de la vida, por falta de confianza, y de oración. Hemos de convencernos de que consagrarnos al servicio del Señor y el obrar su santa voluntad, es todo lo que necesitamos. No importa qué es lo que el resto de la vida nos traiga. El gozo y la satisfacción nos acompañan en nuestra vida cuando le servimos.

Por eso, las señales descritas en el evangelio son advertencias a vivir una vida de cautela, y con el corazón, la mente y el alma puestos en el Señor. La comparación que Jesús hace de la higuera es algo que observamos siempre. Hay vida en los árboles y por ello hay señal de esperanza. La señal más importante para los cristianos, es el responder al llamado de cambio de corazón, de tomar nuestra cruz y seguirle. Si vemos esas señales en nuestras vidas, si observamos esos cambios, entonces habremos comprendido que no se trata de esperar señales en los cielos y en el universo, sino de dar frutos que transformen nuestras vidas. No se trata, pues, de esperar la venida final de Jesús, sino de reconocer que él está ya en nuestras vidas. El comprender esto nos colmará de gozo y rebosaremos de alegría.

Segundo Domingo de Adviento

Baruc 5,1-9; Salmo 126; Filipenses 1,1-11; Lucas 3,1-6

La idea de estar preparados para la venida de un mesías no es nueva. De ella se habla profusamente en el Antiguo Testamento. Durante siglos, el pueblo judío esperó a un mesías. Ahora lo recordamos en la época de Adviento. El enfoque de esta estación se centra en la celebración y anticipación del nacimiento de Jesús. Es en ese proceso de preparación, cuando frecuentemente olvidamos que uno de los más preocupados en "preparar el camino y abrir un sendero recto para el Señor," fue Juan, el Bautista.

Lucas inicia la narración del evangelio de hoy con una lista de jefes y líderes que controlaban el poder del gobierno romano y de la sinagoga de Jerusalén en aquel tiempo. Al incluir esa lista de poderosos enfatiza su importancia cuando se compara con el impacto que Cristo ha tenido en la historia del mundo.

Como aquel que proclama la venida de un rey, Juan preparó la mente y los corazones de los que fueron al desierto a escuchar su mensaje. El pasaje de Isaías, (40,3-5) mencionado en el evangelio, hace hincapié sobre el papel profético de Juan y lo que Dios demanda de la creación. Ese proceso de "preparar el camino", y "rellenar los valles", y "nivelar los cerros" describe la preparación para una visita de realeza.

Cuando un rey partía de viaje a tierras lejanas se hacían mejorías en los caminos y puentes para que el viaje del rey resultara sin problemas. De la misma manera, para que Cristo principiara su ministerio en la tierra era necesario cambiar el modo de vivir. Algunos de espíritu humilde, que buscaban la verdad, salieron al desierto a escuchar a un extraño predicador con un mensaje único. Otros prefirieron quedarse en la comodidad de sus vidas, por eso no supieron recibir a quien les traía un mensaje mucho más sublime.

El desierto es un lugar de meditación, de auto reflexión. Libres de las presiones y distracciones de la ciudad, podemos recoger nos y escuchar la voz de Dios hasta oírla y seguirla. En muchos lugares se encuentran centros muy apropiados para retirarse en oración y reflexión. No es necesario ir a tierras remotas y desoladas para escuchar la voz de Dios en esos desiertos. Podemos encontrar oportunidades de recogimiento para oír la voz de Dios en lugares más cercanos a nosotros mismos. A veces, cuando nos quedamos solos en casa, Dios nos está ofreciendo la oportunidad de orar, meditar y reflexionar. En la soledad, y muy atentos a la voz divina, podremos oír bien lo que él nos pide, para cumplirlo y mejorar nuestras vidas.

La oración de Pablo por los fieles de Filipo también nos ofrece alivio sobre este tema. Pablo nos invita a reflexionar para que nuestro amor crezca más y más en conocimiento y en toda clase de percepción para que sepamos apreciar lo que más vale. Podemos reflexionar sobre nuestras vidas y preguntarnos ¿qué es lo que el Señor nos pide? Juan predicaba a la gente sobre el arrepentimiento y Pablo sobre el amor necesario para profundizar, y apreciar los mejores valores.

Necesitamos sabiduría y entendimiento para escoger siempre lo mejor. De esa forma viviremos una vida limpia y sin reproche, presentando una abundante cosecha de buenas acciones, gracias a Jesucristo, para honra y gloria de Dios. Por medio de nuestras acciones, basadas en el conocimiento del mensaje de salvación, estaremos preparando el camino para su venida y de esta manera "todo el mundo verá la salvación que Dios envía" (Lc 3,6).

En realidad será el Señor quien cambie la suerte de los humanos, entonces diremos con el salmista, "la boca se llena de risa y nuestra lengua de gritos de alegría. Porque el Señor ha hecho proezas con nosotros y estamos sumamente alegres" (Sal 126).

Tercer Domingo de Adviento

Sofonías 3,14-20; Salmo 85,7-13; Filipenses 4,4-7 (8-9); Lucas 3,7-18

Adviento es una época de alegría. Es la época en que nuestra atención se dirige al acontecimiento más maravilloso de la historia de la humanidad: el nacimiento de nuestro Salvador en este mundo. Un mundo que había perdido el camino, pero que se encontraba maduro para un cambio radical. Vemos en Jesucristo, al restaurador de un mundo, que estaba enfermo, pero que buscaba con anhelo la salud. Así, consideramos a la Navidad como el principio de una etapa nueva, una etapa de armonía que se realizará plenamente cuando se cumpla definitivamente el mensaje por él predicado. El mensaje de la venida de Cristo es, en realidad, un mensaje de buenas nuevas.

Con este pensamiento recibimos las palabras de la epístola con corazones abiertos: “Alégrense siempre en el Señor”. La lectura de Sofonías, también presenta un mensaje de alegría para el pueblo. Los mensajes de alegría y gozo que encontramos en la Biblia no tendrían sentido si no tuviéramos fe. La fe de saber que contamos con un Dios que nos salva, y ahuyenta de nosotros todo temor. Ese es un mensaje alentador y lleno de esperanza, porque suceda lo que suceda en nuestras vidas, al final siempre estará Dios esperándonos.

Juan predicaba y ponía en perspectiva la realidad de ese gozo. No puede haber alegría sin actitud apropiada. Su mensaje nos lleva al fondo de esa preparación. No se trata de escuchar sólo el mensaje de buenas nuevas y alegrarse. Se trata de portarse de tal modo que se vea claramente que hemos vuelto al Señor. Pues, como dijo Juan: “Incluso estas piedras Dios puede convertirlas en descendientes de Abrahán” (Lc 3,8).

No creo que nos hubiera gustado mucho escuchar la rudeza y franqueza con que Juan predicaba. En el primer verso del evangelio de hoy grita: “Raza de víboras” (Lc 3,14b).

Juan, con palabras tan fuertes, anticipaba de los oyentes, una reacción a su mensaje. Algunos se creían muy confiados en sí mismos por ser el pueblo escogido. Dios no depende de ningún grupo en particular -israelitas, latinos, americanos; católicos, episcopales, bautistas-. Pues, como Juan les decía: “Incluso a estas piedras Dios puede convertirlas en descendientes de Abrahán” (Lc 3,14b).

El final del Evangelio de hoy concluye así: “De este modo y con otros muchos consejos, Juan anunciaba la buena noticia a la gente”(Lc 3,18). ¿Cómo puede ser este mensaje, con todo lo que Juan les llamaba, amenazaba, y advertía, un mensaje de “buena noticia?”

El lenguaje duro y directo de los profetas estaba orientado a estimular a la gente. Sus ataques tenían como trasfondo la misericordia divina. En la exposición de la oscuridad, la luz de la esperanza brilla siempre.

Imaginen ir al doctor para una examen rutinario. Creen que se encuentran en buen estado de salud. Se han sentido bien y no hay síntomas de enfermedad, o, por lo menos, nada que pudiera reconocerse como grave, o tomarse en serio. Sin embargo, los resultados indican que tienen diabetes. Si no cambian drásticamente sus hábitos de comer, las consecuencias podrán ser graves. Malas noticias. Pero al mismo tiempo, buenas noticias implicadas en el conocimiento de su condición; poniendo los medios necesarios, la situación, aunque seria, recobra esperanza. Podrá ser difícil el ajustarse, pero hay esperanza de una vida plena y feliz.

Nos vienen los avisos divinos para que su misericordia sea aceptada. La palabra de Dios es tan dolorosa como lo es una cirugía. El dolor es sólo una etapa en el camino hacia la buena salud. El Cristo que Juan el Bautista anunciaba era ciertamente una amenaza para aquellos acomodados en sus vidas, valores y opiniones. Juan predicaba a la gente para que se prepararan a recibir a Cristo, que vendría a interrumpir el curso normal de una vida, para introducir otra más divina.

Vivir esa vida, en y con Dios, nos dará la paz que es más grande de lo que el hombre puede entender. Esa paz colmará nuestros corazones porque estamos unidos a Cristo Jesús.

Cuarto Domingo de Adviento

Miqueas 5,2-4; Salmo 80,1-7; Hebreos 10,5-10; Lucas 1,39-49 (50-56)

Nos gusta la Navidad por muchas razones: la familia se reúne, la felicidad de los niños, la música, las decoraciones, los regalos y todo el ambiente. Un ambiente de generosidad, de perdón, de alegría. Y el fundamento de este ambiente especial debe ser la celebración del nacimiento de Jesús.

Cuando nos acordamos de la Navidad lo primero en que pensamos es en ese ambiente familiar, caluroso y alegre. Pero la Navidad no es un acontecimiento histórico de contenido sólo agradable. La historia del nacimiento de Jesús incluye también momentos dolorosos. Nos hemos acostumbrado tanto a lo alegre de esa natividad que no hemos reparado en la venida de Cristo, la amenaza y al mismo tiempo la promesa. María sí lo vio y se expresó de esa manera.

Así como consideramos la Navidad como algo seguro y placentero, de la misma manera consideramos a María como joven tímida. Por lo regular, se presenta a María como una figura callada y humilde. Esa es la figura ofrecida en los dramas navideños, en las iglesias y en películas. No se presenta la imagen de María como una visionaria, o con pasión por la justicia. Y sin embargo, esa es la María que nos presenta la Biblia. La mujer que Dios escogió para dar a luz a Jesús, el Salvador. María intuía la esperanza de un mundo mejor.

Algo después de su encuentro con el ángel, María fue a visitar a su prima Isabel. Isabel también estaba embarazada. Para entonces, María había empezado a darse cuenta de que el nacimiento de su bebé habría de afectar la vida de muchos, no sólo la de ella. Cuando Isabel declaró a María que sería dichosa entre todas las mujeres por haber sido escogida para dar a luz al Señor, María no pudo contenerse y proclamó las palabras que hoy conocemos como el cántico de María.

Proclamó palabras de visión de un mundo que habría de cambiar. Inspirada como una compositora revolucionaria enunció estas palabras: “Mi alma alaba la grandeza del Señor, mi espíritu se alegra en Dios mi Salvador. Porque Dios ha puesto sus ojos en mi, su humilde sierva.” “...Actuó con todo su poder: deshizo los planes de los orgullosos, derribó a los reyes de sus tronos y puso en alto a los humildes. Llenó de bienes a los hambrientos y despidió a los ricos con las manos vacías”.

No todos los que hayan proclamado a Jesús: “Señor y Salvador”, podrán pronunciar palabras como las de María. Sólo con una convicción personal transformante, se podrán repetir tan bellas y profundas palabras. Es una convicción tan profunda que hace de la persona un ser especial, aparte, profeta, enviada de Dios con una misión especial. A nosotros, como hijos de Dios, se nos ha llamado a vivir una vida diferente, como lo menciona la epístola: “Dios no quiere ni le agradan sacrificios ni ofrendas de animales... Es decir, quita aquellos sacrificios antiguos y pone en su lugar uno nuevo” (Heb 10,8- 9).

Se trata de una visión nueva y radical. Un cambio de actitud de vida, un llamado a la santidad. La santidad no es un código de vida o un juego de prácticas. Se trata de una relación personal con el Dios viviente. Vivimos nuestra vida de santidad por medio de esa relación.

Muchas veces quedamos absorbidos por la parte comercial de la Navidad. ¿Cómo podríamos ser diferentes? ¿Podríamos mostrar amor al mundo por medio de nuestra generosidad, en nombre de aquel que vino a dar todo de sí? Ese es el mensaje en las palabras de María. Ella sabía que la criatura en su vientre traería cambios profundos al mundo. El cómo y el cuándo de esos cambios no lo sabía.

¿Cómo se encuentra nuestro corazón? ¿Cómo va nuestra vida? ¿Cómo nos relacionamos con la comunidad? ¿Ha llegado el cambio en nuestras vidas? ¡Ojalá que así sea!

La Natividad del Señor

Isaías 9,2-4,6-7; Salmo 96,1-4; Tito 2,11-14; Lucas 2,1-14

(Nota: este sermón se puede usar tanto la víspera de Navidad como el día de Navidad)

Para los cristianos la Navidad es una fiesta de extraordinaria importancia. Celebramos en ella el nacimiento de Jesús, Salvador del mundo.

Hoy día ignoramos cuándo nació Jesús exactamente. Los evangelistas Mateo y Lucas, que narran la infancia de Jesús, no describen un informe histórico exacto tal como se haría hoy. Sólo pretenden enmarcar a su personaje en una época y darle un significado teológico. Así, aunque mencionen a César Augusto - emperador romano -, a Herodes, - rey de Judea - con ello no fijan la fecha exacta del nacimiento, sino un marco histórico.

Se desconoce la orden de un censo universal. Sólo hay evidencia de uno llevado a cabo en Judea en el año seis o siete después del nacimiento de Jesús. Lo más probable es que Jesús naciera en Nazaret y no en Belén, por eso le llamaban, nazareno y galileo. Lo mismo sucede con los datos descriptivos, como el pesebre, los pastores, la estrella, los magos, la matanza de los inocentes. Son elementos simbólicos y teológicos, no históricos.

Hay varias teorías para explicar la fecha del 25 de diciembre. La más acertada nos habla de un gran festival pagano celebrado en Roma con ocasión del Natale Solis Invicti, fiesta del sol invicto, el 25 de diciembre, día del solsticio de invierno cuando los días empiezan a ser más largos y por tanto se considera que el sol triunfa sobre las tinieblas. A los cristianos que se resistían a aceptar tal fecha, san Agustín (354-430) les respondía: “Festejamos el 25 de diciembre, no por el nacimiento del sol, como creen los infieles, sino por el nacimiento de Aquel que ha creado el sol”.

Por eso, en la Navidad el mundo se engalana de luces. Jardines, calles, escaparates, todo resplandece en un variado multicolor. En las casas, hay belenes, árboles y toda clase de ornamentos que ofrecen un ambiente especial al hogar. Las gentes, los corazones, rebosan de alegría. Hay saludos, visitas, villancicos, fiestas con unos y otros. Y todo ello, ¿por qué?

“Os anuncio una gran alegría: os ha nacido un Salvador” (Lc 2,10). La alegría de la Navidad tiene pleno sentido en ese Salvador que nos viene de lo alto. En muchos lugares de la tierra, hoy, en medio de la luz y el esplendor, reinan las tinieblas, porque habiéndoles llegado la luz, no la han querido recibir. Siguen en la oscuridad, en la intranquilidad de una noche tenebrosa, instalada en un mundo sin rumbo. Todo el alboroto externo no hace más que enloquecer a un mundo que quiere vivir sin Dios. Mas todo tiene sentido en el salvador Jesús. El don divino bajado de lo alto da sentido a todos los demás regalos. Son símbolos de un amor mucho más profundo.

El ser humano vive sin paz. Todavía hay guerra en muchos rincones de la tierra. Guerra de guerrillas, guerra entre familias, guerra entre individuos, guerra entre sociedades, guerra con nosotros mismos. Habrá paz entre todos cuando se acepte el mensaje que nos ha traído el salvador Jesús.

Quienes reciben ese mensaje pueden llegar a ser hijos de Dios. Pueden convertirse en seres divinos. Ser hijos de Dios no significa comprar una póliza de seguro celestial y vivir despreocupadamente. Ser hijos de Dios, significa declarar la batalla al mal y transformar este mundo en un paraíso divino.

El mensaje que nos trae ese Salvador, resuelve todos los problemas que acosan a la sociedad humana. Nos invita a ser generosos y no egoístas, a distribuir y no a acumular. La alegría de la Navidad sólo tiene sentido si aceptamos al Hijo de Dios, llamado Jesús, nacido hace mucho tiempo ente nosotros pero presente todavía en el mundo de hoy.

Los cristianos debemos llevar también impreso en nuestras almas el simbolismo religioso ofrecido por la fiesta antigua, pero viendo en Jesús al Sol que ilumina nuestro caminar hacia la patria eterna.

Primer Domingo después de Navidad

Isaías 61,10–62,3; Salmo 147,13-21; Gálatas 3,23-25; 4,4-7; Juan 1,1-18

El evangelio de hoy pertenece más a una clase, a un grupo de estudio bíblico que al púlpito. Conciso y profundo, dice mucho más de lo que podemos comprender en una primera lectura, o en un sermón de diez minutos.

El cuarto evangelio se escribió hacia el año cien después del nacimiento de Cristo. Se escribió en Éfeso, una ciudad griega. Juan trataba de presentar a los griegos ideas judías que les resultaban ininteligibles. Así pues, Juan tuvo que lidiar con una pregunta muy importante e interesante en la tarea evangelizadora: ¿cómo podemos presentar el mensaje de Cristo a griegos, o a cualquier persona, de una manera que lo puedan aceptar e incorporar a sus vidas?

Tanto en el pensamiento judío como en el griego existía la idea de la Palabra, con mayúscula. Así pues, Juan se presentó a los griegos con este mensaje: “durante siglos vosotros habéis estado pensando y escribiendo sobre el Logos, la Palabra, el poder creador del mundo, el poder que mantiene el universo en orden, el poder por el cual los seres humanos pueden pensar, razonar y conocer, el poder por el cual los seres humanos llegan a tomar contacto con Dios. Jesús es ese Logos, es esa Palabra y ha venido a la tierra”. “La Palabra se ha hecho carne”.

Después Juan, en pocas palabras, condena y rechaza algunos errores, entre ellos el del gnosticismo: la herejía que negaba que Dios hubiera creado el mundo; la herejía que firmaba que la materia era esencialmente mala; la herejía que negaba que Jesucristo tuviera cuerpo real; la herejía que afirmaba que Jesús era sólo un ser inferior entre Dios y el mundo.

Contra ellos, Juan, afirma categóricamente: el Logos, la Palabra, que es Jesús, estaba con Dios desde el principio, antes de que el tiempo se iniciara; todas las cosas han sido creadas por él; la Palabra, se hizo carne, materia. Por lo tanto la materia no es mala y Jesús no es un fantasma, es real, come, bebe, se cansa; además, Jesús, la Palabra, nos ha traído verdadera vida, la vida de Dios.

En el mismo tono escribe san Pablo en la carta a los Hebreos: “Así como los hijos de una familia son de la misma carne y sangre, así también Jesús fue de carne y sangre humanas” (Heb 2,14).

Y Lucas en su evangelio en pocas palabras describe cómo Jesús, de carne y hueso, seguía el mismo proceso evolutivo humano. Dice Lucas: “El niño crecía y se hacía más fuerte y más sabio, y gozaba del favor de Dios” (Lc 2,40).

A Dios nadie le ha visto. En el Antiguo Testamento nadie pensaba que fuera posible ver a Dios. “Ningún ser humano podrá verme y seguir viviendo” (Éx 33,20). Los filósofos griegos estaban de acuerdo.

Pero Juan nos dice: “si queréis ver a Dios es como si mirarais a Jesús”. Jesús nos ha descubierto a Dios. Así pues, Jesús se ha convertido para nosotros en el único mediador entre Dios y la humanidad. Si queremos encontrar a Dios debemos mirar a Jesús. Si queremos encontrar vida debemos mirar a Dios. Si queremos encontrar luz en la confusión de nuestras vidas, debemos mirar a Jesús. Para encontrar auténtica libertad debemos mirar a Jesús. Y si al mirarle, empezamos a creer, y lo aceptamos, nos da el poder de convertirnos en hijos de Dios. “Así pues, ya no eres esclavo, sino hijo de Dios; y por ser hijo suyo, es voluntad de Dios que seas también su heredero” (Gal 4,7).

Juan nos ha dado toda una lección sobre cómo acercarnos a quienes no conocen o aceptan nuestro mensaje. No podemos ir con una actitud de rechazo de lo que ellos tienen, ni con una actitud arrogante creyendo que somos los mejores y los únicos. Antes bien, hemos de ver y ponderar los elementos positivos que tienen en su doctrina o manera de pensar, y consideremos cómo se pueden incorporar a nuestro mensaje.

Mientras tanto, nosotros mismos hemos de estar bien seguros y fuertes en la convicción de que Jesús y su mensaje, son para nosotros, vida, luz y salvación.

Segundo Domingo después de Navidad

Jeremías 31,7-14; Salmo 84,1-8; Efésios 1,3-6. 15-19a; Lucas 2,41-52

Las lecturas de este domingo presentan a Dios como el gran libertador. Esta es la historia de todo el Antiguo Testamento: tenemos un dios que nos libra. Los grandes profetas como Isaías, Jeremías, Ezequiel, Oseas, repiten este tema como un canto sinfónico: “Gritad jubilosos por Jacob, regocijaos por el primero de los pueblos, pregona, alabad, decid: el Señor ha salvado a su pueblo” (Jr 31,7). Este podría ser el estribillo de todo el Antiguo Testamento: tenemos un Dios amoroso que cuida de su pueblo, como el pasto lo hace de sus ovejas. Protegidos de Dios, todo llanto se convierte en alegría, toda tristeza en gozo. La alegría rebosará todo dolor.

San Pablo en la carta los efesios enfatiza todavía más este pensamiento. Dios nos ha escogido en Cristo desde antes de la creación del mundo para ser hijos suyos y benditos con toda clase de bendiciones espirituales. El salmo hace eco a este mismo tema cuando dice: “Dichosos los que habitan en tu casa alabándote siempre”(5), porque nuestro Dios es “el Dios de dioses” (8).

La historia del niño Jesús discutiendo en el templo entre los doctores de la ley nos asombra por lo inusitado. ¿Cómo un niño de doce años pudo demostrar tanta sabiduría que tenía a los oyentes atónitos ante su inteligencia? Sin embargo, no debemos descartar esta historia como algo fantástico e imposible. Sabemos que sí dieron relatos de la niñez e infancia de Jesús que, en su deseo de demostrar que Jesús era divino, narraban de Jesús hechos ridículos. Por otra parte, de vez en cuando se dan en la historia niños prodigios, tanto en la inteligencia, como en la vida espiritual. San Lucas mismo nos dice que “el favor de Dios lo acompañaba” (Lc 2,40). Nada de extraño, pues, que un niño, que un jovencito, educado en un ambiente tradicional judío, observando estrictamente la ley judía, y estudiando diariamente la Ley, la Torah, pudiera dar lecciones de agudeza a cualquier letrado. La enseñanza habría de ser uno de los distintivos más peculiares en la vida de Jesús. Se nos dice que enseñaba en las sinagogas (Mc 1,21), que recorría las aldeas enseñando (Mc 6,6), que todo el mundo admiraba su enseñanza (Mc 11,18) y que enseñaba con autoridad (Mc 1,22) una doctrina nueva. (Mc 1,27) Así vemos que la ciencia, la autoridad y la novedad de su doctrina tenían un fundamento sólido establecido en el hogar, con los padres.

También nos pudiera asombrar la actitud observada con sus padres. Por un lado no tenemos que tomar todos los elementos de la historia al pie de la letra. Por ejemplo la expresión “ al tercer día”, “al cabo de tres días”, significa un período de tiempo, no necesariamente tres días de veinticuatro horas. Así podría entenderse que después de un susto inicial, los padres se pusieron en su búsqueda, y al final participaron con todos, del asombro de que el niño estuviera enseñando entre los doctores. Un hijo, que poco a poco, les iba demostrando que tenía intereses muy superiores a los mundanos de este mundo. Así que María, “lo conservaba y meditaba todo en su interior” (Lc 2,19).

Ahora bien, ¡qué ejemplo tan maravilloso para los niños y los jóvenes de nuestra sociedad que sólo piensan en cosas materiales! No cabe duda que en la mayoría de los casos, son los padres quienes deben establecer la pauta que han de seguir los hijos. Los padres que exigen de sus hijos horas fijas de estudio y de oración, podrán superar mejor todas las tentaciones que el mundo de hoy les ofrece. Los padres que no se preocupan de sus hijos porque están muy ocupados en el trabajo, tal vez tengan que sufrir las consecuencias de sus hijos que caen en la tentación de la droga, de las pandillas y de otros caminos descarriados.

La Iglesia siempre nos ofrece una oportunidad para reflexionar y retornar al camino derecho. Todas las familias que hoy se encuentren aquí, harían muy bien si se fijaran en el ejemplo tan maravilloso que Jesús y sus padres nos dieron. Imitemos siempre el buen ejemplo que nos da Jesús y sigamos su enseñanza.

La Epifanía del Señor

Isaías 60,1-6, 9; Salmo 72,1-2; Efesios 3,1-12; Mateo 2,1-12

La Epifanía es la fiesta de la revelación, de la manifestación de Dios. Simbólicamente queda expresado en la venida de unos magos de oriente para adorar a nuestro salvador Jesucristo. Dice el evangelio que unos magos entraron en la casa, vieron al niño con su madre María y, postrándose, le adoraron; luego abrieron sus cofres y le ofrecieron dones de oro, incienso y mirra. Oro simbolizando la realeza, incienso la divinidad y mirra la humanidad.

Con esta fiesta la Iglesia presenta la universalidad del evangelio. Se da la bienvenida a todos los pueblos y a todos se invita a recibir la luz de lo alto que ilumina a todo ser humano sin distinción de razas ni culturas. “¡Levántate, brilla, Jerusalén, que llega tu luz; la gloria del Señor amanece sobre ti!” (Is 60,1).

San Mateo, para transmitirnos este mensaje, recoge en su evangelio varios textos del Antiguo Testamento, los une, los da forma y nos transmite la lección. La estrella es la estrella de Jacob: “Lo veo, pero no es ahora; lo contemplo, pero no será pronto. Avanza la estrella de Jacob y sube el cetro de Israel” (Nm 24,17). La venida del Mesías, el Rey de los judíos, es un eco de las bendiciones de Jacob: “No se apartará de Judá el cetro ni el bastón de mando de entre sus rodillas, hasta que le traigan tributo y le rindan homenaje los pueblos” (Gn 49,10). El nacimiento del Mesías en Belén se fundamenta en la profecía de Miqueas: “Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres, no, la menor entre los principales clanes de Judá; porque de ti saldrá un caudillo que será pastor de mi pueblo Israel” (Miq 5,1-3).

A partir de la Edad Media se fueron agregando elementos que no aparecen en la narración de Mateo, como el número de tres, con base, tal vez en los tres regalos; la transformación de magos en reyes, cuyo fundamento puede encontrarse en el salmo 72: “Los reyes de Tarsis y las islas traerán tributo. Los reyes de Sabá y de Seba pagarán impuestos; todos los reyes se postrarán ante él, le servirán todas las naciones y mientras viva se le dará oro de Sabá” (Sal 72,10-11 y 15). Y, finalmente, los nombres de Melchor, Gaspar y Baltasar asignándoles a cada uno un país, todo ello obedece a la devoción popular.

De esta manera los escritores bíblicos transmiten sus mensajes. Hacen una composición literaria del género midrás. En la literatura rabínica “midrash” significaba, en general, el estudio de unos textos, y más en particular, un comentario o explicación de carácter homilético. Es una meditación sobre un texto sagrado o una reconstrucción imaginaria de la escena o episodio narrado. Lo que intentaban siempre era la aplicación práctica a la vida presente. De la manera que hemos visto Mateo nos transmite un mensaje.

El mensaje es éste: que la manifestación de Cristo y la salvación que ofrece están abiertas a todos los pueblos y naciones de la humanidad. “Librará al pobre que clama, al afligido que no tiene protector, se apiadará del pobre y del indigente, y salvará la vida de los pobres” (Sal 72,11). Es ésta una verdad que los mismos discípulos comprendieron muy tardíamente, pues en un principio creían que el Mesías era propiedad exclusiva del pueblo de Israel.

San Mateo pone de relieve el contraste entre esta apertura a la fe por parte de los gentiles, y la repulsa del Mesías por parte de los propios israelitas: Herodes, los sumos sacerdotes, los letrados y todo el pueblo sobresaltado.

Esto es lo que debemos creer: que el Hijo de Dios ha venido a salvar, no a un pueblo particular, sino a toda la humanidad, y cuanto más humildes seamos más preparados estaremos para apreciar su Epifanía. Todo el que acepte el mensaje de Jesús encontrará salvación.

Pero, podemos preguntarnos, ¿qué regalos le podríamos ofrecer al Señor, hoy, en su Epifanía? Ofrecámosle los mismos que los magos de oriente: oro, que nadie reine en nuestra alma sino él; mirra, que con nuestra vida ejemplar, nos dediquemos al servicio de los demás; incienso, que le adoremos sólo a él en todo tiempo y lugar.

Primer Domingo de Epifanía (El Bautismo del Señor)

Isaías 42,1-9; Salmo 89,20-29; Hebreos 10,34-38; Lucas 3,15-16,21-22

Hoy, el primer domingo después de la Epifanía, celebramos el Bautismo de nuestro Señor Jesucristo. Como saben, el día de la Epifanía, que significa manifestación, es cuando celebramos la llegada de unos magos, que después de haber viajado durante mucho tiempo, siguiendo una estrella, adoraron al niño Jesús. En esos magos queda simbolizada la oferta de la salvación a todos los pueblos.

En tiempos antiguos, Dios hizo un pacto con un grupo de esclavos que estaba prisionero en Egipto. En ese pacto Dios prometió ayudarlos, casarlos de la esclavitud, hacerles una nación grande, y darles una tierra fructífera donde vivir. Ese grupo de gente era el pueblo de Israel. Ese grupo de gente era el pueblo judío. Mediante ese pueblo, Dios quería enviar un mensaje de amor y de redención a todo el mundo. Para que los judíos recibieran las bendiciones de Dios, tendrían que ser fieles y obedecer los mandamientos divinos.

Dios quería que ese grupo de esclavos fuera su instrumento para enseñar a los poderosos que Dios no necesita mucho para lograr su voluntad. Sólo era necesaria la cooperación de la gente, aunque fuese gente pobre y no muy educada. Para Dios todo es posible. Pero el pueblo de Israel desobedeció los mandamientos. Se olvidó del cariño y del amor que Dios le había prodigado.

Tras la desobediencia de Israel, Dios no lo abandonó. Siguió esperando el regreso del pueblo. Mandó profetas que recordaran a la gente cuál era el verdadero propósito divino. La gente no hizo caso. El mundo seguía alejado de Dios. Por eso mandó a su único Hijo para sellar un nuevo pacto con la humanidad. Esta vez, el pacto que Dios establecería sería diferente.

El nuevo pacto quedaría sellado con la muerte y resurrección de Jesús. La salvación ya no dependía del cumplimiento de la ley, sino, como dice san Pablo, de “nuestra fe en Cristo”. Ahora, en vez de ser Israel el pueblo escogido de Dios, la Iglesia ha llegado a ser su nuevo Pueblo. El pueblo redimido y transformado en sano y santo por la sangre de Cristo. Como el pueblo de Israel, la Iglesia, ha de colaborar con los planes divinos. ¡Sí, todos nosotros debemos colaborar! Dios nos creó porque tiene un propósito para nosotros, una misión. Cada uno de nosotros tiene que llevar a cabo una labor en el plan de salvación de Dios. Y, ¡quién sabe!, si nosotros no colaboramos, quizás Dios busque otro pueblo que sea obediente.

En el bautismo de Jesús, el Espíritu Santo descendió sobre él y se oyó una voz que decía: “Tú eres mi Hijo muy amado a quien he elegido” (Lc 3,22). En nuestro bautismo nos convertimos en hijos e hijas de Dios, miembros del nuevo Pueblo, herederos de la vida eterna, recibimos el perdón de los pecados, y el don del Espíritu Santo. Se nos da la misión de proclamar, de palabra y de obra, el amor y el perdón de Dios al mundo. En el bautismo prometemos que le vamos a dedicar nuestras vidas, y que imitaremos a Cristo de palabra y con el ejemplo y así seremos instrumentos del amor divino. Si fuimos bautizados de bebés, nuestros padres y padrinos hicieron esas promesas por nosotros. Luego de mayores tenemos oportunidades de reafirmarlas en muchas ocasiones.

Hoy, es apropiado, que reflexionemos un momento, y consideremos cómo estamos cumpliendo las promesas del bautismo. ¿Seguimos el camino de Dios, o el que nos aleja de él? ¿Somos cristianos sólo de nombre o estamos comprometidos en la misión que Jesús nos encomendó? ¿Nos esforzamos por ver a Cristo en nuestros hermanos y les amamos como si fueran el mismo Dios?

Seamos fieles a nuestro pacto bautismal, para que, cuando llegue el día en que nos encontremos cara a cara con Dios, nos diga como a su Hijos: “Tú eres mi hijo muy amado, entra en la mansión que te tengo preparada”.

Segundo Domingo de Epifanía

Isaías 62,1-5; Salmo 96,1-10; 1 Corintios 12,1-11; Juan 2,1-11

La lección del evangelio de la semana pasada tuvo que ver con las aguas del bautismo; la de esta semana con la transformación del agua en vino. Ambas lecturas vienen después de la encarnación de Dios en la humanidad que ocurrió con el nacimiento del niño Jesús, y después de la fiesta de la epifanía. Durante la Epifanía, observamos las manifestaciones de Dios a un mundo material: Dios encarnándose, y formando un cuerpo de creyentes. El tema de la estación de la Epifanía es la manifestación de la gloria de Jesús como culminación de la revelación divina. Esto se ve bien en el evangelio de san Juan cuando Jesús realiza “signos” que manifiestan su gloria. Por esos signos los discípulos creen en el Señor Jesús. Escribir un evangelio es una labor de selección. El escritor usa la tradición y el testimonio de testigos. Normalmente transmite aquellos datos que son más relevantes a la comunidad a la que dirige su evangelio. Puede que dejara muchas anécdotas e historias fuera del evangelio, pues como dice san Juan, Jesús hizo tantos milagros que el libro más grande no los podría contener.

De esa gran cantidad de signos, san Juan ha escogido los más importantes para edificar la fe de sus destinatarios. El “signo” de hoy ocurre en una ocasión común y gozosa en la vida de un pueblecito en Galilea: una boda. La transformación del agua en vino es el primero de siete “signos” que revelan a Jesús como el Señor. Gracias a estas manifestaciones de Jesús, sus discípulos comienzan a tener fe y se afianza en Jesús. Un milagro es importante, no por el hecho en sí mismo, sino porque revela el poder y la misericordia de Dios, y porque genera fe. Juan ve el poder de Dios en la actividad de Cristo y ofrece una serie de “signos” que conduce a un reconocimiento de Jesús como “el camino, la verdad y la vida” (Jn 14,6).

Al principio de la lectura del evangelio vemos cómo Jesús y cinco discípulos llegaron a Caná de Galilea. En aquellos tiempos una fiesta de bodas duraba una semana e invitados nuevos llegaban cada día. Era la costumbre que los invitados trajeran su propio vino. Quizá, porque Jesús y sus discípulos no lo trajeron, María les advirtió que se había acabado el vino. “¡Por favor, hijo mío, haz algo para remediar esta situación!”. La respuesta de Jesús es bastante cortante: “Y a nosotros, ¿qué nos importa? Mi hora no ha llegado”.

Las pocas ganas de actuar de Jesús quizás estuvieron basadas en el hecho de que no sabía cuál era la voluntad de su Padre en ese respecto. Jesús les dijo: “Les aseguro: el Hijo no hace nada por su propia cuenta, si no se lo ve hacer al Padre” (Jn 5,19). La hora para empezar a ejercer su ministerio aquí en la tierra no está bajo el control del Hijo, sino del Padre.

María, en su sabiduría, dijo a los sirvientes que hicieran lo que su hijo les mandara. María conoce el destino divino de su hijo y tiene confianza en su habilidad de salvar. Incluso de salvar del apuro de no tener vino. Los discípulos de Cristo deben de seguir sus instrucciones porque la fe tiene que expresarse en obediencia.

Con este milagro el poder de Dios se manifiesta en un simple acto de compasión. El bochorno de carecer de vino es remediado, y los novios, sus familias y los amigos aprenden algo sobre el poder del Hijo de Dios. Es un “signo” que genera fe en el Hijo del Dios. Y, ¿qué tiene que ver esa historia, que pasó hace tanto tiempo con nosotros? Mis queridos hermanos y hermanas, nuestro Señor Jesucristo continúa transformando el agua de nuestra existencia común y pecaminosa en el vino gozoso de la gloria de Dios. Aquellos que abren sus corazones y sus almas al Señor son transformados de una manera más radical que el agua transformada en vino. Son transformados en hijos e hijas adoptivos de Dios y por eso herederos de la vida eterna.

Tercer Domingo de Epifanía

Nehemías 8,2-10; Salmo 113; 1 Corintios 12,12-27; Lucas 4,14-21

“El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha consagrado para llevar la buena noticia a los pobres; me ha enviado a anunciar libertad a los presos y dar vista a los ciegos; a poner en libertad a los oprimidos; a anunciar el año favorable del Señor”. Jesús comenzó a hablar, diciendo: “Hoy mismo, en presencia de ustedes, se ha cumplido esta Escritura” (Lc 4,21).

En muchas ocasiones Jesucristo manifestó que su misión en la tierra era la de inaugurar el reino de Dios, proclamando la buena nueva de Dios. Eso es lo que la palabra “evangelio” significa: la buena Nueva. En este caso, el mensajero, Jesús y el mensaje, la buena Nueva, se identifican.

En Jesús formamos parte de una creación nueva, somos el pueblo nuevo de Dios. Jesús, repitiendo las palabras del profeta Isaías, dice que viene a proclamar la buena noticia a la gente más necesitada de la sociedad. Gente de la cual nos olvidamos fácilmente: de los pobres, de los encarcelados y de los desamparados.

Dios, como un Padre bueno, se preocupa primero de los hijos más necesitados. Jesucristo vino como sirviente y no como rey. Curó a leprosos, revivió a muertos, expulsó espíritus malignos de los poseídos; pasó su vida ayudando al menesteroso. No vino a preocuparse por su bienestar propio. No vino a conseguir posesiones materiales, ni a buscar fama. No vino a obtener el placer momentáneo. Jesús culminó su vida con el sacrificio supremo: dio su vida por nosotros. Después de su muerte, Jesús resucitó y subió al cielo donde está en compañía del Padre.

Como Jesús regresó al cielo, quizás podamos pensar que Dios nos abandonó, o que la buena nueva que proclamó no se cumplió. Antes de que Jesús subiera al cielo, encargó a sus amigos, los discípulos, que continuaran la misión por él iniciada. Que proclamaran la buena nueva de Dios. Mas los discípulos, acobardados, se encerraron, llenos de miedo, en una casa. Y ni se atrevieron a decir que eran seguidores de Cristo. Pero el día de Pentecostés, el Espíritu Santo descendió sobre ellos. El mismo Espíritu que recibimos en nuestro bautismo. Y desde ese momento superaron el miedo y proclamaron con valentía el reino de Dios. Muchos pagaron ese testimonio con sus vidas. Así que Dios encargó a la Iglesia que llevara a cabo la misión que Cristo comenzara. Nos llamó a ser compañeros de trabajo en su plan de redención. Como sabía que no podíamos hacerlo solos nos dejó su Santo Espíritu para que nos ayudara.

Muchas veces, en vez de ser el pueblo de Dios, lleno del poder del Espíritu, mensajeros de la buena nueva, nos portamos como cobardes, como gente sin ánimo. Nos escondemos detrás de nuestras debilidades y dedicamos nuestras vidas a nuestro placer, en vez de cumplir el mandato divino. Es más fácil pedirle a Dios que haga algo por nosotros: “¡Diosito dame esto o lo otro!”. ¡Somos perezosos! Pecamos contra el Espíritu de Dios cuando ignoramos su poderosa presencia entre nosotros. Cuando no queremos proclamar la buena Nueva de Dios. A cada uno de nosotros Dios le ha dado un regalo, un don especial, para que lo use para el bien común, para que la Iglesia crezca y prospere y su mensaje se extienda por todo el mundo. Al mismo tiempo, como dice san Pablo, somos miembros del cuerpo de Cristo, si no trabajamos en unidad y armonía no podremos llevar a cabo la misión que Cristo nos encargó.

Todas las partes del cuerpo son importantes. Una infección que empiece en el dedo más chiquito del pie, puede matar a todo el cuerpo, o a los órganos más importantes, como el cerebro y el corazón. La Iglesia sólo puede ser tan fuerte y efectiva como su miembro más débil.

Oigamos la llamada que Dios nos hace. La llamada de llevar su amor a una sociedad que está sufriendo que se está destruyendo. La llamada de llevar su amor como sirvientes. Cada uno usando, sin miedo y con entusiasmo, el don que Dios le ha dado. Siendo levadura que transforma la sociedad que nos rodea. Este no es el momento de ser tímido o egoísta. O nosotros transformamos la sociedad corrupta en que vivimos o ella transformará a nuestros hijos. Este no es el momento de cobardía e inacción. No hacer nada es traicionar a Dios. Es renunciar a nuestra herencia como hijos divinos. ¡Despertémonos antes de que sea muy tarde!

Cuarto Domingo de Epifanía

Jeremías 1,4-10; Salmo 71,1-6, 15-17; 1 Corintios 14,12b-20; Lucas 4,21-32

El evangelio de hoy es la continuación del de la semana pasada. Jesús comentando la lectura del profeta Isaías dijo que aquella escritura se cumplía en su persona; que había venido a liberar a los cautivos, a la humanidad y a proclamar el reino de Dios.

Esa es la razón de la encarnación. Dios nos ama tanto que Jesús viene a librarnos de las cadenas y de la esclavitud que nosotros no podemos romper: el poder del mal. Por las fuerzas del mal las criaturas se rebelaron contra su creador y vivieron en enemistad y conflicto entre sí mismas. Una forma de vida que les traía su propia destrucción. Se convirtieron de víctimas en participantes de la perdición. Y nosotros participamos de esa herencia.

Por ejemplo, en el evangelio de hoy, la gente que fue a la sinagoga para oír a Jesús enseñar, no pensaba que se iba a convertir en un gentío que intentó matarlo. Gente decente, religiosa, que se volvió como loca y trató de matar a Cristo. O como el pueblo alemán, que durante el gobierno de Hitler, cometió crímenes contra la humanidad, exterminando a más de seis millones de mujeres, hombres y niños. Un pueblo que se suponía que fuese cristiano, seguidor de Cristo. O como padres matan a sus hijos e hijos a sus padres. En esta vida nunca entenderemos completamente el misterio del mal. Pero sí sabemos que Jesucristo es la respuesta de Dios para vencer al pecado. Y es en él donde se encuentra nuestra salvación.

Nos dice san Lucas que todos se admiraban de las palabras que salían de su boca. Se asombraban porque se presentaba como profeta. Un profeta que actuaba en nombre de Dios. Un profeta que podría ser el Hijo de Dios. Dudaban. No comprendían. Se admiraban. ¿Cómo es posible, si es el hijo de José? Mas al presentar a Elías y a Eliseo como taumaturgos al servicio de los paganos, la indignación de los oyentes no paró en reparos y decidieron despeñarlo.

Aquellos oyentes, con toda su herencia como pueblo escogido de Dios, con todo su abolengo, creían que sabían tanto que cerraron sus mentes al mismo Dios. Limitaron en sus mentes el poder de Dios. Así, Dios vino y no le conocieron, porque vino en la forma que no esperaban. ¡Y cuántas veces no nos pasa lo mismo a nosotros! ¡Cuántas veces creemos que conocemos bien lo que Dios quiere! ¡Somos el pueblo escogido de Dios, pero cuando Dios nos habla y se acerca a nosotros de una forma inesperada, no le conocemos!

¡Cuántas veces juzgamos a la gente por su apariencia externa, por el idioma que habla, por su país de nacimiento, y estamos seguros de que no sirve para nada! ¡Después de todo no son como nosotros! ¡Perdemos la oportunidad de recibir una revelación de Dios! Jesús, ¿el hijo de José el carpintero? ¡No! ¡No puede ser!

Sí, quiero conocer a Dios, pero a mi modo. Claro que voy al templo a menudo. Claro que amo a Jesús y quiero al Padre. Pero, ¿qué tiene que ver eso con la forma en que vivo mi vida? Sí, quiero recibir el mensaje de salvación que Dios ofrece, pero sólo si dice lo que quiero oír. ¿Amar al prójimo? ¡Claro! Sí me cae bien. La Luz vino al mundo, pero el mundo no la recibió. Dios mandó a su santo Hijo a traernos la salvación, a ofrecernos la vida eterna. Y nuestra respuesta fue matarlo. Nos estamos hundiendo y no queremos aferrarnos al salvavidas. ¿El hijo de José, el carpintero? ¡No!

Queridos hermanos y hermanas, durante esta estación de Epifanía comprometámonos a abrir nuestros corazones al Hijo de Dios y a compartir su paz y amor con todo el mundo. A proclamar que Jesús, el hijo de José, el carpintero, es el Mesías, que Dios nos envió para sacarnos de las garras del pecado. Esa es la misión que Dios nos ha encomendado. No tratemos de matar a Cristo otra vez con nuestra dureza de corazón y falta de entendimiento.

Quinto Domingo de Epifanía

Jueces 6,11-24a; Salmo 85,7-13; Corintios 15,1-11; Lucas 5,1-11

Dios nos ha congregado una vez más en este santo lugar para mostrarnos su amor y las maravillas que realiza en cada una de nuestras vidas. Sólo con Jesucristo se cumple en nosotros el misterio de la salvación. Sólo relacionados con él debemos tomar decisiones de valor eterno. Sin embargo, Jesús ha querido compartir su ministerio con algunas personas a quienes convierte en pescadores de almas.

En el Antiguo Testamento el Dios invisible llamó a los patriarcas y a los profetas y los hizo mensajeros de su palabra. Ahora, Jesucristo escogerá a unos pocos que enviará a anunciar la buena noticia de salvación.

La vocación de Gedeón está conectada con una visión bajo la encina de Ofrá. Gedeón ve al ángel del Señor. Dios reitera su presencia y protección no sólo a Gedeón, sino también a todo el pueblo de Israel. El ángel consumiendo la ofrenda evoca la incomparable majestad y dignidad de aquel que habita en medio de su pueblo y lo guía a través de su historia.

¿Cómo podremos superar el miedo y la inactividad que pesa sobre nuestra comunidad de bautizados? ¿No debiéramos demostrar fortaleza y vigor en toda nuestra vida? Fue Dios quien fortificó a Gedeón y, por medio del ángel, le hizo comprender que todo poder santo viene de Dios. Cuando Gedeón lo comprendió exclamó con humildad y sencillez: "¡Ay Dios mío, he visto al ángel del Señor, cara a cara!" (Jue 6,22). Sólo con su ayuda podremos vencer todos nuestros temores. El mismo Señor es el único que puede intervenir en nuestra vida.

No podemos olvidar el precio con que hemos sido comprados. Según las Escrituras, Jesucristo murió por nuestros pecados, fue sepultado y resucitó como primero de entre los muertos para darnos vida y darnosla en abundancia. Se apareció a los testigos que él mismo eligió. Nosotros, al igual que Pablo, estamos conectados con aquellos primeros testigos. Pablo reconoce que nos es digno de ser llamado "apóstol", porque persiguió a la Iglesia de Jesucristo en sus primeros albores. Sin embargo la cuestión no es simplemente si cada individuo es digno o no. La elección de cada apóstol, y últimamente de cada bautizado, es que se trata de un regalo gratuito proveniente de la gracia de Dios que es el sello que nos ayudará a llevar la misión a buen término. Es un regalo incondicional derramado sobre aquellos que Dios quiere enviar a predicar su palabra y dar a conocer su santo nombre en todos los rincones del mundo.

Gedeón responde a ese regalo del Señor y, con gesto de agradecimiento, levanta un altar a Dios. Esta es la oportunidad de preguntarnos cuándo fue la última vez que hicimos algo para expresar nuestra gratitud a quienes hayan hecho algo por nosotros y, sobre todo, a Dios de quien recibimos todo lo que tenemos y somos.

Jesucristo enseña con autoridad, de manera únicamente vista en él. Su voz alcanza hasta la orilla del lago donde las gentes estaban sentadas para escuchar la palabra. ¿Podremos oír hoy su palabra? La Palabra nos permite contemplar a Jesús que enseña a la Iglesia y a las multitudes a quienes todavía no ha llegado la buena noticia del evangelio.

El milagro atemoriza a quienes más tarde serán pescadores de la humanidad. Pedro se asusta con la presencia divina de Jesús. Sólo le queda valor para pedir al Señor que se aleje de él, porque es un pecador. Pero Jesús le invita a confiar en él y a no tener miedo, pues de ahora en adelante será pescador de hombres. Esta invitación es válida para cada uno de nosotros. Dios nos llama a todos a colaborar por el bien de la humanidad. Diferentes funciones y tareas, diversos llamados y dones de Dios, pero siempre puestos al servicio de la comunidad entera, y no para gloria personal. Ojalá podamos hoy abrir nuestros corazones y podamos oír la voz de Dios que, como a Gedeón y a Pedro, nos dice incesantemente, no temas porque yo estoy contigo.

Sexto Domingo de Epifanía

Jeremías 17,5-10; Salmo 1; 1 Corintios 15,12-20; Lucas 6,17-26

Las lecturas del domingo pasado nos animaron a colocar la confianza en el Señor, de quien nos llega el consuelo y la fortaleza. Las de este domingo apuntan a una antítesis entre la maldición y la bendición divina: “maldito... bendito”. Esas dos palabras aparecen en Jeremías y también se encuentran en el discurso de Jesús.

Esa antítesis, u oposición, quizá despierte nuestra atención hacia la liturgia de la palabra hoy. El paralelismo entre esos dos párrafos de Jeremías es bien notorio. Tienen el mismo número de líneas. Su construcción es prácticamente idéntica. La bendición del segundo párrafo queda más manifiesta al contrastarse con la maldición del primero.

La maldición o la bendición están directamente ligadas a la respuesta que cada persona ofrezca al Señor, ya sea que coloque su confianza en él, o se aparte de él, para colocarla en la “carne”, es decir, en un ser que es débil, frágil y mortal. La confianza significa aquí una esperanza en expectativa que envuelve toda nuestra vida, a la que nos aferramos fuertemente en momentos de tribulación. Pero sólo una entrega total al Señor nos puede traer paz a nuestra alma.

Tener esperanza en otro ser humano, buscar apoyo en un mortal, aun cuando parezca seguro, siempre nos va a defraudar. No importa cuánto poder ponga esa persona a nuestra disposición: la fuerza física, la riqueza, la influencia, las buenas relaciones, las cualidades personales, etc. A la larga todo nos defraudará.

Los profetas y los salmos nos hablan del fracaso de aquellos que ponen su confianza en las cosas y en los poderes del mundo. Por otra parte, nos animan con el éxito experimentado por aquellos que, con humildad, se despojan de sí mismos para confiar sólo en Dios.

Debemos estar atentos también para no caer en la falacia de colocar toda nuestra confianza en instituciones religiosas y en la ley. Nuestra esperanza definitiva sólo puede estar centrada en el Señor quien siempre nos ayuda y guía con amor y sabiduría. Para expresar el contraste entre la tristeza del que confía en seres humanos y el gozo del que confía en Dios, Jeremías usa ejemplos muy sencillos y claros, dice:

Quien confía en el hombre será como un cardo en la estepa, no verá llegar el bien; habitará la aridez del desierto, tierra salobre e inhóspita. Quien confía en el Señor, será como un árbol plantado junto al agua, no sentirá el estío, su hoja estará verde, no dejará de dar fruto (Jer 17,6-8).

Lo que Jeremías quiere poner en evidencia es cuán afortunada es la persona que encuentra la protección de Dios. También quiere mostrar a sus interlocutores el camino que conduce a la santidad. Pablo, por otra parte, nos dice que el destino de cada persona está ligado a la resurrección de Jesucristo. Si Jesucristo no ha resucitado es porque no hay resurrección de los muertos, mas con la fe colocamos toda nuestra confianza en la resurrección de Cristo, y lo mismo que él resucitó, resucitaremos nosotros (1 Cor 15,13-17).

El evangelio cierra con broche de oro el tema que iniciamos con Jeremías. Se usa la misma oposición: Bendito- maldito. Benditos los pobres, y los que sufren por el reino de Dios. Malditos los buscan satisfacción permanente aquí en la tierra. ¡Benditos somos todos nosotros que hemos venido a escuchar el sermón que Jesucristo nos proclama! ¡Benditos nosotros si escuchamos su palabra y la hacemos parte de nuestro diario vivir! Algo nos debe inquietar verdaderamente, y es la persistencia de tanta pobreza en el mundo. ¡Es triste que después de dos mil años de predicación no hayamos logrado terminar con la pobreza que aflige a la humanidad! No debemos descuidar esta responsabilidad. Hemos de insistir movilizandolos todos los medios disponibles en la sociedad. Quizá no sea fácil. Al final siempre hemos de confiar en Dios y seguir sus enseñanzas. Si permitimos que su gracia y amor nos acompañen, lograremos más de lo que nos imaginamos. ¡Ojalá escuchemos su voz y recibamos su bendición!

Séptimo Domingo de Epifanía

Génesis 45,3-11; 21-28; Salmo 37,1-18; 1 Corintios 15,35-38; 42-50; Lucas 6,27-38

Las lecturas para éste domingo tratan del amor sin límites. Un amor sin enjuiciamiento, con perdón incluso de nuestros enemigos. Seguros de contar con la gracia de Dios, en virtud del regalo recibido el día del bautismo, al igual que los discípulos de Jesucristo, somos llamados a adoptar siempre una actitud de perdón.

El evangelio del domingo pasado lo puso de manifiesto. Los ricos, los satisfechos, los que están felices, y aquéllos de quien todo el mundo habla bien, aparentemente están tranquilos, pero no lo son. En cambio, los que ahora experimentan dolor, los marginados, son los que han encontrado la verdad. No porque sean desdichados, sino porque, siguiendo el ejemplo de nuestro Señor Jesucristo, han aprendido a amar sin restricciones.

Jesucristo fue rechazado, perseguido, traicionado, despreciado y llevado a la cruz, y luego resucitó. Jesús puso toda su confianza en Dios, por eso fue exaltado y proclamado Señor para la gloria del Padre, elevado y puesto a su derecha.(Flp 2,6-11).

Contemplando a Jesucristo hemos de aprender a reconocer el verdadero valor de todas las cosas y en todas las situaciones. Nuestro comportamiento ha de ser moldeado en aquél revelado por Dios en la persona de Jesús.

El pasaje del libro del Génesis narra la historia de cómo José perdonó a sus hermanos y tuvo misericordia de ellos (Gn 45,25-28). El desear la venganza para aquel que nos ha ofendido, es una reacción espontánea y, aparentemente, justa. El dejar impune al agresor no es considerado muy humano, como primera reacción. La Biblia, sin embargo, da testimonio del paciente esfuerzo, necesario para, gradualmente, educar a las personas en una conciencia colectiva de perdón.

El Génesis indica cómo Lamec estaba dispuesto a matar a un joven incluso por una cicatriz recibida; su venganza no pararía, como la de Caín, en siete veces, sino que exigiría setenta y siete veces (Gn 4,24). Las leyes antiguas eran rápidas en dictar sentencias proporcionales para castigar al agresor. Así, la ley hablaba de compensación igual al mal cometido (Ex 21,23-35).

Para prevenir una precipitada aplicación de la ley, se instituyó el derecho de asilo. Este designaba lugares donde podía ir a refugiarse el que cometía un crimen involuntario (Ex 21,12-13). Sin embargo, al culpable se le entregaba a la sociedad para ser juzgado. Todo esto era bastante difícil de cumplir. Hoy podríamos asombrarnos de tal interpretación de la ley. Pero, ¿no es cierto que, después de tantos siglos, nosotros hacemos lo mismo y tenemos que vérnoslas todos los días con ese deseo de venganza?

Por otra parte, las Escrituras nos piden que renunciemos a la retribución personal contra aquellos que nos han ofendido. A José le llevó mucho tiempo el tomar la decisión apropiada con la que pondría a prueba a sus hermanos. Con la ayuda de Dios decidió perdonarlos. José es un modelo para el creyente. Por su fidelidad a la palabra divina, permite a Dios transformar un corazón de vengativo en amoroso. Este testimonio de José nos inspira a seguir su ejemplo a los fieles reunidos para celebrar la Eucaristía. El evangelio de Lucas insiste en el mismo tema. Enseña que aquellos que aman a sus enemigos y hacen el bien a los que los odian; los que bendicen a los que los maldicen y ruegan por los que los maltratan; los que presentan la otra mejilla a los que les golpean y dan el manto a quienes les arrebatan el vestido; los que aman y dan a los enemigos sin esperar nada a cambio; todos ellos recibirán una gran recompensa del Altísimo, que es bueno con los malvados y desagradecidos.

Esta doctrina marca definitivamente al cristiano. Es el documento de identidad. El que cumple esta enseñanza es el cristiano generoso, abierto a la compresión hasta lo inverosímil, enemigo de toda condena.

Las palabras del salmista nos deben llenar de consuelo: “Confía en el Señor y haz el bien. No te impacientes del que medra, del que tiene éxito en sus maldades. Los malignos serán arrancados, pero los que invocan al Señor, heredarán la tierra” (Sal 37,3.8 y 10).

Octavo Domingo de Epifanía

Jeremías 7,1-7 (8-15); Salmo 92, 1-5, 11-14; 1 Corintios 15, 50-58; Lucas 6,39-49

Podríamos decir que el tema de este domingo es la solidez de la vida. Una vida de responsabilidad cristiana, moral y social. Ya en la primera lectura oímos al profeta Jeremías clamar desde el pasado el mismo grito suplicante: “Mejoren su vida y sus obras” (Jr.7,3).

El Señor dijo a Jeremías: “Ponte a la puerta del templo del Señor y da a conocer allí este mensaje” (Jr 7,1). Parece ser que existía un rito de entrada en el templo, en ese rito se formulaban las condiciones para que la gente pudiera habitar con Dios en su tienda. Dice Jeremías, a todos los que entran por las puertas del templo a adorar al Señor, una cosa es imprescindible: “Enmienden su conducta y sus acciones”. No basta con clamar a gritos: “¡el templo del Señor, el templo del Señor, el templo del Señor!” (Jr 7,4). Es necesario cambiar de conducta.

De nada sirve venir al templo del Señor mientras se sigue explotando al pobre, al ignorante. De nada sirve venir al templo del Señor y seguir derramando la sangre del inocente. De nada sirve venir al templo y seguir adorando a otros dioses creados al gusto personal. Si cambiamos de conducta Dios habitará con nosotros siempre.

El tema del evangelio se hace eco de la lectura de Jeremías. Dice Jesús: “¿Por qué me llaman ustedes, ‘Señor, Señor’, y no hacen lo que les digo?” (Lc 6,46). Luego ofrece varios ejemplos de cómo debemos comportarnos.

Vemos que se trata de temas eternos. Jeremías escribía hace dos mil seiscientos años. Pero podemos decir que desde el principio de la humanidad, el ser humano se ha comportado de esa manera. Mientras en momentos de apuro y de peligro clamamos al Dios de los cielos, luego nos olvidamos de él, tan pronto como se ha ido la tormenta. Mientras en el templo cantamos, rezamos y prometemos mejorar de conducta, tan pronto salimos, nos olvidamos de las promesas. Se trata aquí de una incongruencia en nuestras vidas, de una hipocresía. Decimos una cosa y obramos otra.

Finalmente, Jesús ofrece un ejemplo tomado del sentido común. El que va a edificar una casa y quiere que se mantenga en pie durante toda su vida, ha de reflexionar primero, hacer planes. Luego ha de cavar, ahondar y colocar cimientos fuertes sobre roca o tierra firme. Si así lo hace, aunque venga un vendaval, o una fuerte tormenta, la casa se mantendrá en pie. Sin embargo, quien construye una casa sin cimientos, se derrumbará con el primer aguacero. Constatamos cuán cierto ha sido esto en todos los desastres ocurridos en muchos países del mundo, especialmente en Centro América. Y lo observamos también en muchas familias que quieren vivir sin un fundamento sólido familiar y matrimonial. Cuando todo les va bien, cuando tienen trabajo y ganan lo suficiente, no piensan en que llegarán momentos más difíciles. No piensan en establecer unos cimientos económicos sólidos para hacer frente a cualquier crisis que se pueda presentar. Esa pobre gente vive superficialmente.

Muy bien, nos dice Jesús, su vida espiritual es como una casa y como un hogar, para que puedan edificar una vida de moralidad y responsabilidad han de escuchar mis consejos y cumplirlos. ¿No nos sorprendemos cuando oímos que alguien conocido se encuentra en la cárcel? ¿Cómo es posible? Parecía buena persona, pero no había edificado sobre el fundamento estable y firme de Jesús. A la primera tentación que tuvo de comprar y vender drogas, cayó en ella. Ahora llora, lamenta y clama al Señor.

Por el contrario, quien sigue firme en el Señor, porque practica su doctrina y los principios enunciados en este evangelio puede exclamar con el salmista: “Bueno es darte gracias, oh Señor, y cantar alabanzas a tu nombre, oh Altísimo; por cuanto me has alegrado, con tus hazañas; las obras de tus manos aclamo con júbilo. ¡Cuán grandes son tus obras, oh Señor! ¡Qué profundos tus designios!” (Sal 92,1.3-4).

Último Domingo de Epifanía

Éxodo 34,29-35; Salmo 99; 1 Corintios 12,27-13,13; Lucas 9,28-36

Las lecturas de hoy hablan de la transfiguración del Señor. Tanto “epifanía” como “transfiguración” son palabras que significan una revelación de Dios. Dios se manifiesta de una manera fascinante y extraordinaria. Es un momento de temblor y alegría al mismo tiempo. De temblor porque es Dios mismo quien se coloca ante nosotros, indignos siervos suyos, y de alegría porque es el Padre amoroso quien se hace presente en nuestras vidas.

La Transfiguración y la Epifanía forman parte de los misterios teológicamente conocidos como “teofanías divinas” o “manifestaciones de Dios”. Las lecturas nos presentan a Dios comunicándose de una manera sencilla y maravillosa. Maravillosa porque es Dios, en su radiante gloria y esplendor, quien revela su poder y majestad; sencilla, porque es a nosotros seres humanos, producto de su creación, a quienes quiere manifestarse.

Ya en el Antiguo Testamento, Dios, en su infinito amor por los seres humanos, traza su plan salvífico y se lo presenta a seres humanos que serán sus mensajeros. El primero fue Abrahán cuando ya tenía noventa y nueve años. Su misión: establecer el pueblo elegido. “Se le apareció el Señor y le dijo: camina en mi presencia y sé perfecto” (Gn 17,1).

Más tarde se le apareció a Moisés para encargarle el liderazgo de su pueblo escogido. Sin embargo, Dios aún no le ha permitido a nadie contemplarle en su gloria. “Moisés dijo al Señor: enséñame tu gloria. Le contestó: Yo haré pasar ante ti toda mi bondad y pronunciaré ante ti el nombre “Señor” ... pero mi rostro no lo puedes ver” (Ex 33,18-21).

Algo de lo que Moisés no tuvo la oportunidad de contemplar es lo que Dios quiere mostrarnos hoy: su propia cara y su gloria. El texto seleccionado del evangelio de Lucas lo deja ver: “Mientras oraba, cambió de aspecto su rostro y sus vestidos resplandecían de blancura. Dos hombres hablaban con él: eran Moisés y Elías, que aparecieron gloriosos” (Lc 9,28-31).

La Transfiguración, es un cambio, una metamorfosis. En esta ocasión, Jesús cambió su apariencia humana para ofrecer a los discípulos un anticipo de su gloria y resplandor. En ese resplandor y majestad lo podremos ver, cara a cara, cuando él mismo nos lleve a la casa celestial para vivir en gloria eternamente.

Algunos de los detalles de la transfiguración del Señor, son peculiares del evangelio de Lucas y no se encuentran ni en Marcos ni en Mateo. Mientras que en Marcos lo peculiar es la revelación del Mesías escondido como la consumación de la ley y los profetas, y para Mateo es la manifestación del nuevo Moisés, en Lucas la transfiguración es también para Jesús, una experiencia personal. En el contexto de una profunda oración, Jesús ve el paso que va a completar en Jerusalén.

Recordemos que Jesús recibió una comunicación divina al empezar su ministerio (Lc 3,21). Ahora, en la transfiguración recibe otra comunicación divina, pues está empezando una nueva etapa de su misión: la pasión. Jesucristo lleva ya dos años predicando pero no encuentra en Israel ninguna esperanza de que cambie y supere la violencia que lo está llevando a la ruina.

Ya que ni siquiera los milagros logran convencer a sus compatriotas, a Jesús sólo le queda enfrentarse con las fuerzas del mal; su sacrificio será más eficaz que sus palabras para encender el amor y el espíritu en todos los que en adelante continuarán su obra salvadora.

Nuestro Señor, una vez más se transforma para nuestro bien. Es Dios mismo quien se manifiesta y se hace presente en esta santa celebración de la Eucaristía. Las lecturas del Éxodo y de Lucas nos dicen que el rostro de Moisés y la figura de Jesús experimentaron una metamorfosis. Ahora tenemos la oportunidad para pedirle a nuestro Padre del cielo que nos ayude a completar nuestra propia metamorfosis y así podremos transformarnos en verdaderos hijos e hijas suyos.

Miércoles de Ceniza

Joel 2,1-2, 12-17; Salmo 103,8-14; 2 Corintios 5,20b-6,10; Mateo 6,1-16, 16-21

Hoy comienza la Cuaresma. Las lecturas del Miércoles de Ceniza nos invitan a vivir un tiempo de recogimiento y de reflexión, antes de emprender juntos el largo ascenso hacia la Pascua del Señor. Dios, por voz del profeta Joel, de san Pablo y del mismo Jesús, nos recuerda la meta que hemos de alcanzar, los medios que debemos utilizar y el espíritu con que hemos de caminar.

Joel, con voz que resuena a través de los siglos, nos grita: “Convertíos de todo corazón, con ayuno, con llanto, con luto. Rasgad los corazones y no las vestiduras” (Jl 2,12-13). ¡Convertíos al Señor! Es un grito que, de las páginas de la Biblia, nos llega a nosotros hoy día. San Pablo con otras palabras nos ruega lo mismo: “En nombre de Cristo os pido que os reconciliéis con Dios” (2 Cor 5,20).

Para lograr esa meta, la Iglesia ha propuesto las prácticas tradicionales de ayuno, oración y limosna. Estos ejercicios ascéticos los debemos practicar sin caer en la ostentación de que nos habla Mateo: “Cuidad de no practicar vuestra justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos... tu Padre, que ve en lo escondido, te recompensará” (Mt 6,1-6.16-18). El Libro de Oración Común añade a esas costumbres piadosas, la lectura y meditación de la palabra de Dios. Es leyendo y meditando sobre el mensaje divino como nos acercamos al seno de Dios.

Hoy tenemos un rito especial y significativo. La imposición de la ceniza. La ceniza evoca en la Biblia todo lo caduco y que carece de valor. Echarse ceniza en la cabeza era signo de duelo y arrepentimiento. Los cristianos adoptaron, con toda naturalidad, esta costumbre antigua, en particular cuando eran admitidos en el grupo de los penitentes (siglos III-V). La imposición de la ceniza no se convirtió en un rito litúrgico de comienzo de Cuaresma hasta el siglo V en Alemania, y luego pasó a Italia en los siglos XII-XIII. Creemos que este rito, esta ceremonia, tiene un significado muy profundo. Reconocemos que somos polvo, que somos pasajeros, que se los lleva el tiempo, como el polvo hace con el viento. De nuestro cuerpo, de nuestro polvo, sólo el espíritu o alma permanecerá; ese espíritu nuestro irá a Dios. Para ese encuentro con la divinidad nos estamos preparando durante toda la vida.

Al recibir la ceniza confesamos que pertenecemos a un pueblo de pecadores que se vuelve hacia Dios con la confianza de resucitar con Cristo, vencedor del pecado y de la muerte.

Ahora bien, como decíamos anteriormente, este tiempo de Cuaresma es un tiempo de penitencia y reflexión. Una meditación atenta sobre el mensaje bíblico nos llevará a cambiar de vida, de costumbres malas a buenas, de vida viciosa a vida virtuosa. Al practicar los actos de sacrificio y de penitencia hemos de tener muy presente la pureza de espíritu que Jesús espera de nosotros. No andemos con caras tristes y enfermizas, ni publiquemos en el periódico o anunciemos en la radio o en la televisión qué clase de sacrificios estamos realizando. Todo esto nos conduciría a buscar el aplauso de la gente, o el que nos den una plaquita, o un certificado, o un trofeo de reconocimiento, con esta inscripción: “En honor a lo triste y cabizbajo y demacrado que ha andado durante estos cuarenta días, se le concede este reconocimiento”.

Así se conduce, a veces, la sociedad superficial. Los caminos de Dios son diferentes. Son caminos escondidos, misteriosos, y sólo en lo escondido se puede encontrar uno con Dios. Jesús dice: “Cuando vayas a rezar, entra en tu aposento, cierra la puerta y reza a tu Padre, que está en lo escondido, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará” (Mt 6,5).

Sería bueno que al examinar nuestras vidas cambiáramos en aquello que más débiles andamos. En actitudes dentro de la familia: de estar siempre peleando o riñendo a buscar la reconciliación; de ser envidiosos y resentidos, a ser generosas y compasivos. En una palabra, que nuestra vida refleje el espíritu amoroso, compasivo, flexible y abierto que nos demostró Jesús.

Acerquémonos a recibir las cenizas con humildad, reconociendo que somos pecadores, pero también que la misericordia de Dios no tiene límites.

Primer Domingo de Cuaresma

Deuteronomio 26,(1-4)5-11; Salmo 91,9-15; Romanos 10,(5-8a)8b-13; Lucas 4,1-13

“Concluida la prueba, el diablo se alejó de él hasta otra ocasión” (Lc 4,13). En la liturgia del Miércoles de Ceniza nos comprometimos a la “observancia de una santa Cuaresma, mediante el examen de conciencia y el arrepentimiento; por la oración, el ayuno y la abnegación; y por la lectura y meditación de la santa Palabra de Dios”. Ese es todo un programa espiritual que encontramos en el Libro de Oración Común. (pág. 183) Si lo siguiéramos al pie de la letra, no cabe duda que terminaríamos la Cuaresma bastante transformados.

El problema es que nosotros raramente emprendemos un examen tan riguroso como el que hizo Jesús. ¿Quién de nosotros puede decir que ha comenzado su vida adulta después de un retiro de cuarenta días, y en los cuales, ayunó, se abnegó, leyó la palabra de Dios, y meditó, para asegurarse de que durante el resto de su vida iba a cumplir la voluntad de Dios?

Si tomamos literalmente el relato del evangelio debemos decir que el auto examen que realizó Jesús fue riguroso al punto de ser casi extremo. Cuarenta días sin comer, bajo el sol abrasador del día, y el frío de la noche, parece algo difícil de cumplir. Pero podemos aceptar ese número como simbólico y concluir que durante cierto tiempo se preparó “con la oración, el ayuno y la abnegación” para su misión salvadora.

Al final del ayuno vemos a un Jesús que acepta decididamente el camino que le espera. Entiende las Escrituras con claridad y las explica y proclama con autoridad. Se dice que “más sabe el diablo por viejo que por diablo”. En esta Escritura vemos que más sabe el Eterno que ese “viejo diablo”. Con casi desdén, despacha Jesús a su enemigo. No será la última vez que se encuentren. Pero en este tropiezo vemos el patrón de futuros enfrentamientos. Jesús ganará y el demonio perderá siempre.

No es extraño que la liturgia diga “mediante el examen de conciencia y el arrepentimiento”. Nuestro examen de conciencia debiera conducirnos al arrepentimiento. Este período de Cuaresma ofrece una oportunidad de reconocer cuán lejos estamos de la posibilidad de salir victoriosos por nuestros propios esfuerzos y cuán grande es la salvación que Dios nos ha dado. No podemos mantenernos correctamente relacionados con Dios si desde un principio no reconocemos nuestra debilidad. Dios tuvo que proveernos una salida. Y esa salida se encuentra en la segunda lectura de hoy. Pablo dice: “Si confiesas con la boca que Jesús es Señor, si crees de corazón que Dios lo resucitó de la muerte, te salvarás” (Rom 10,9).

Parece demasiado fácil, mas en las próximas semanas veremos cómo Dios repite, de varias maneras, que quiere salvarnos. A veces pensamos que la salvación debiera ser más difícil, por ejemplo, cruzar un desierto, ayunar toda una semana. Nos molesta que no tengamos otra opción, salvo hacer lo más simple, “confesar con la boca y creer de corazón”. Nos humilla saber que lo más importante y necesario para que entremos en el reino de Dios ya lo hizo Jesús por nosotros. Sin embargo, Dios está contento si aceptamos los sufrimientos de la vida sin protestar y criticarle. Más aún, podemos ofrecerle, con amor, muchas de las angustias que nos agobian. ¡Como un holocausto vivo y agradable! (Rom 12,1).

Esta Cuaresma es pues una invitación a examinarnos y a aprender cómo realmente desea Dios que vivamos aquí en la tierra. Es una invitación a ser sinceros con nosotros mismos y con Dios. Es una invitación a que esta reflexión no termine el día de Resurrección sino a que continúe toda nuestra vida. Sabemos que es muy difícil cambiar de vida sin la ayuda de Dios, ¡pidamos, pues, esa ayuda! Hagamos del Señor “nuestro refugio y del Altísimo nuestra habitación. (Sal 91,9). ¡Confesemos y creamos y veremos grandes cambios en nuestras vidas!

Segundo Domingo de Cuaresma

Génesis 15,1-12,17-18; Salmo 27,10-18; Filipenses 3,17-4,1; Lucas 13,(22-30)31-35

¿Han ido alguna vez a un estadio para ver un partido de fútbol y entrado por el torniquete? ¿Sabían por qué lo llaman un torniquete? Porque frena la libre circulación de la gente y, a veces, la para completamente. Lo más chistoso es pasar por un torniquete angosto. Seas gordo o delgado, es todo un lío. Empujas la barra de enfrente y la barra de atrás te da una palmada. Eso es lo que nos dice Jesús que tenemos que hacer: ¡pasar por el torniquete!

Jesús asegura que muchos tratarán de entrar y no podrán y quedarán fuera. Imagínense ahora un torniquete tan angosto que sólo los más delgados puedan entrar y aún ellos tengan que esforzarse para lograrlo. Esa es la imagen que Jesús nos presenta para considerar cómo vivir nuestras vidas para entrar en el reino de los Cielos.

Jesús afirma que habrá personas que digan al dueño de la casa que comieron y bebieron con él y escucharon sus enseñanzas, pero él los dejará afuera. O sea, habrá personas que hayan participado en la santa comunión, hayan escuchado sermones y con todo corren el peligro de quedarse fuera del reino de Dios. ¡Qué espanto! ¿Cómo será posible esto?

Estamos al comienzo de la segunda semana de Cuaresma y el auto examen nos permite ver qué terribles serán los resultados de nuestra desobediencia: “¡Apártense de mí malhechores!” (Lc 12, 27). Tal vez la clave de esta situación nos la dé san Pablo en su carta a los Filipenses. A éstos les decía muchas veces, y ahora se lo repite hasta con lágrimas que hay muchos que andan como enemigos de la cruz de Cristo: su paradero es la perdición, su Dios el vientre, su gloria sus vergüenzas, sólo aspiran a cosas terrenas (Flp 3,18-19).

San Pablo asegura en la carta a los Romanos que es necesario confesar con la boca y creer de corazón para ser salvos. Primero hay que confesar que Jesús es el Señor y creer. Luego nos toca poner de nuestra parte. Porque ese “creer de corazón”, no puede ser algo sentimental, sino algo profundo que transforme nuestra vida. Así que tenemos que cooperar con Dios en nuestra propia transformación. Tenemos que trabajar por nuestra propia santificación.

De nada sirve llegar a la Eucaristía todos los domingos, de nada sirve escuchar muchos sermones, si en el fondo no hemos cambiado. ¿De qué sirven muchos ayunos y penitencias, ahora en la Cuaresma, si después de la Pascua nos damos una vida de libertinaje? ¿Acaso sólo tenemos obligación de ser buenos y responsables durante los días de la Cuaresma? No. Debemos serlo siempre. Debemos serlo de Cuaresma a Cuaresma, de un año a otro.

Esa fue la profunda actitud de san Pablo. La vida de algunos cristianos es la perdición. La de Pablo fue el estar clavado en la cruz por amor a Cristo. Pablo sufrió hambre, sed, persecución, encarcelamiento, fue criticado, calumniado, y abofeteado, pero todo lo soportaba por amor a Cristo. Pablo se había identificado con Cristo. Pablo estaba crucificado con Cristo. ¡Pablo pasó por el torniquete! ¡Pablo vio la luz y llegó a la resurrección!

A pesar de las terribles palabras de Jesús en el evangelio, sabemos que tenía un corazón compasivo y misericordioso; sabemos que dio su vida por nosotros; sabemos que, como padre amoroso, nos está esperando siempre. Si nosotros nos esforzamos por ser fieles a su palabra, si seguimos su enseñanza, nos salvará. Como dice el salmista, busquemos el rostro del Señor (Sal 27,11). No nos distraigamos con otros quehaceres y preocupaciones humanas.

No perdamos el tiempo. Aprendamos qué significa ser cristiano con autenticidad. Si seguimos el difícil ejemplo de Jesús, de Pablo y de otros santos, veremos cómo Dios transformará nuestra condición humilde, según el modelo de la condición gloriosa de Cristo.

Tercer Domingo de Cuaresma

Éxodo 3, 1-15; Salmo 103, 1-11; 1 Corintios 10,1-13; Lucas 13,1-9

“¿Piensan que aquellos galileos, por haber sufrido así, eran más pecadores que los demás galileos? Les digo que no; pero si no se arrepienten, acabarán como ellos” (Lc 13,2-3).

Esta es la tercera semana de Cuaresma que comenzamos con palabras duras por parte de Jesús. A veces tenemos la idea de que Jesús fuera un predicador suave. Mas vemos que predicaba fuego con igual ardor.

El fuego no es siempre un elemento de destrucción. En varias industrias se usa para quitar las impurezas y conservar lo valioso. Para formar el acero se tiene que hacer una mezcla de varios elementos con hierro y entonces templearlo al fuego. De ahí sale un material increíblemente fuerte: el acero hecho de titanio. El oro más fino ha sido refinado con el fuego más ardiente. Y así es con Jesús. El objetivo de su predicación ardiente era la producción de una vida purificada.

El evangelio nos ofrece la parábola de una higuera que no produce fruto. Para el granjero, el propósito de una viña es la producción de frutos. Si la higuera no cumple con la razón de su existencia, ¿para qué tenerla? Si no produce, no vale la pena que exista. Eso es lo que dice el dueño a su viñador. “Córtala, pues ¿para qué ha de ocupar terreno inútilmente?” (Lc 13,7).

Nosotros también existimos para dar frutos agradables a Dios. Si no producimos esos frutos, “de la misma manera, pereceremos”. No obstante, como el viñador, Jesús vino a la tierra para abonarnos, labrarnos, refrescarnos y estimularnos a producir fruto. Y, lo mismo que el viñador de la parábola, Jesús ha pedido al Padre que tengamos suficiente tiempo antes del juicio definitivo. Pero, ¿cuál es el fruto que tenemos que dar para no ser cortados y quemados? La lectura habla del fruto de arrepentimiento. Pero, ¡qué extraño! Vimos que el arrepentimiento fue mencionado en la primera semana de Cuaresma. ¿No es el arrepentimiento previo a todo? Lo que espera el Señor es una conversión total que dé frutos de arrepentimiento como producto de una relación íntima con Dios.

El segundo domingo de Cuaresma hablábamos de entrar en un proceso de cambio en el cual imitáramos a Jesús. A medida que seguimos fielmente ese proceso, impulsados por el Espíritu Santo, nos damos cuenta de nuestras imperfecciones, de nuestras rebeliones contra Dios. A veces nos quedamos atónitos al ver nuestro interior. Lo que verdaderamente somos nunca iguala a lo que pensábamos que éramos. A medida que el Espíritu de Dios brilla y manifiesta lo que somos, tenemos la inclinación a escondernos como Adán y Eva en el jardín del paraíso y negar que somos esa persona que nos revela el Espíritu Santo. Buscamos excusas como si fueran hojas para ocultar nuestra pobre realidad. Comenzamos a culpar a otros, usándolos como hojas de cubierta. Decimos, “si mis padres me hubieran tratado mejor, no sería así. Si mi patrón no fuera tan tacaño, no le robaría. Si la sociedad fuera más justa, podría pagar mis impuestos”. Encontramos un sin fin de disculpas para no tener que enfrentarnos al Dios que nos está quemando con su fuego santo. Esa persona es la higuera sin fruto. No se deja cambiar por el Espíritu Santo.

El arrepentimiento que pide el evangelio de hoy es un arrepentimiento de madurez. Cuando al principio, nos dimos cuenta de que Dios buscaba nuestras vidas, no sabíamos lo que éramos. Al iniciar el proceso de arrepentimiento maduro y entrar en compromiso con Dios, comprendimos cuán imprescindible es la ayuda de Dios. Sin él no podemos dar fruto de santidad.

En el salmo de hoy encontramos palabras de consolación: “El Señor no nos ha tratado conforme a nuestros pecados, ni nos ha pagado conforme a nuestras maldades. Así como se levantan los cielos sobre la tierra, así se levanta su misericordia sobre sus fieles” (Sal 103,10-11).

Acerquémonos a Dios y pidámosle que nos ayude a cambiar nuestras vidas. Si hacemos eso y nos sometemos humildemente al fuego de su santidad, veremos cambios en nuestras vidas que complacerán a Dios y a nosotros mismos. Seremos la higuera que da fruto de eternidad.

Cuarto Domingo de Cuaresma

Josué (4,19-24); 5,9-12; Salmo 34,1-8; 2 Corintios 5,17-21; Lucas 15,11-32

La parábola del hijo pródigo es de un valor inmortal. Varias películas de Hollywood se han basado en la idea de un hijo que va por el camino equivocado, y, arrepentido, regresa a sus padres. Es una parábola que nos llena de consuelo, porque si somos ese hijo pródigo nos alienta la esperanza de que Dios está dispuesto a recibirnos. Si somos padres con hijos pródigos nos alienta el que un día vuelvan y se reconcilien con nosotros. Si somos hermanos de un pródigo nos insta a estar dispuestos al perdón. ¿Quién no ha sentido en la juventud el aguijón de la aventura? ¿Quién no ha deseado abandonar el hogar paterno y trotar mundos para ver qué existe más allá del horizonte chiquito de nuestra casa? Más que nunca este espíritu de rebeldía y aventura se da en la juventud, en los años en que uno descubre el deseo de independencia, de no obedecer ni escuchar a nadie. Quisiéramos decir a nuestros padres: ¡Dame, pues, lo que me toca, y con ello me voy de ventura! ¡Menos mal que muchos padres no son tan generosos, menos mal que muchos padres no acceden tan fácilmente a la rebeldía de los hijos, de lo contrario, casi todos serían pródigos!

¿Y qué experimentan? A los pocos días de abandonada la seguridad del hogar, empiezan a constatar la lucha de la vida, que el dinero no llega, que el mundo es cruel y no ofrece buen trabajo al inexperto, y que todos se aprovechan de uno, excepto los padres, que siguen amándote hasta el extremo.

El joven de la historia llegó al punto más bajo que un judío pudiera llegar. Nada más vergonzoso para un judío que el cuidar cerdos. ¡Nadie lo hacía! De ahí la fuerza de la parábola. Más aún, no podía comer ni siquiera lo que los cerdos comían. ¡Tan extremada era su situación! Y, ese fue precisamente el momento de cambio, de reflexión, de conversión: “¡Padre mío, he pecado contra Dios y contra ti!” (Lc 15,18). A veces tenemos que llegar al fondo del sufrimiento para darnos cuenta que dependemos de Dios totalmente. Que sin él no podemos hacer nada. “¡Ya no merezco llamarme hijo tuyo!” (Lc 15,19). ¡Qué palabras tan tremendas! ¿Quién puede decir eso a un padre y no romperle el corazón? ¡Sólo de pensarlo se nos llenan los ojos de lágrimas!

Mas al hijo rebelde, al hijo aventurero, al hijo pecador, le aguarda una gran sorpresa. Su padre le está esperando, corre hacia él y le colma de besos y abrazos. ¡Qué momento tan extraordinario! El padre sin pronunciar un reproche, manda organizar una gran fiesta. “¡Pónganle la mejor ropa, un anillo, y sandalias en los pies!” (Lc 15,22). Ropa que, sin duda alguna, pertenecía al padre. “¡Traigan el becerro más gordo y mátenlo. ¡Vamos a comer y celebrar fiesta!” (Lc 15,23).

¡Qué grande es nuestro Dios con el arrepentido de todo corazón! No demanda, no juzga, no critica, no reprocha. Por el contrario, organiza una gran fiesta con todo lo mejor que hay en la casa. Así trata Dios al pecador arrepentido. ¡Un Dios de gran corazón! Un Dios que no recuerda ni menciona el pasado. Hemos oído a Jesús pronunciar palabra muy fuertes, pero van dirigidas a corazones impenitentes, a corazones que no quieren saber nada de Dios. Con un poco de arrepentimiento, ¡Dios es todo bondad! San Pablo dice en la epístola: “el que es de Cristo es una criatura nueva” (2 Cor 5,17). Dios ha reconciliado al mundo en Cristo, sin pedirle cuentas de sus pecados. Y a nosotros nos ha confiado el mensaje de la reconciliación.

Hermanos, nosotros, los que estamos aquí celebrando esta Eucaristía, no podemos condenar a nadie, no podemos criticar la actitud del hermano que, aparentemente, reaccionó con mucha envidia. El también, en un momento de reflexión, se daría cuenta de que era un hijo pródigo. ¿Hemos sido pródigos alguna vez? Que cada uno haga su propio examen.

Quinto Domingo de Cuaresma

Isaías 43, 16-21; Salmo 126; Filipenses 3, 8-14; Lucas 20, 9-19

Con este domingo abrimos la puerta de la última semana Cuaresma que iniciamos el Miércoles de Ceniza. El domingo próximo, Domingo de Ramos, tendremos la oportunidad de concentrarnos en la meditación de la pasión de Cristo. Así que, a pesar de que el evangelio de hoy, mediante una parábola, sugiere lo que Cristo iba a sufrir por nosotros, permítanme reflexionar sobre otro tema. Me refiero a “la conversión y su resultado en nuestras vidas”. Esto aparece muy claro en la primera lectura tomada del libro del profeta Isaías y en el segmento del salmo ciento veintiséis.

El Miércoles de Ceniza, cuando ustedes vinieron a la iglesia para comenzar la estación de Cuaresma, el sacerdote les marcó las frentes con ceniza, diciendo: “Acuérdate de que eres polvo y al polvo volverás”. Otra opción que el sacerdote pudo haber usado, es: “Arrepiéntete de tus pecados y regresa al Señor”. Esta segunda expresión parece más significativa para la Cuaresma, ya que durante esos días la Iglesia invita a sus fieles a la conversión y al retorno al Señor.

La primera lectura habla de un camino nuevo que Dios abrió para su pueblo. “El Señor abrió un camino a través del mar, un sendero por entre las aguas impetuosas” (Is 43,16). Es una referencia al milagro que Dios realizó por medio de Moisés cuando el pueblo de Israel escapó de Egipto y cruzó el Mar Rojo.

Ese camino también existe para nosotros, pues se abrió en un momento definitivo en la historia de la salvación y sigue abierto para todo el mundo. Es un camino con dirección hacia delante y que se cierra detrás de nosotros. No podemos retroceder. El Señor no quiere que recordemos el “ayer” sino que vivamos en el presente y marchemos hacia el futuro. Es lo que dice san Pablo en la epístola: “Lo que sí hago es olvidarme de lo que queda atrás y esforzarme por alcanzar lo que está delante, para llegar a la meta y ganar el premio que Dios nos llama a recibir por medio de Cristo Jesús” (Flp 3,14).

El salmo anuncia que el Señor ha cambiado nuestra suerte y ha realizado proezas con nosotros. Dice el salmo que cuando sucedió eso, éramos como los que sueñan, quizás pensando que no se trataba de una realidad sino, de una fantasía. Pero al despertarnos, nos damos cuenta de que, lo que parecía una sueño, es una realidad. “Y decían entre las naciones: El Señor ha hecho proezas con ellos” (Sal 126,3).

El Señor ha efectuado una conversión en nosotros. Y por medio de esa conversión podemos acercarnos a él de una manera nueva. ¿Cuáles son los frutos de esa conversión? ¿Cuáles son los signos visibles de que hemos regresado al Señor? Son dos: El primero, es la adoración al Señor como supremo y único salvador. Puesto que él es el que nos salva, a él sólo debemos adoración y gloria.

El segundo, es una manera nueva de comportarnos los unos con los otros. Somos un pueblo elegido. Dios nos ha escogido y hemos de actuar como el tesoro y la prenda que Dios nos considera. Somos no sólo elegidos, sino su pueblo elegido. Somos miembros de una comunidad y debemos amarnos como hermanos y hermanas.

Finalmente, tenemos que vivir toda nuestra vida con alegría. Anuncia el salmo: “Entonces nuestra boca se llenó de risa, y nuestra lengua de alegría... Los que sembraron con lágrimas, con gritos de alegría segarán” (Sal 126,2 y 6). En el presente vivimos todavía un tiempo de reflexión, de penitencia, de sufrimiento, pero ya sabemos cuál es el final de la historia. “El Señor ha hecho proezas con nosotros y estamos alegres” (Sal 126,4). Alabemos al Señor con un alma llena de su gracia, y amémonos los unos a los otros con alegría y sencillez de corazón.

Domingo de la Pasión: Domingo de Ramos

Isaías 45,21-25; Salmo 22,1-21; Filipenses 2,5-11; Lucas (22,39-71)23,1-49(50-56)

Dos elementos dignos de mención encontramos en este episodio de la vida terrena del Maestro de Galilea: la ingratitud humana y la soledad del Hijo de Dios.

Días antes a su condena, el Señor había alimentado a más de cinco mil personas con cinco panes y dos peces, a orillas del mar de Tiberíades. Hace unas horas se habían oído gritos de “hosannas”, “hosanna al hijo de David”, “hosanna al rey de Israel”, “hosanna al que viene en nombre del Señor”. Después de esto observamos un cambio inexplicable en una multitud que hasta el presente le había profesado amor. Ahora pide, a gritos, su muerte. Se trata de la ingratitud humana.

Jesús, como de costumbre se retira al monte de los Olivos a rezar. Los discípulos le siguen. De camino les aconseja que es conveniente orar para no caer en la tentación. Luego, se retira sólo para dialogar en la intimidad con su Padre celestial. Demostrando debilidad humana le ruega: “Padre, si quieres, aparta de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lc 22,42). Un ángel del cielo le conforta. Y continuando en una oración profunda empieza a sudar un sudor como gotas espesas de sangre que caían en el suelo (Lc 22,44).

De una oración tan extenuante y agotadora sale fortalecido y decidido a cumplir una misión de amor como nunca jamás se haya dado en la historia. Y obedece a la voluntad divina. Sigue adelante en lo que parece ser su destino. La obediencia a la voluntad divina superó sus temores y dudas. Su ejemplo de sumisión a un destino implacable sigue siendo el ideal del género humano. Muy poca gente está dispuesta a morir injustamente, y sin rechistar. La mayoría de nosotros protestamos.

También sufrió una soledad asombrosa. La soledad se vislumbra en forma de cobardía, cuando Pedro le niega, para poder sobrevivir. Hacía unas horas había jurado fidelidad al amigo. Mas pudo en Pedro más el instinto de conservación que el amor a su maestro. Tal vez se hayan dado circunstancias en nuestras vidas en que hemos experimentado un miedo semejante y hayamos negado a Jesús. Cuando callamos frente a las injusticias; cuando alguien cuestiona nuestra fe, y creencia en el Señor, y contestamos con evasivas, o negando lo que somos, estamos negando en público a ese Cristo que murió por nosotros.

Su soledad se acrecentó más cuando la justicia humana, dividida entre la religiosa y la civil, le denegó los derechos más elementales establecidos en la misma ley judía. Su soledad alcanzó el nivel más elevado, cuando enclavado en la cruz, la ingratitud humana, con ironía se mofó de él diciendo: “Si tú eres rey de los judíos, ¡sálvate!” (Lc 23,37).

En medio de esa soledad, Jesús todavía encontraba fuerza de voluntad para extender sus brazos amorosos y prometer el paraíso al malhechor arrepentido. Luego, dando un fuerte grito, entró su espíritu al Padre de los cielos. Todos quedaron asombrados y sobrecogidos. Hasta el punto de que el centurión, allí presente glorificaba a Dios diciendo: “Ciertamente este hombre era justo” (Lc 23,47). Y todos, arrepentidos, se volvieron a casa, silenciosos, cabizbajos y dándose golpes de pecho.

El abandono que experimentó Jesús fue aparente y psicológico. El niño que se encuentra solo y perdido no sabe que la madre está observando desde lejos. En el misterio indescifrable de la vida, Dios observa todo nuestro acontecer humano. Él lo sabe todo. En la asombrosa soledad que rodeó a Jesús, Dios todopoderoso estaba presente permitiendo que la libertad humana se desarrollara hasta el último límite posible. Una libertad capaz de cometer injusticias horribles. Pero la última palabra la tendría Dios. “Este es mi hijo muy amado”. Y tendría lugar la resurrección, y la gloria y el poder de Dios se harían manifiestos. Gloria de la que todos los seguidores de Jesús participaremos algún día. Pero, hoy oremos, a imitación de Jesús para no caer en la tentación.

Jueves Santo de la Cena del Señor

Éxodo 12,1-14a; Salmo 78,14-20, 23-25; 1 Cor 11,23-26 (27-32); Juan 13,1-15

Si de algo carece el mundo en que vivimos es de amor auténtico. Repito, amor auténtico. Abunda el amor superficial. El amor barato. Pero amor como el de Jesús hay poco.

Vivimos tiempos de maravillosos avances tecnológicos. La ciencia nos habla de inventos nuevos, de técnicas complicadas, que mejorarán todos los aspectos de la vida humana. Pero al mismo tiempo, no hemos sido capaces de erradicar las injusticias que plagan al planeta entero. Las desigualdades entre las clases sociales aumentan cada día, y el egoísmo no encuentra satisfacción.

Hemos de recuperar el verdadero espíritu de Jesús que amando a los suyos los amó hasta el extremo. Es decir, los amó con un amor sin límite, con un amor sin igual. No hay amor igual al de Jesús. Esta noche celebramos la efusión del amor de Jesús sin paralelo en la historia.

La institución de la Eucaristía es la institución del amor de Jesús en medio nuestro. Es una alianza escrita no en tablas de piedra, como la del Antiguo Testamento, sino en nuestros corazones.

La institución de la Eucaristía es la culminación de un sinnúmero de comidas entre Jesús y sus discípulos. Según los estudiosos bíblicos, las comidas, que Jesús mantenía con los pecadores y marginados de la sociedad, constituyen, tal vez, “la característica central” del apostolado de Jesús. Jesús comía con todos sin fijarse en la condición social de los mismos: con pobres y ricos, con justos y pecadores. Esta actitud trastornaba los valores profundos establecidos por una sociedad edificada bajo los parámetros de honor y deshonor, de hombre y mujer, de esclavo y libre, de rico y pobre, de puro e impuro.

El evangelio de Marcos narra cómo “muchos publicanos y pecadores se encontraban a la mesa con Jesús y sus discípulos” (Mc 2,15). “Al verlo los fariseos decían a los discípulos: ‘¿Por qué come vuestro maestro con los publicanos y los pecadores?’” (Mt 9,11). Zaqueo era rico y recaudador de impuestos y he aquí que Jesús decide pasar todo un día en su casa. “Al verlo, todos murmuraban, diciendo: ‘Ha ido a hospedarse a casa de un hombre pecador’” (Lc 19,7).

Esta era “la mesa de compañerismo de Jesús”. Jesús establecía los horizontes del reino de Dios comiendo con marginados y pecadores y demostrándoles compasión por encima de todo prejuicio humano. “No juzguéis y no seréis juzgados, no condenéis y no seréis condenados. Perdonad y seréis perdonados. Sed misericordiosos, como vuestro Padre es misericordioso” (Lc 6,36-37) y “hace salir el sol sobre malos y buenos, y llover sobre justos e injustos” (Mt 5,45).

Incontables son los actos de amor que Jesús derramó sobre sus compatriotas, pero uno de los más asombrosos sucedió una noche como ésta hace dos mil años. Antes de la fiesta de pascua, durante la cena, aun sabiendo que uno de sus discípulos lo habría de traicionar y los demás abandonar, se levanta de la mesa se quita el manto y tomando una toalla, se la ciñe. Después echa agua en una jofaina y se pone a lavarles los pies. ¿Cómo es posible? ¿Un maestro actuando como un esclavo? Era oficio de los esclavos lavar los pies de cualquier invitado que entrara en la casa para librarle los pies del polvo del camino. Así se cumplen literalmente las palabras de Pablo a los filipenses, “no hizo alarde de ser igual a Dios, sino que se vació de sí y tomó la condición de esclavo” (Flp 2,6-7).

Al final de la cena se puso en medio de ellos y les dijo: “¡Amáos los unos a los otros como yo os he amado!” “¡Vestid al desnudo, dad de comer al hambriento, laváos los pies mutuamente. Compartid del pan y del vino en mi nombre. Haced todo esto y el reino de Dios estará con vosotros!”

Viernes Santo

Isaías 52,13-53,12; Salmo 22,1-11; Hebreos 10,1-25; Juan (18,1-40) 19,1-37

La liturgia del Viernes santo tiene su origen en Jerusalén. En el Diario de viaje de una cristiana llamada Egeria se cuenta cómo se desarrollaba esta jornada a finales del siglo V. Tras una noche de vela en el Monte de los Olivos, muy de mañana, se bajaba a Getsemaní para leer el relato del prendimiento de Jesús. De allí se iba al Gólgota. Después de la lectura de los textos sobre la comparecencia de Jesús ante Pilato, cada uno se iba a su casa para descansar un rato, pero no sin antes pasar por el monte Sión para venerar la columna de la flagelación. Hacia el mediodía, de nuevo se reunían en el Gólgota para venerar el madero de la cruz: lectura durante tres horas de textos del Antiguo y del Nuevo Testamento, alternando con salmos y oraciones. La jornada acababa finalmente en la iglesia de la Resurrección, donde se leía el evangelio de la colocación de Jesús en el sepulcro.

Esta estructura básica de la liturgia, centrada en la pasión y muerte de Jesús, sufrió varias alteraciones en los siglos siguientes, hasta quedar definitivamente fijada a mediados del siglo pasado. El Libro de Oración Común ofrece, de las tres partes tradicionales, una como fija que consiste en las lecturas y oración universal o colectas solemnes, y otras dos partes como opcionales, que son, la veneración de la cruz y la comunión recibida del Santísimo Sacramento consagrado el día anterior.

Este es el momento de preguntarnos ¿por qué murió Jesús en la cruz? La muerte en la cruz era un suplicio reservado para esclavos y rebeldes. El tormento de la cruz fue inventado por los persas, pero usado de una manera horrorosa por los romanos para infundir terror y dominio absoluto. Ningún ciudadano romano podía morir en el madero de la cruz.

Ahora bien, hemos visto a Jesús humillarse hasta lo último: “no hizo tarde de ser igual a Dios, sino que se vació de sí y tomó la condición de esclavo” (Flp 2,6-7). A tal condición se rebajó Jesús, libre y voluntariamente, para establecer de una manera incuestionable su mensaje de salvación y de liberación personal.

Basta leer cualquiera de los evangelios para ver a Jesús buscando afanosamente al ser humano descarriado. Por un lado, busca a los líderes religiosos del judaísmo que lo han convertido en una institución legal, carente de amor y de compasión; por otro lado, lo vemos sentarse a comer con pecadores notorios, y nos preguntamos, ¿qué les diría que con su palabra quedaban convertidos? Los ciudadanos de Sicar le dicen a la mujer samaritana: “(le) hemos oído y sabemos que este es verdaderamente el Salvador del mundo” (Jn 4,42).

Ahora bien, ¿necesitaba Jesús morir en la cruz? ¿No había quedado su mensaje ya sólidamente establecido, sin necesidad de morir en tan horroroso sacrificio? Jesús no tenía por qué haber muerto en la cruz, pero al hacerlo nos demostró todavía con mayor evidencia hasta qué punto llegó su amor. La muerte en la cruz fue la culminación de un amor sin igual. Un amor heroico, y amor divino. Un amor loco. Así lo da a entender san Pablo: “El mensaje de la cruz es locura para los que se pierden; para los que nos salvamos es fuerza de Dios” (1 Cor 18).

Tanto judíos como griegos buscaban una sabiduría práctica. Los judíos esperaban encontrarla en un mesías libertador, los griegos esperaban encontrarla en la filosofía y la vida prudente, pero de ninguna manera en un salvador ajusticiado: quien no se salvó a sí mismo, mal podría salvar a otros, pensaban. Así quedaban confundidos, porque la sabiduría divina no sigue los caminos terrenos, ni los pensamientos divinos son como los de los humanos. (Is 55,8)

Queridos hermanos y hermanas nos encontramos aquí, en el templo, no para llorar la muerte de Jesús, no para admirar su gran sacrificio, sino para cambiar de vida e imitarlo. No olvidemos las palabras de Jesús: “¡Amaos los unos a los otros como yo os he amado!”.

Vigilia Pascual

Cn 1,1- -2,2; Salmo 114; Romanos 6,3-11; Mateo 28,1-10

Queridos hermanos y hermanas, ¡alegrémonos porque Jesús ha resucitado! Quiero ofrecerles una breve nota histórica para comprender lo que hemos estado celebrando.

En la tradición judía se cuentan los días de una puesta del sol a otra, y no a partir de la medianoche. Esta manera de dividir el tiempo se ha mantenido en la liturgia de la Iglesia: las solemnidades comienzan al atardecer, con las primeras vísperas, y acaban con las vísperas del día siguiente.

Así, la Vigilia pascual, desde el principio del cristianismo, se ha celebrado por la noche. En Roma, todavía en el siglo V, no hay más que una celebración pascual, la de la noche. Pero en África, en tiempos de san Agustín (354-430), se celebraba ya una segunda misa el domingo por la mañana. El obispo de Hipona no dejaba de predicar en ella, a pesar –decía– del cansancio de la larga vigilia nocturna.

En la forma actual la Vigilia pascual consta de cuatro partes: primera, lucernario, o rito de la luz: bendición del fuego nuevo en el que se enciende el cirio pascual; segunda, liturgia de la palabra, en la cual se recapitula la catequesis que se ha hecho a los catecúmenos (La historia de la creación. El diluvio. El sacrificio de Isaac. La liberación de Israel en el mar Rojo. La presencia de Dios en el nuevo Israel. La salvación ofrecida libremente a todos. El anuncio de la nueva alianza: un corazón nuevo y un espíritu nuevo. El valle de los huesos secos. La reunión del pueblo de Dios) se recuerdan así las grandes etapas de la historia de la salvación que ha precedido el advenimiento de “la luz verdadera que alumbra a todo hombre” (Jn 1,9); tercera parte, bautizos o renovación de los votos bautismales; y finalmente, la administración de la eucaristía.

Se trata, como estamos viendo, de una de las liturgias más bellas de todo el año. San Juan Crisóstomo, en un sermón escrito para esta noche exclama: “Que toda persona y amante de Dios goce de esta bella y luminosa solemnidad. Que todo siervo fiel participe de la alegría de su señor. Gustad todos del banquete de la fe. Gustad todos las riquezas de la misericordia. Que nadie se queje por su pobreza, pues ha aparecido nuestro reino común. Que nadie se lamente por sus pecados, pues de la tumba ha brotado el perdón. Que nadie tema la muerte, ya que la muerte del Salvador nos ha liberado...”

Así es. Si judíos y griegos consideraban la muerte de Jesús en la cruz, como una locura, no habían parado a reflexionar que “lo que sembramos no revive si no muere” (1 Cor 15,36). Jesús vivió una vida de amor. Jesús murió una muerte de amor. ¿Qué habría pues de resucitar sino una vida nueva de amor? Por la vida nueva resucitada de Jesús tenemos nosotros vida y esperanza. Si Jesús no hubiera resucitado “vana sería nuestra fe” (1 Cor 15 14).

Así pues, llenos de alegría debemos repetir las palabras del Pregón pascual: “Exulten por fin los coros de los ángeles, exulten las jerarquías del cielo, y por la victoria del Rey tan poderoso que las trompetas anuncien la salvación. Goce también la tierra, inundada de tanta claridad, y que, radiante con el fulgor del Rey eterno, se sienta libre de la tiniebla que cubría el orbe entero. Alégrese también nuestra madre la Iglesia, revestida de luz tan brillante; resuene este templo con las aclamaciones del pueblo. ¡Qué noche tan dichosa! Sólo ella conoció el momento en que Cristo resucitó de entre los muertos. ¡Qué noche tan dichosa en que se une el cielo con la tierra, lo humano y lo divino!

Te rogamos, Señor, que la luz de tu resurrección ilumine nuestras vidas para que caminemos, no como hijos de las tinieblas sino de la luz.

Domingo de Resurrección: Día de Pascua

Hechos 10,34-43; Salmo 118,14-17, 22-24; Colosenses 3,1-4; Lucas 24,1-10

No hay día más importante en la vida de un cristiano que el de la resurrección de Jesús. Aunque en el mundo del negocio la celebración de su natividad parece oscurecer la importancia de la pascua, hoy, es el día en que, como dice el salmo: “Hay voz de júbilo y victoria en las tiendas de los justos” (Sal, 118,15).

¿Por qué resuena entre nosotros esa voz de alegría y de victoria? ¿Por qué es este día tan importante para el pueblo cristiano? ¿Cuáles son las consecuencias de la resurrección de Cristo y las implicaciones de ese evento?

Primero, la resurrección de Jesús nos invita a una vida nueva. San Pablo dice a los Colosenses: “Ya que ustedes han resucitado con Cristo, busquen las cosas del cielo, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios” (Col 3,1). Por el bautismo, la Iglesia nos llama a una vida nueva en Cristo. “Si hemos sido sepultados con él”, dice Pablo a los romanos, “también hemos resucitado con él”. Hoy es un día excelente para renovar los votos bautismales y para dedicarnos, con más ahínco, a la vida nueva que heredamos por la resurrección de Cristo y en nuestro bautismo.

Segundo, la resurrección de Cristo es un acontecimiento con implicaciones universales que sobrepasa todas las fronteras creadas por los hombres. En los Hechos de los Apóstoles encontramos a Pedro declarando lo siguiente: “Verdaderamente comprendo que Dios no hace acepción de personas, sino que en cualquier nación el que le teme y practica la justicia le es grato” (Hch 10,34-25). La resurrección nos invita al evangelismo y a la proclamación del la Buena Nueva de salvación: “Cristo ha muerto. Cristo ha resucitado. Cristo volverá”. Pedro salió ese día y proclamó sin temor el significado de la resurrección. Cristo nos invita, con el poder de su Espíritu, a realizar lo mismo. Pero, tenemos que tener en cuenta que la predicación del evangelio tiene que llevarse a cabo con amor y comprensión. Hemos de respetar y aceptar que hay personas, que tienen otros sistemas de creencia y otra visión religiosa. Según la teoría del “cristianismo anónimo”, Dios salvará a todos los que lo reverencian y obran el bien, aunque sea fuera del contexto cristiano.

Dicen que una vez murió alguien que no pertenecía a ninguna religión oficial, pero que era una persona llena de amor y creía en un poder supremo. Cuando llegó al cielo san Pedro lo invitó a una pequeña gira: “Aquí están los bautistas”, dijo. “Allí se encuentran los católicos romanos, al lado de los luteranos, etc.” Y, finalmente, dijo Pedro: “Cuando pases por esa zona, no hagas mucha bulla pues ahí se encuentran los episcopales, y piensan que son los únicos en el cielo”. En la mansión del Padre hay muchas moradas para todo el mundo.

Finalmente, la resurrección de Cristo nos invita a un apostolado del que todos puedan participar, no sólo los hombres. Es interesante observar cómo en el evangelio, “las que llevaron la noticia - de la resurrección - a los apóstoles fueron María Magdalena, Juana, María madre de Santiago” (Lc 24,10). En la cultura latina existe la tendencia de relegar a las mujeres a posiciones inferiores a los hombres. Las mujeres muchas veces son objetos de uso y abuso. ¡Pero en realidad, Dios se sirvió de las mujeres como primeras evangelizadoras! En nuestra Iglesia, las mujeres tienen tanto derecho a todos los niveles de ministerio como los hombres. Si no hubiese sido por las mujeres, quizás la Iglesia no hubiera crecido como lo hizo en los primeros siglos del cristianismo.

La resurrección de Cristo nos invita a una renovación personal. Hoy damos gracias a Dios por su amor y por su triunfo sobre el pecado. Y le pedimos que siga transformando nuestras vidas con la presencia de su Hijo resucitado entre nosotros.

Segundo Domingo de Pascua

Hechos 5,12a,17-22,25-29; Salmo 118,19-24; Apocalipsis 1,(1-8) 9-19; Juan 20,19-31

Las gentes de negocio siempre tratan de infundirnos confianza para que compremos su mercancía. Nos convencen de que nos venden el mejor coche, la mejor televisión, la mejor casa. A la hora de invertir nuestros ahorros nos convencen de que su compañía es la mejor y de que no fracasará. Nos animan a invertir en esa corporación para incrementar los dividendos. Pero la experiencia nos demuestra que no hay nada eterno, imperecedero y libre de fracaso en esta vida. Los productos de la tecnología fallan, las corporaciones fracasan y la gente pierde la seguridad en sí misma. Con el tiempo el pueblo se torna sospechoso, escéptico, y duda de negociantes y de gobernantes. La duda se establece en nuestras almas y dudamos de todo, a veces, con sobrado fundamento.

El evangelio de hoy presenta al apóstol Tomás dudando. Efectivamente, no era corriente ni común, entonces ni ahora, el ver a un muerto resucitado. Tampoco le gusta a uno ser víctima de burlas, por eso la actitud de Tomás es lógica y plausible. “Si no veo, si no toco, no creo”, dijo Tomás.

Por aquel entonces, también había quienes se ganaban la vida engañando a los demás. Gente tramposa, mentirosa, timadora, estafadora, que se aprovechaba de la credulidad de los sencillos. La duda había logrado sus adeptos. Así se explica que no sólo Tomás, sino que la misma María Magdalena, Pedro, Juan y los demás discípulos hubieran abrigado la duda en sus corazones. El evangelio de Juan así lo trasluce: “Hasta entonces no habían entendido lo escrito, que había de resucitar de la muerte” (Jn 20, 9).

La verdad es que no era fácil aceptar un hecho que superaba toda experiencia. También es verdad que los evangelistas cuentan unos casos en los que Jesús reanimó o “resucitó” cuerpos. Según ello, los discípulos debieran ya estar preparados para sospechar que tal vez Jesús pudiera repetir en sí mismo la hazaña realizada en otros. O si carecía de tal poder, por lo menos el Dios altísimo podría devolver la vida a una persona tan justa como Jesús.

Por otra parte, hay que reconocer que la muerte de Jesús también pudiera engendrar sospecha en el más fuerte. Uno podría preguntarse: si salvó a otros ¿por qué no ha podido salvarse a sí mismo? Si Dios estaba con él para ayudar a otros, ¿cómo se explica que lo abandonara hasta tal extremo? ¿Cómo aceptar una muerte tan vergonzosa e inmerecida? Tal vez haya sido todo una mofa, tal vez haya sido todo la broma más pesada... Así razonaban muchos. Así pensaba la mayoría...

¿Cómo restaurar ahora la confianza perdida? ¿Cómo abrigar esperanza en medio de semejante catástrofe? Todos los indicios eran de incredulidad. ¿Cómo aceptar ahora una patraña más? Dicen que ha resucitado, ¿quién lo puede creer? ¿Quiéren reírse de uno? No se pueden aceptar más cuentos. Se necesitan pruebas tangibles.

Sin esas pruebas ¿quién querría arriesgarse a continuar su obra? ¿Cómo continuar la proclamación del reinado de Dios, cuando aparentemente ha triunfado el mal? No, será mejor esperar... Y en esas se encontraban, cuando Jesús viene con las pruebas: “¡Gente de poca fe: ved, tocad, palpad!” “¡No dudéis!”

Hoy día, todavía la duda hace presa de nosotros. Y dudamos de Jesús y de Dios. Necesitamos experimentar como Tomás. Tal vez sea ésta una de las verdades más profundas del cristianismo. Cada uno de nosotros necesita un encuentro personal con Jesús. Solamente así, armados con ese conocimiento personal, podemos hacer frente a la duda y a la ansiedad, que acosan nuestras vidas.

Los discípulos tienen un encuentro profundo con Jesús, y quedan transformados. Así salen llenos de brío a proclamar las buenas nuevas y a proclamar un ministerio de perdón y reconciliación. El encuentro personal es un paso sumamente importante. ¿Qué podemos ofrecerle a nuestro prójimo si también nosotros estamos cargados de dudas?

La historia del cristianismo demuestra que las personas más eficientes en su apostolado han vivido una vida de profunda consagración a Dios. Es de esa entrega total a Dios de donde cosechan fuerzas y vigor para enfrentarse a cualquier contratiempo humano. Acerquémonos a Dios y se resolverán todas nuestras dudas.

Tercer Domingo de Pascua

Jeremías 32,36-41; Salmo 33,1-11; Hechos 9,1-19a; Juan 21,1-14

Hace cierto tiempo ocurrió un terremoto bastante severo en el Estado de Washington. Muchas de las personas que vivieron ese temblor de tierra dijeron que se sentían como si estuvieran sobre un plato hondo lleno de gelatina. Las lecturas de hoy hablan de lo inestable e insegura que sería nuestra vida si no nos entregáramos al Señor con todo nuestro ser.

En la primera, del profeta Jeremías, Dios promete al pueblo de Israel, esparcido por muchas partes, que lo reunirá de nuevo y estará con él para siempre. “Ellos”, dice el Señor, “serán mi pueblo, y yo seré su Dios; y les daré otro corazón y otro camino... Les pactaré alianza eterna. Me comprometeré a no dejar nunca de hacerles bien, y pondré mi temor en sus corazones, de modo que no se aparten de junto a mí” (Jr 32,38-39). Uno se encuentra seguro con tal promesa. Las palabras “pacto”, “eterno”, “no dejar nunca” y “me comprometeré” tienen como fundamento un sentido de durabilidad y de fiel compromiso. Jeremías estaba anunciando el pacto que Jesús habría de sellar con su muerte en la cruz y con la resurrección. Dios cumplió su promesa.

El salmo contiene palabras semejantes: “Tema al Señor toda la tierra; teman delante de él todos los habitantes del mundo; porque él dijo, y fue hecho; él mandó y existió... la voluntad del Señor permanece para siempre, los designios de su corazón por todas las generaciones” (Sal 33,9-11). Las promesas del Señor se cumplen porque es fiel. Nosotros, hemos de estar seguros de que con el Señor a nuestro lado, nada malo nos puede ocurrir.

San Lucas, en los Hechos de los Apóstoles, relata la historia de la conversión de Saulo, que no hacía más que perseguir “a los que seguían el nuevo camino, tanto hombres como mujeres, y llevarlos presos a Jerusalén” (Hch 9,2). Pero mientras viajaba hacia Damasco, el Señor se le apareció en una visión, con luz que venía del cielo, invitándole a cambiar de vida. Tan profunda fue la experiencia para Saulo que cambió completamente y decidió ser bautizado con el nombre de Pablo. Pablo, poniendo su fe en lo que el Señor le pedía, se convirtió en el predicador y evangelizador más poderoso que la Iglesia haya tenido en toda su historia.

Finalmente, el Evangelio presenta la imagen de siete discípulos que estaban pescando en una barca en el lago de Tiberíades. Toda la noche habían querido pescar algo, pero sin éxito. El Cristo resucitado se les aparece y les dice: “Echen la red a la derecha de la barca y pescarán. (Jn 21,6). Así lo hicieron, y después no podían sacar la red por los muchos pescados que tenía.

Una vez más, la obediencia al mandato del Señor resulta en un gran triunfo para los que lo obedecen. De estas lecturas tenemos que aprender lo siguiente: las promesas del Señor se cumplen siempre. El Señor es fiel, y lo que promete eventualmente se realizará. Pero, así como Pablo y Juan reconocieron al Señor después de haber hecho algunas preguntas, y discernieron si en realidad era el Señor quien se las dirigía, también nosotros tenemos que discernir si en realidad es el Señor quien nos habla o no. Eso lo podemos averiguar mediante la oración, y el diálogo con otras personas, o con los sacerdotes y ministros de la Iglesia. Cuando hemos determinado que “es el Señor”, nuestra responsabilidad es confiar en él de todo corazón, pues, Dios es fiel y nunca nos abandonará.

Cuando confiamos en el Señor enteramente nos sorprende con desayunos opíparos. Tan deliciosos que nos olvidamos de cualquier otro alimento. “Jesús se acercó a los discípulos, tomó el pan en sus manos, y se lo dio a ellos; y lo mismo hizo con el pescado”(Jn 21,14). Jesús tenía muchas delicadezas con sus discípulos. Jesús tiene muchas delicadezas con nosotros, de nos da como alimento, para que podamos tener vida eterna.

Cuarto Domingo de Pascua

Hechos 13,15-16,26-33 (34-39); Salmo 100; Apocalipsis 7,9-17; Juan 10,22-30

Hoy es el cuarto domingo de Pascua. Seguimos celebrando el misterio de la resurrección de Cristo, y con fe nos gozamos ya en el día de nuestra resurrección.

“Mis ovejas reconocen mi voz, y yo las conozco y ellas me siguen” (Jn 10,27), palabras que nos animan a esforzarnos a conocer al Pastor que orienta nuestra vida.

La promesa de nuestro Señor Jesucristo es la vida eterna, y la unión con él. Jesús compara esa unión a la de su Padre celestial cuando dice: “El Padre y yo somos una sola cosa”. A esa misma unión nos llama el Señor cuando nos acepta como sus ovejas, que reconocen su voz y le siguen.

Pero, ¿cómo podremos seguirle si no le conocemos? ¿Tenemos realmente a Jesús como pastor de nuestras vidas? Si la respuesta fuera afirmativa, no cabe duda que seríamos más felices. La vida en esta tierra se nos haría más llevadera.

Efectivamente, vemos con cuánto cariño y sacrificio un pastor cuida a su rebaño. Pronto por la mañana, se acerca al corral donde se encuentran las ovejas, las acaricia y las conduce por verdes praderas en busca de buenos pastos donde puedan comer y recostarse. Las lleva hacia fuentes tranquilas donde sacien su sed. Las guía por senderos seguros para que no tropiecen. Cuando el sol calienta las lleva a lugares frescos y sombreados. Y allí descansan. Otras veces, cuando el peligro acecha, porque el lobo viene, el buen pastor arriesga su vida, y las salva. Las ovejas, sin saberlo están en el cielo.

Así es nuestro buen pastor, Jesús. En su caminar por esta tierra, ofreció ejemplos de amor, de cariño, de sensibilidad exquisita hacia todos. Amaba de manera especial a los pecadores, a los condenados. No excluía a nadie. Comía con buenos y malos. Sólo los de corazón duro no quisieron aceptarlo. Pero a quienes lo recibieron les abrió las puertas de la vida eterna donde se encuentra un enorme rebaño con miles de millones de almas que a través de la historia le han seguido.

Seguir a Jesús, implica el que muchas veces caminemos por senderos de polvo y lodo, por caminos escabrosos. Implica el que, a veces, encontremos espinas y cardos junto con pastos sabrosos. Mas el buen pastor siempre estará observando. Basta una voz suya para que le sigamos. “El Señor es bueno; para siempre es su misericordia; su fidelidad perdura de generación en generación” (Sal 100,4), canta el salmo de hoy. Dios está siempre a nuestro lado.

Queridos hermanos y hermanas, cualquiera que haya sido el motivo de su venida a la iglesia, el resultado es más hermoso: hemos decidido escuchar la voz de Dios y estamos uniéndonos a Cristo en su muerte y resurrección y compartiendo los unos con los otros del misterio de los sagrados alimentos que nos nutren de vida divina. ¿No es esto lo más importante en nuestras vidas? Algunos, agobiados por problemas pensarán que no. Para ellos, lo más importante en este momento será encontrar trabajo; será tener dinero suficiente para pagar las facturas que llegan puntualmente todos los meses. Es verdad, estamos agobiados de preocupaciones, pero nunca hemos de perder la fe en nuestro Dios.

Cada vez que dudamos de la presencia de Cristo, nos separamos de su rebaño y nos convertimos en ovejas sin pastor. Hermanos y hermanas, ¡no permitamos que nos suceda eso a nosotros! Qué triste sería escuchar la voz de Dios en nuestros corazones sentenciar: “¡Tú no eres de mis ovejas!” Se perdería todo el sentido de la existencia, todo el sentido de la vida. Si conocemos a una oveja que no sigue a Jesús como pastor, invitémosla a que venga a encontrarlo en la celebración de la Eucaristía. Así seremos colaboradores de Dios en su obra amorosa. Y digamos con el salmista: “Sepan que el Señor es Dios; él nos hizo y somos suyos, su pueblo y ovejas de su rebaño. Entren por sus puertas con acción de gracias, en sus atrios con alabanza; denle gracias y bendigan su nombre” (Sal 100,2-3).

Quinto Domingo de Pascua

Hechos 13,44-52; Salmo 145,1-9; Apocalipsis 19,1,4-9; Juan 13,31-35

El tema predominante de la liturgia de hoy es la unidad de la Iglesia en el amor. Las lecturas del domingo pasado nos alentaban a escuchar el llamado de Dios y a participar de un Cristo resucitado. Las de hoy nos invitan a buscar la unidad perfecta dada por el amor.

Amar no es el problema, pues todas las personas aman de una u otra manera. La misma palabra de Dios lo afirma: “Si ustedes aman solamente a quienes los aman, ¿qué hacen de extraordinario? Hasta los pecadores se portan así” (Lc 32, 6). Jesús enseña una nueva forma de amar. Ofrece un mandamiento nuevo: que nos amemos los unos a los otros de una manera especial.

Alguien podría decir que ese mandamiento ya lo sabía. En eso estamos de acuerdo; pero la palabra de Jesús no termina ahí, sigue diciendo: “Así como yo los amo a ustedes, así deben amarse los unos a los otros” (Jn 13,35). Es aquí donde radica lo nuevo de este mensaje, el amarnos como Jesús nos amó. Veamos algunas de las características de la nueva forma de amar. Si verdaderamente queremos alcanzar la unidad en el amor y ser llamados hijos de Dios, tenemos que imitar a quien dio su vida por nosotros. Jesús nos mostró su amor de esta manera:

Un amor humilde, obediente, sencillito, bondadoso, alegre, honrado, dedicado, disciplinado, entregado. Un amor lleno de fe, de esperanza, que lo soporta todo y que lo lleva a uno hasta la muerte, incluso una muerte horrorosa como era el martirio de la cruz.

Si todas esas características no nos parecen nuevas, escuchemos más: entregó ese amor incluso a quienes no le amaban y a los que le odiaban, a los que no pensaban como él, a los que hablaban diferente, a los que no creían en el Dios que les mostraba; a los que le habían hecho daño, a los que le habían lastimado el corazón, a quienes le habían golpeado y torturado. Si esto fuera poco, Jesús mostró su amor, de una manera única, a quienes le quitaron la vida.

Cristo Jesús nos llama a ofrecer ese mismo amor a todos, y especialmente a los hermanos de su Iglesia, para que todos sepan que somos uno y que somos sus discípulos. “En eso conocerán que sois mis discípulos, en que os amáis unos a otros” (Jn 13,35). Aquí podríamos recordar las palabras de esa bella canción: “Cristo te necesita para amar”. Amar a todos sin fijarse en las razas ni el color de la piel. Amar a la vecino y al que vive lejos. Amar al que habla otra lengua y al que piensa distinto. Amar al amigo de siempre y al que no nos saluda. Al que sufre y al triste démosle amor. Al humilde y al pobre démosle amor. ¡Cristo nos necesita para amar!

En verdad, hay que estar muy unidos a Dios para poder actuar de esa manera. Vemos cómo ya desde antiguo Dios espera de los humanos que actúen a imitación de la divinidad. En el libro del Levítico encontramos esas maravillosas palabras: “Sean santos, pues yo, el señor su Dios, soy santo” (Lv 19,1). En qué consistirá la verdadera santidad de Dios no lo sabemos, pero debe ser algo que nos deslumbrará para siempre. Ahora, en esta tierra, vemos cuánto nos cuesta imitar esa santidad, y mucho más mostrarla en nuestras vidas.

¡Qué hermosa es la gloria de Dios! ¡Más hermosa aún cuando los hijos de Dios la mostramos en nosotros mismos! Normalmente, los humanos estamos orgullosos de nuestros logros en la vida. Nos sentimos bien, estamos contentos y satisfechos. Mas quienes han tenido la dicha de ser padres de familia, sienten que cuando uno de sus hijos refleja sus esperanzas, los padres se encuentran en el colmo de la felicidad. De la misma manera como Jesús mostró la gloria de Dios, así nosotros debemos manifestar la gloria de Dios a todos los hermanos, para que la unidad sea completa en la santidad.

Sexto Domingo de Pascua

Hechos 14,8-18; Salmo 67; Apocalipsis 21,22-22,5; Juan 14,23-29

La curación narrada en la primera lectura nos recuerda el milagro efectuado por Pedro con otro cojo colocado a la entrada del templo llamada Hermosa: “Plata y oro no tengo, pero lo que tengo te doy: en el nombre de Jesucristo, el Nazareno, echa a andar”, dijo Pedro (Hch 3,8).

Ahora el milagro tiene lugar fuera de Jerusalén, en Listra, ciudad helénica colonizada por el emperador Augusto. La historia ilustra los primeros encuentros de los predicadores cristianos con la cultura pagana politeísta. Es un caso particular de religiosidad ingenua y crédula, de una población que cree las historias o leyendas poéticas de dioses que se presentan a los hombres en figura humana. Incluso se sienten halagados de ser ellos quienes reciben una de esas visitas.

Un hombre, tullido de nacimiento, escuchaba con atención la predicación de Pablo. Pablo lo vio y observó que tenía madera de fe para salvarse. Dirigiéndose a él le dijo: “Ponte derecho sobre los pies. El cojo dio un salto y echó a andar” (Hch 14,10).

La gente se asombra, y reacciona de acuerdo a una manera sencilla y primitiva de entender la religión. “¡Dioses en figura de hombres han bajado hasta nosotros” (Hch 14,11), exclaman. En un ambiente politeísta, los dioses abundan para cubrir cualquier necesidad. En este caso juzgan que Bernabé, más distante y solemne, es Zeus, y Pablo, el intérprete que habla, es Hermes. El mismo sacerdote del templo de Zeus decide ofrecer el sacrificio a Bernabé y a Pablo, ya que se han dignado llegar a ellos en forma humana.

Pablo y Bernabé se quedan atónitos y les gritan: “¡Nosotros somos hombres, de vuestra misma condición!” (Hch 14,15). Entonces, Pablo, toma la palabra y aprovecha para pronunciar un discurso, que nos recuerda otro más filosófico y profundo que pronunciará en Atenas (Hch 17,22-31). Aquí, con palabras sencillas, les dice: “Os anunciamos que hay que abandonar los ídolos para convertirse al Dios vivo, que hizo el cielo, la tierra, el mar y cuanto contienen” (Hch 14,15).

Después de dos mil años todavía encontramos mucha gente que, sabiendo que existe sólo un Dios único, adora a ídolos callejeros. Esas personas se acercan a agoreros y brujos en busca de milagros y curaciones. Se acercan a “madres margaritas”, a espiritistas, a que les revelen los misterios de su vida y de su familia, y al final de la sesión, después de pagar, les regalan reliquias de la buena suerte y del amor. O van a “reguladores sicotrónicos” para que les liberen de enfermedades desconocidas, de brujerías, de hechizos, de maleficios, de envidias, de mala suerte, de miedos, de complejos y de toda clase de males. A todas estas personas ingenuas hay que decirles con claridad que sólo hay un Dios vivo que hizo el cielo y la tierra, y que nos ama.

En la historia de la Iglesia observamos con tristeza, cómo los mismos sacerdotes y religiosos cayeron en la trampa de la propia idolatría. Se convirtieron en pequeños dioses para la gente. Se revistieron de poder y honores y esperaban y exigían del pueblo reverencias, besos de manos y de pies. Es hora de terminar con toda esa falsa religión y proclamar como Pablo, Bernabé y Pedro: “Los sacerdotes, somos sólo hombres”. ¡No somos dioses!

Siempre que nos apartamos del ejemplo de servicio y entrega que nos dio Jesús traicionamos su mensaje y formamos religiones falsas. No estamos en esta tierra para adorar a otros seres humanos. No estamos en esta tierra para que nos adoren. Estamos aquí para adorar al Dios omnipotente que se dignó enviar a su Hijo, y éste murió por nosotros en una cruz.

Pidamos a Dios que el Espíritu Santo nos ayude a discernir la verdadera religión de la falsa, y que nos recuerde día a día todo lo que nos enseñó Jesús.

Séptimo Domingo de Pascua

Hechos 16,16-34; Salmo 68,1-20; Apocalipsis 22,12-14, 16-17, 20; Juan 17, 20-26

La lectura del evangelio es la última parte de una oración que se ha llamado la oración del Sumo Sacerdote, Jesús. Es la conclusión del discurso de despedida de Jesús. Jesús dice adiós a sus apóstoles, a sus amigos y desea que se mantengan unidos en el amor. Palabras llenas de emotividad. Palabras pronunciadas antes de la crucifixión. Es un mensaje que los discípulos deben recordar siempre.

Jesús reza por la unidad de la Iglesia. Una unidad que no ha de lograrse por una unión superficial de las diversas confesiones cristianas, tras un esfuerzo humano, sino que ha de estar fundamentada en la participación común de los sacramentos y de la palabra de divina.

La primera parte de este evangelio busca una unidad aquí en la tierra, la segunda mira hacia una unidad perfecta y total en el más allá, en la gloria.

Ahora bien, ¿Será posible una unidad total aquí en la tierra? ¿Una unidad de todas las confesiones cristianas bajo un gobierno universal, algo así como un imperio? Más aún, ¿será conveniente? Tal vez no. En cierto modo, esa unidad, ya se dio de una manera imperfecta en el Sagrado Imperio Romano. Pero, la historia de la Iglesia nos ha demostrado que con gobiernos totalitarios se cometen muchos abusos. No hay libertad de pensamiento ni de expresión. La verdad está aprisionada. En el pasado, en nombre de teologías hoy trasnochadas, se quemó a mucha gente. Personas que fueron tenidas por herejes, hoy descubrimos que tenían la razón.

Por otra parte, el mundo del negocio nos demuestra que la competencia es buena y sana para el progreso y adelanto de la sociedad. Esto lo podemos observar también en las confesiones cristianas. En aquellos países donde, en el pasado, una confesión cristiana tenía el monopolio religioso, los líderes religiosos, con frecuencia, caían en la inanición, en la desgana y en la vagancia. Cuando, finalmente, se estableció la libertad religiosa, otras confesiones pudieron demostrar su religiosidad. Pudieron demostrar otro estilo de vivir el cristianismo. Entonces se dio un despertar y resurgir en aquellos que habían vivido durante años en un descanso letárgico.

La competencia religiosa en las confesiones cristianas es buena, cuando no está dominada por un proselitismo malsano y egoísta. La competencia: el compartir experiencias e ideas es bueno y nos lleva a todos a amar a Dios y al prójimo mejor. En otras palabras, los episcopales pueden aprender de los bautistas, y éstos de los episcopales. Los católicos pueden aprender de los luteranos, y éstos de aquellos. Y así sucesivamente. De hecho en los últimos cincuenta años todas las confesiones cristianas se han acercado un poco en la práctica litúrgica, pastoral y espiritual. Ministros protestantes que antes no prestaban atención a María, hoy se están dando cuenta del papel tan importante que ejerció en la historia de la salvación, aunque sólo fuera por el hecho de ser madre de Jesús. Ministros protestantes que antes no daban importancia a la oración silenciosa y meditativa, y casi condenaban el misticismo, hoy se están dando cuenta de la gran importancia que la meditación tiene en nuestras vidas, tal vez influenciados también por corrientes de religiones orientales. Esto es hermoso: que todos aprendamos unos de otros para el bien común, y para el bien de toda la humanidad.

La unidad de la Iglesia cristiana aquí en la tierra prácticamente ya existe. Todos creemos en el mismo Dios, en el mismo Hijo del Padre que vino a la tierra a darnos ejemplo de vida, murió y resucitó por nosotros. Esto es lo esencial. Lo demás son especulaciones teológicas, teorías que hoy valen y mañana no. Desaparecen con los cambios culturales. Jesús tuvo que atacar, una y otra vez, el fariseísmo, el legalismo. Lo esencial de la unidad cristiana reside en el amor a Dios y al prójimo de todo corazón, como Cristo nos amó. ¡Oh Dios que todos seamos uno en tu amor!

Domingo de Pentecostés

Hechos 2,1-11; Salmo 104,25-37; 1 Corintios 12,4-13; Juan 20,19-23

Ven, Santo Espíritu, divina unción espiritual, tu septiforme don danos hoy. Tu luz perpetua alumbrará, del corazón la ceguedad. A nuestras almas unges de celestial virtud.

Hoy celebramos la venida del Espíritu Santo, del Consolador, del Paráclito, de la tercera persona de la Trinidad. Mas ¿quién es y qué significa? Tal vez haya personas que participen en la Iglesia activamente, que sigan todos los reglamentos, que contribuyan en efectivo, mas no vivan la vida del espíritu en toda su plenitud. Alguno de nosotros ¿será de esos cristianos con buenas intenciones, cómodo en la religión, mientras el mundo nos pasa de lado? O, en otras palabras, ¿notamos que algo nos falta en nuestra vida espiritual? Quizás nos falte la vida viva del Espíritu Santo. Quizás no nos esforcemos por ser santos.

Tener el Espíritu Santo es ser cristiano en espíritu. Significa vivir el cristianismo de hecho, no de ceremonia. Uno puede ser miembro de un club, cumpliendo los estatutos del mismo, sin que su vida quede alterada. El cristianismo es distinto. Es un modo de tener una perspectiva diferente del mundo. Un cristiano verdadero vive la religión y la encarna.

Considero que la mayoría de los presentes somos cristianos en espíritu. El inicio se da en el bautismo, y continúa durante toda la vida, con momentos decisivos, como el de la confirmación. El camino incluye momentos de miedo, de duda. Mas esas tribulaciones fortalecen nuestra fe, como les sucedió a los apóstoles.

Ellos, a diferencia nuestra, vivieron con Jesús, recibieron su entrenamiento, y sabían que tenían que difundir un mensaje. Habían tenido momentos buenos y malos. Pedro negó al Señor, y otros lo abandonaron. Fueron testigos de la resurrección, pero cuando subió a los cielos, sintieron el vacío. Se llenaron de temor y, hasta cierto punto, de indiferencia. Mas de repente, el Espíritu Santo se derramó sobre ellos, y sus vidas se convirtieron en llamas de fuego. Los apóstoles quedaron transformados. Una fuerza misteriosa los llevaba a realizar obras insospechadas y a compartir todo lo que habían experimentado con el Señor. Ya no eran teorías, era la vida que habían vivido y ahora poseían en plenitud. La Iglesia nació, y se desató un poder que sigue cambiando al mundo, y debe de seguir cambiándolo.

El Espíritu Santo descendió sobre los apóstoles el día de Pentecostés. La Iglesia nació. El Espíritu Santo desciende sobre nosotros, pero ¿ocurrirá algo ahora? ¡Claro que sí! ¡Todo puede suceder! El Espíritu Santo nos transformará a imagen de Jesús. Eso significa que cuando invitamos al Espíritu a que more en nuestros corazones, sentimos como Jesús, y vemos el mundo con sus mismos ojos.

¿Seremos todos iguales? No, cada uno será distinto, cada cual con su propia perspectiva. Mas, gracias al Espíritu podremos respetar nuestras diferencias. Podremos difundir la palabra de Dios juntos. Este es el gran tesoro de la Iglesia, la habilidad de compartir opiniones, y llegar a un acuerdo. Tener al Espíritu Santo actuando en la vida de la Iglesia, es tener una crítica constructiva. Si logramos acuerdos, es obra del Espíritu.

En nuestra Iglesia, sólo debiera haber la creatividad: diferentes estilos de culto, variedad litúrgica, silencio y meditación, y, a la vez, gozo y alabanza. Recordemos cómo personas de distintos países pudieron entender a los apóstoles, cada cual en su propio idioma.

El Espíritu es como el viento que sopla por doquier. Una Iglesia llena del Espíritu se derramará por todas las partes, intentará nuevos modelos de ministerio. Nuestra Iglesia quiere difundir el Espíritu Santo en el vecindario, en las escuelas, en las cárceles, en el hogar y en el trabajo. Si permitimos que el Espíritu Santo obre en nosotros, compartiremos el amor de Jesucristo en todo tiempo y lugar, seremos una llama viva de su amor, y todos podrán ver la luz de Cristo en nosotros.

La Santísima Trinidad

Isaías 6,1-8; Salmo 29; Apocalipsis 4,1-11; Juan 16,(5-11)12-15

Hoy es la fiesta de la Santísima Trinidad. Fiesta fijada por el Papa Juan XXII en el año 1334. Ya, varios siglos antes, los monjes benedictinos daban culto a la Trinidad. Un culto que respondía al interrogante que todo ser humano se formula: ¿Quién es Dios? ¿Qué significa esa pregunta en nuestro mundo? Los cristianos encontramos la respuesta en Jesús, que mostró al mundo el rostro de Dios, y su proyecto salvífico. Ese plan universal de salvación comenzó con el Padre creador, se realizó en la persona del Hijo, y lo continúa el Espíritu Santo que sostiene a la Iglesia.

Esa pregunta siempre ha sido muy importante en la historia de la humanidad. Del politeísmo egipcio surgió un faraón, Akhnaton, convencido de que Dios era uno, y que su símbolo era el disco solar. Y aunque el pueblo egipcio abandonó su postura, influyó mucho en otras culturas. Varios de los salmos de David tienen una asombrosa similitud a los himnos dedicados al sol, compuestos por el piadoso Akhnaten. Los griegos tenían un panteón de dioses, viviendo en el Monte Olimpo. Cada dios representaba más los caprichos humanos que la naturaleza divina. Mas, aunque Dios colocara el deseo de conocerle en todo ser humano, tal vez utilizara al pueblo judío, para auto-revelarse. Creemos que la respuesta a esa pregunta comenzó con la vocación de Abrahán, y continuó a lo largo de la historia del pueblo israelita. Poco a poco lo fueron comprendiendo. Por fin, se dieron cuenta de que Dios era único y los otros dioses falsos.

Jesús cambió la situación siendo más claro, dijo: nuestro Dios es un papá, (abba). Y continuó: Dios es Padre. Me envió, yo soy su Hijo. Soy igual a él, porque el Padre está en mí, y yo en él. Al final de su vida, promete al Espíritu Santo que vendrá para fortalecer en la fe a sus discípulos. Jesús no mencionó la palabra trinidad, pero la realidad de las tres Personas divinas aparece en sus labios. Jesús nos envía a bautizar en su nombre. En el bautismo comienza nuestra confesión de fe. Es el Espíritu Santo quien nos une al amor de Dios y a los miembros de la comunidad cristiana.

Nuestros credos no son más que una respuesta a lo que Jesús nos revela. Creo en Dios, Padre, todopoderoso, creador del cielo y la tierra. Creo en el Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios. Dios verdadero, de la misma naturaleza que el Padre. Creo en el Espíritu Santo, Señor y dador de vida, que procede del Padre y del Hijo. Esta es nuestra fe cristiana, fe rica en misterio, y comunidad.

Y sin embargo, persiste en nosotros la tentación de buscar otros dioses. ¿Cuántos de nosotros seguimos a las divinidades materiales del dinero, del poder, o de la misma ciencia, que en vez de ser instrumento para conocer la maravillosa creación de Dios, se convierte en otro dios, y considera al creador como superfluo? ¿Cuántos de nosotros seguimos filosofías esotéricas, sin sumergirnos en la riqueza de nuestra tradición doctrinal? El que haya percibido la gloria del Dios cristiano, nunca podrá sustituirlo por otro. El que lo abandona, es que en realidad no lo ha conocido. La Santísima Trinidad es el gran misterio de Dios. Tres Personas distintas en una naturaleza divina. Dios se nos revela mostrando su rostro de amor. Dios en su vida íntima, es una comunicación de amor, el Padre amando al Hijo, el Hijo amando al Padre, y el Espíritu Santo, enlace de ese amor. Y al mostrarnos su rostro, espera que igual a él, seamos una comunidad de amor. Así como las tres personas divinas están en constante diálogo amoroso, Dios espera que también nosotros seamos una comunidad de amor. Sólo comprenderemos la Trinidad cuando nos enfrentemos con Dios cara a cara. Busquemos el rostro único del Dios vivo. Unámonos al rey David cuando exclamó en el salmo 33: “¡Dichosa la nación cuyo Dios es el Señor!”.

Propio 1

Jeremías 17,5-10; Salmo 1; 1 Corintios 15,12-20; Lucas 6,17-26

Las lecturas de este domingo hacen referencia a una oposición entre la maldición y la bendición divina: “maldito...bendito”. Esas palabras las encontramos en Jeremías y en el evangelio en el discurso de Jesús.

Esa antítesis, u oposición, quizá despierte nuestra atención en la liturgia de la palabra de hoy. El paralelismo entre esos dos párrafos del Jeremías es bien notorio. Tienen el mismo número de líneas, su construcción es prácticamente idéntica. La bendición del segundo párrafo queda más manifiesta al contrastarse con la maldición del primero.

La maldición o la bendición están directamente ligadas a la respuesta que cada persona ofrezca al Señor, ya sea que ponga su confianza en él, o se aparte de él, para colocarla en los seres débiles y mortales. La confianza significa aquí una esperanza en expectativa que envuelve toda nuestra vida, a la que nos aferramos fuertemente en momentos de tribulación. Pero sólo una entrega total al Señor nos puede traer paz a nuestra alma.

Tener esperanza en otro ser humano, buscar apoyo en un mortal, aun cuando parezca seguro, siempre nos a defraudar. No importa cuánto poder ponga esa persona a nuestra disposición. La fuerza física, la riqueza, la influencia, las buenas relaciones, las cualidades personales, todo ello, a la larga nos defraudará. Nos daremos cuenta de que es precedero.

Los salmos y los profetas nos hablan del fracaso de aquellos que ponen su confianza en las cosas y en los poderes del mundo. Por otra parte, nos animan con el éxito experimentado por aquellos que, con humildad, de despojan de sí mismos para confiar sólo en Dios.

Debemos estar atentos también para no caer en la falacia de colocar toda nuestra confianza en la ley o en instituciones religiosas. Nuestra esperanza definitiva sólo puede estar centrada en el Señor quien nos ayuda y guía con amor y sabiduría. Para expresar el contraste entre la tristeza del que confía en seres humanos y el gozo del que confía en Dios, Jeremías usa ejemplos muy sencillos y claros, dice:

“Quien confía en el hombre será como una cardo en la estepa, no verá llegar el bien; habitará la aridez del desierto, tierra salobre e inhóspita. Quien confía en el Señor, será como un árbol plantado junto al agua, no sentirá el estío, su hoja estará verde, no dejará de dar fruto” (Jr 17,6-8).

Lo que Jeremías quiere poner en evidencia es cuán afortunada es la persona que encuentra la protección de Dios. También quiere mostrar a sus interlocutores el camino que conduce a la santidad. Pablo, por otra parte, dice que el destino de cada persona está ligado a la resurrección de Jesucristo. Si Jesucristo no ha resucitado es porque no hay resurrección de los muertos. Pero si tenemos una fe profunda en la resurrección de Jesús, nosotros, seguiremos su mismo camino hacia la vida eterna (1 Cor 15,13-17).

El evangelio cierra con broche de otro el tema que iniciamos con Jeremías. Se usa la misma oposición de bendito-maldito. Benditos los pobres, y los que sufren por el reino de Dios. Malditos los que buscan satisfacción permanente aquí en la tierra. ¡Benditos somos todos nosotros que hemos venido a escuchar el sermón que Jesucristo nos proclama! ¡Benditos nosotros si escuchamos su palabra y la hacemos parte de nuestro diario vivir! Algo nos debe inquietar verdaderamente, y es la persistencia de tanta pobreza en el mundo. ¡Es triste que después de dos mil años de predicación del evangelio no hayamos logrado terminar con al pobreza que aflige a la humanidad! No debemos descuidar esta responsabilidad. Hemos de insistir movilizand o todos los medios disponibles en la sociedad. Quizá no sea fácil. Al final siempre hemos de confiar en Dios y perseverar en su seguimiento. Si permitimos que su gracia y amor nos acompañen, lograremos más de lo que nos imaginamos. ¡Ojalá escuchemos su voz y recibamos su bendición!

Propio 2

Génesis 45,3-11;21-28; Salmo 37,1-18; 1 Corintios 15,35-38;42-50; Lucas 6,27-38

Las lecturas de este domingo tratan del amor sin límites. Un amor sin enjuiciamiento, con perdón, incluso de nuestros enemigos. Seguros de contar con la gracia de Dios, en virtud del regalo recibido el día de nuestro bautismo, al igual que los discípulos de Jesús, somos llamados a adoptar siempre una actitud de perdón.

Jesucristo durante toda su vida fue rechazado, perseguido, traicionado, despreciado y llevado a la cruz, pero luego resucitó. Jesús puso toda su confianza en Dios, por eso fue exaltado y proclamado Señor para la gloria del Padre, elevado y puesto a su derecha (Flp 2,6-11). Contemplando a Jesucristo aprendemos a reconocer el verdadero valor de todas las cosas y en todas las situaciones. Nuestro comportamiento ha de ser moldeado en el revelado por Dios en la persona de Jesús. Hemos de perdonar a nuestros enemigos incluso cuando nos están ofendiendo.

El pasaje del libro del Génesis narra la historia de cómo José perdonó a sus hermanos y tuvo misericordia de ellos. Al ver que sus hermanos estaban asustados les dijo: “Yo soy su hermano José, el que ustedes vendieron en Egipto; pero, por favor, no se aflijan ni se enojen con ustedes mismos por haberme vendido, pues Dios me mandó antes que a ustedes para salvar vidas. (Gn 45,4).

El desear la venganza contra el que nos ha ofendido, es una reacción espontánea y, aparentemente, justa. El dejar impune al agresor no es considerado muy humano, como primera reacción. La Biblia, sin embargo, da testimonio, del paciente esfuerzo que es necesario para, gradualmente, educar a las personas a una conciencia colectiva de perdón.

El libro del Génesis indica cómo Lamec estaba dispuesto a matar a un joven tan sólo por una cicatriz recibida; su venganza no pararía, como la de Caín, en siete veces, sino que exigiría setenta y siete veces (Gn 4,24). Las leyes antiguas eran rápidas en dictar sentencias proporcionales para castigar al agresor. Así, la ley hablaba de compensación igual al mal cometido (Ex 21,23-35).

Para prevenir una precipitada aplicación de la ley, se instituyó el derecho de asilo. Este designaba lugares donde podría ir a refugiarse el que cometía un crimen involuntario (Ex 21,12-13). Sin embargo, al culpable se le entregaba a la sociedad para que fuera juzgado. Todo esto era bastante difícil de cumplir. Hoy podríamos asombrarnos de tal interpretación de la ley. Pero, ¿no es cierto que, después de tantos siglos, nosotros hacemos lo mismo y tenemos que vérnoslas todos los días con ese deseo de venganza? Así es en verdad. Y nos cuesta superar ese sentimiento.

Por otra parte, las Escrituras nos piden que renunciemos a la retribución personal contra aquellos que nos han ofendido. A José le llevó mucho tiempo el tomar la decisión apropiada con la que pondría a prueba a sus hermanos. Con la ayuda de Dios decidió perdonarlos. José es un modelo para el creyente que, por su fidelidad a la palabra divina, permite a Dios transformar un corazón de vengativo en amoroso. El ejemplo de José ha de inspirarnos a seguir su ejemplo, especialmente cuando nos encontramos reunidos para celebrar la eucaristía.

La enseñanza de Jesús en el evangelio insiste sobre el mismo tema. Enseña que los que aman a sus enemigos y hacen el bien a los que los odian, los que bendicen a los que los maldicen, los que presentan la otra mejilla a los que les golpean, y los que dan el manto a quienes les arrebatan el vestido, los que aman a los enemigos sin esperar nada a cambio, todos ellos recibirán una gran recompensa del Altísimo, que es bueno con los malvados y desagradecidos.

Esta doctrina marca definitivamente al cristiano. Es el documento de identidad de todo cristiano. El que cumple esta enseñanza es el cristiano auténtico, abierto a la comprensión hasta lo inverosímil, enemigo de toda condena, como lo fue Jesús.

Propio 3

Jeremías 7,1-7(8-15); Salmo 92,1-5,11-14; 1 Corintios 15,50-58; Lucas 6,39-49

Podríamos decir que el tema de este domingo es la solidez de la vida. Una vida de responsabilidad cristiana, moral y social. Ya en la primera lectura oímos al profeta Jeremías clamar desde el pasado el mismo grito suplicante: “Mejoren su vida y sus obras” (Jr 7,3).

El Señor dijo a Jeremías: “Ponte a la entrada del templo del Señor y da a conocer allí este mensaje” (Jr 7,1). Parece ser que existía un rito de entrada en el templo, en ese rito se formulaban las condiciones para que la gente pudiera habitar con Dios en su tienda. Dice Jeremías, a todos los que entran por las puertas del templo a adorar al Señor, una cosa es imprescindible: “Enmienden su conducta y sus acciones” (Jr 7,3). No basta con clamar a gritos: “¿El templo del Señor, el templo del Señor, el templo del Señor!” (Jr 7,4).

Es necesario cambiar de conducta. De nada sirve venir al templo del Señor mientras se sigue explotando al pobre, al ignorante. De nada sirve venir al templo del Señor y seguir derramando la sangre del inocente. De nada sirve venir al templo y seguir adornado a otros dioses creados al gusto personal. Si cambiamos de conducta Dios habitará con nosotros siempre.

El tema del evangelio se hace eco de la lectura de Jeremías. Dice Jesús: “¿Por qué me llaman ustedes, ‘Señor, Señor’, y no hacen lo que les digo?” (Lc 6,46). Luego ofrece varios ejemplos de cómo debemos comportarnos.

Vemos que se trata de temas eternos. Jeremías escribía hace dos mil seiscientos años. Pero podemos decir que desde el principio de la humanidad, el ser humano se ha comportado de esa manera. Mientras en momentos de apuro y de peligro clamamos al Dios de los cielos, luego nos olvidamos de él, tan pronto como se ha ido la tormenta. Mientras en el templo cantamos, rezamos y prometemos mejorar de conducta, tan pronto salimos, nos olvidamos de las promesas. Se trata aquí de una incongruencia en nuestras vidas, de una hipocresía. Decimos una cosa y obramos otra. Debemos ser consecuentes entre lo realizado en el templo y en nuestra vida de sociedad. Así seremos templos vivos en las calles, en las plazas y en nuestras casas. Así llevaremos la vida de Dios a una sociedad que le rechaza. Seremos testimonios divinos.

Finalmente, Jesús ofrece un ejemplo tomado del sentido común. El que va a edificar una casa y quiere que se mantenga en pie durante toda su vida, ha de reflexionar primero, ha de hacer planes, luego ha de cavar, ahondar y colocar cimientos fuertes sobre roca o tierra firme. Si así lo hace, aunque venga un vendaval, o una fuerte tormenta, la casa se mantendrá en pie. Sin embargo, quien construye una casa sin cimientos, se derrumbará con el primer aguacero. Vemos cuán cierto ha sido esto en todos los desastres que se han podido observar en varios países del mundo, especialmente en Centro América. Muy bien, nos dice Jesús, su vida espiritual es como una casa, para que puedan edificar una vida de moralidad y responsabilidad han de escuchar mis consejos y cumplirlos. ¿No nos sorprendemos cuando oímos que alguien conocido se encuentra en la cárcel? ¿Cómo es posible? Parecía buena persona, pero no había edificado sobre el fundamento estable y firme de Jesús. A la primera tentación que tuvo de comprar y vender drogas, cayó en ella. Ahora llora, lamenta y clama al Señor.

Por el contrario, quien sigue firme en el Señor, porque practica su doctrina y los principios enunciados en el evangelio de hoy, puede exclamar con el salmista: “Bueno es darte gracias, oh Señor, y cantar alabanzas a tu nombre oh Altísimo; por cuanto me has alegrado, con tus hazañas; las obras de tus manos aclamo con júbilo. ¡Cuán grandes son tus obras, oh Señor! ¿Qué profundos tus designios” (Sal 92,1.3-4).

Propio 4

1 Reyes 8,22-23,27-30,41-43; Salmo 96,1-9; Gálatas 1,1-10; Lucas 7,1-10

La historia del evangelio de hoy se desarrolla en Cafarnaún, una de las ciudades más importantes de Galilea, en tiempos de Jesús. La población llegaría a unos doce mil habitantes, la mayoría de los cuales vivía de la pesca en el lago y de la explotación de los campos circundantes.

En el lugar había una guarnición romana para ejercer funciones de control y seguridad. Cada región debía mantener a las tropas allí estacionadas. De manera que a la vergüenza de la ocupación se agregaba la humillación de tener que alimentarlos. Carga muy pesada para gente pobre y humilde.

Solían los personajes en control conquistar el favor de los dirigentes de las zonas ocupadas mediante ciertos donativos y regalos. Los “benefactores” esperaban a cambio que los dirigentes apaciguaran a su propia gente. Los “ancianos” locales actuaban como clientela fija de los funcionarios romanos.

Ahora podemos entender mejor el significado profundo de este relato evangélico. Los “ancianos judíos” que van a suplicar a Jesús un favor están actuando bajo el control del centurión. Tienen que ir y venir al ritmo que les impone el “benefactor”, son como marionetas carentes de personalidad. Cuando llegaron a Jesús “le rogaron mucho diciendo: este capitán merece que lo ayudes, porque ama a nuestra nación y él mismo nos ha construido la sinagoga”(Lc 7,5).

Lo primero que nos asombra es la hipocresía de esos “ancianos” que en otras ocasiones critican a Jesús y lo acusan de romper las leyes rituales (Lc 7,1-5), mientras que hoy le piden a Jesús que las quiebre. Ir a casa de un gentil, y acercarse a un enfermo, iban en contra del ritual de pureza. Se trata de marionetas del poderoso, no sienten compasión del enfermo, ni admiración de Jesús, su única motivación era quedar bien ante el poderoso romano que les dominaba.

El centurión, o capitán romano, era alguien que, según los ancianos, amaba a la nación judía. Todo esto resulta muy extraño. No podemos olvidar que el centurión ha construido la sinagoga con dinero sacado del mismo pueblo judío. De todas maneras ha demostrado una nobleza de cual otros jefes romanos carecían. También lo demuestra con su siervo, aunque, tras su curación sea beneficiado con sus servicios, pero otros no harían lo mismo por un siervo.

La lógica del centurión es consistente. Así como él puede ejercer poder sobre sus inferiores, lo mismo Jesús puede poner en marcha su poder curativo. De esto no duda el centurión. Demuestra una confianza total en el poder curativo de Jesús.

Jesús queda asombrado de la fe del jefe romano. “Una fe semejante no la he encontrado ni en Israel” (Lc 7,9). Mientras los representantes de la ley judía creían en un montón de leyes y ritos, el centurión romano creía en la persona de Jesús y en su poder. Había superado todas las superficialidades e hipocresías humanas y había ido directamente a la fuente de salvación.

Jesús tiene compasión de un esclavo y lo cura a distancia. El esclavo anónimo de la historia es el primer beneficiado de la misericordia de Jesús. El centurión se beneficia en el sentido de conseguir el favor deseado y de los sucesivos servicios del esclavo.

La vida de Jesús se desarrollaba en un escenario donde constantemente aparecían situaciones ambiguas, mezcla de gente buena y gente mala. Más o menos como sucede hoy, porque los seres humanos, en su naturaleza profunda, no cambian, actúan de la misma manera a través de los siglos.

Es muy importante que en nuestras peticiones a Dios no usemos dobleces, sino que lo hagamos con un corazón sincero. De una cosa no podemos dudar, de la fidelidad de Dios. Así lo reconoció Salomón cuando exclamó: “Señor, Dios de Israel, ni en el cielo ni en la tierra hay un Dios como tú, que cumples tu bondad para los que te sirven de todo corazón” (1 Re 8,22).

Propio 5

1 Reyes 17,17-24; Salmo 30, 1-6,12-13; Gálatas 1,11-24; Lucas 7,11-17

En toda despedida siempre hay algo de tristeza. La idea de no ver al ser querido durante un periodo limitado o ilimitado del tiempo nos aflige. Mucho más conturbados quedamos cuando sabemos que la despedida implica una separación más larga e incierta. Esto sucede con la muerte. La muerte siempre es motivo de consternación, sobre todo cuando golpea a inocentes, a niños, que no han tenido tiempo de vivir su vida en esta tierra. El ser humano no puede admitir que todo termine en la nada, en el polvo, y suspira y espera en un más allá.

La historia del libro de los Reyes sirve como trasfondo al pasaje evangélico. Elías entra en la ciudad fenicia de Sarepta. Allí encuentra a una viuda. Le pide un poco de pan. La viuda era tan pobre que sólo tenía un poco de harina, con ella pensaba hacer una pan, para ella y para su hijo, lo comerían y luego se morirían de hambre. Ya estaban resignados. Elías exige de la viuda un acto heroico de caridad y de fe en su palabra. “No temas”, le dijo (1 Re 17,13). ¿Cómo es posible en tan extremadas circunstancias privarse de la comida propia para dársela a un extraño? Sin embargo, la viuda confía en la palabra del profeta y le ofrece un panecillo. Luego amasa el resto de la harina y comieron los tres, “durante mucho tiempo” (1 Re 17,15). Mas he aquí que se enferma el hijo de la viuda y muere. La pobre viuda se sintió culpable, pensó que la muerte del hijo era debida a sus pecados. Elías toma al niño y con la ayuda de Dios le devuelve la vida. La viuda exclama: “¡Ahora reconozco que eres un profeta y que la palabra del Señor que tú pronuncias se cumple! (1 Re 17,24).

Los evangelios presentan a Jesús como el gran Elías del Nuevo Testamento. Jesús sintió compasión en muchas ocasiones y en algunas lloró. Ante la muerte de su amigo Lázaro no pudo controlar sus sentimientos y lloró (Jn 11,33). El evangelio presenta el caso de otra viuda que pierde a su único hijo. Jesús al verla sintió compasión y salió al encuentro de la madre desolada: “No llores”, le dijo (Lc 7,13). Jesús devuelve la vida al muchacho. Y todos quedaron sobrecogidos y daban gloria a Dios diciendo: “Un gran profeta ha surgido entre nosotros; Dios se ha ocupado de su pueblo” (Lc 7,16).

Esta historia pone de relieve la gran compasión que movía a Jesús en todo momento. En cuanto hombre se conmovía y lloraba. En cuanto “favorecido de Dios” (Lc 2,40), manifestaba un poder superior: el poder de Dios sobre la vida y sobre la muerte. Dios puede ayudar a su pueblo en todo momento que él así lo desee, mas no siempre la voluntad de la gente está de acuerdo con los planes y designios divinos.

Pensemos un poco. Por muy difícil y triste que sea una despedida siempre nos queda la consolación de que nuestros amigos se encuentran en algún lugar de la tierra, y con circunstancias favorables podremos volverlos a ver. Así debe ser con la muerte, por muy dolorosa que sea debemos estar seguros de que un día nos reuniremos con los seres que ya han partido. Más aún, debemos estar totalmente convencidos de que se encuentran con Dios, de que están gozando de una vida mucho mejor que la nuestra, de una vida definitiva y feliz. Todavía más, los seres muertos, los seres que ya se han ido, están intercediendo ante Dios por nosotros.

De esa convicción surge la alegría del salmista: “Te ensalzaré, oh Señor, porque me has alzado, y no permitiste que mis enemigos triunfaran sobre mí. Canten al Señor, ustedes sus fieles, y celebren su santo nombre. Ha cambiado el lamento en danzas; me ha quitado el luto, y me ha vestido de fiesta. Por tanto a ti canta mi corazón, y no llora más, oh Señor Dios mío, te daré gracias para siempre” (Sal 30).

Propio 6

2 Samuel 11,26-12,10, 13-15; Salmo 32,1-8; Gálatas 2,11-21; Lucas 7,36-50

Jesús aceptaba la hospitalidad de todos: justos y pecadores. Todos necesitaban escuchar la palabra de Dios. En el pasaje evangélico de hoy vemos a Jesús aceptando la invitación de ir a comer en casa de un fariseo llamado Simón. No sabemos si la intención de Simón era sincera, pero al final de la cena, Simón aprendió algo nuevo sobre sí mismo que no había considerado anteriormente.

En tiempos de Jesús, cuando alguien importante era invitado a cenar, los vecinos se acercaban a la casa para observar y escuchar lo que decían. Como muchos de los salones estaban abiertos al aire libre, a veces era posible participar en la conversación. Así se explica cómo esta mujer pudo acercarse a Jesús, pues las mujeres no eran invitadas a semejantes banquetes. Los rabinos judíos nunca hablaban con mujeres en público, y tampoco comerían con una mujer en público. A una mujer como esta, jamás se la hubiera invitado a ir en casa de Simón.

No sabemos nada de la vida de esta mujer. El relato evangélico nos dice que era una pecadora. La mujer lo admitía y daba testimonio de haberse arrepentido. Había experimentado una profunda transformación, tal vez, tras haber escuchado a Jesús en otras ocasiones. Sus lágrimas, su actitud humilde, y el perfume caro, daban evidencia de un cambio de corazón. Simón, sin embargo, se sintió avergonzado ante a los invitados con la presencia de una mujer. Y empezó a durar. ¿Cómo podría ser Jesús un gran profeta y maestro de la ley si no se daba cuenta que una mujer pecadora le estaba ungiendo los pies? ¡Jesús tenía que ser un fraude! Simón, ahora estaba arrepentido de haber invitado a Jesús.

Mas resulta que quien tenía un problema no era la mujer, sino Simón que sufría de ceguera espiritual. Le era fácil decir: “¡Es una pecadora! “, mas le era imposible admitir: “¡Yo también soy un pecador!” Jesús demostró que sí era profeta revelando los pensamientos de Simón. “Simón tengo algo que decirte”(Lc 7,40). Entonces Jesús le llegó al corazón.

En este episodio no cuenta el número de pecados cometidos por una persona, sino el tener conciencia de nuestro estado interior. Tanto la mujer como Simón eran pecadores. Mientras que la mujer tal vez fuera culpable de pecados carnales, Simón era culpable del orgullo, y ceguera espiritual. Mientras la mujer pecó por comisión, Simón, con su falta de hospitalidad con Jesús, pecó por omisión. Mientras todos conocían los pecados de la mujer, los de Simón permanecían ocultos a todos, menos a Dios. Aunque ambos eran pecadores, sólo la mujer era consciente de su estado espiritual. Estaba arrepentida, y, con valor, en presencia de todos se humilló ante Jesús.

Jesús penetró finamente en el interior del fariseo Simón; es como si le dijera: “Tú no eres capaz de dar muestras de amor como esa mujer, porque no sabes lo que es vivir el perdón de Dios como ella lo ha experimentado”. Así Jesús aceptó el perfume y la conducta de la pecadora que demostraba mucha fe y sincero arrepentimiento. Por eso, Jesús confirmó con sus palabras el perdón que ella sentía en el corazón, y le dijo: “Tu fe te ha salvado. Vete en paz” (Lc 7,50). Por primera vez en su vida, la mujer sintió la paz que excede todo entendimiento, la paz que se siente cuando uno está en la gracia de Dios. La paz que todos buscamos y a veces no encontramos.

Esta mujer ha servido de inspiración a mucha gente que se ha encontrado en situaciones semejantes a la suya a través de los siglos. Demostró que a Dios no le interesa tanto lo que hemos sido, cuanto lo que podemos llegar a ser. Todos podemos ser hijos del Dios viviente si reconocemos nuestras faltas, y con fe aceptamos el perdón y la gracia divinas.

Propio 7

Zacarías 12,8-10,13,1; Salmo 63,1-8; Gálatas 3,23-29; Lucas 9,18-24

Entre las lecturas de este domingo contamos con uno de los salmos más bellos de todo el salterio. Nos describe los anhelos más profundos de todo ser humano. Dice: “Oh Dios, tú eres mi Dios; ardientemente te busco; mi alma tiene sed de ti, mi carne te anhela, como tierra seca y árida donde no hay agua” (Sal 63,1). ¡Qué imágenes tan bellas y profundas! ¿No es verdad que todo ser humano, desde su nacimiento anda a la búsqueda de un Ser superior? ¿No es verdad que incluso los que le niegan, andan buscando algo que dé sentido a la vida en este planeta? A ese buscar sin cesar, lo llama el salmista, “estar sediento de Dios”. Casi todos hemos podido observar la tierra reseca y agrietada por falta de agua, de misma manera que esa aridez suspira por el agua, así nosotros nos pasamos la vida suspirando por Dios.

¡Cuántas noches nos pasamos en vela tratando de resolver los problemas de la vida! El salmista dice que en esas noches no deja de pensar en Dios, y que las aprovechará para, “con labios de júbilo alabarle”. “Mi alma está pegada a ti; tu diestra me sostiene”, dice el salmista (Sal 63,8). Queramos o no, estamos pegados al Creador, por más que algunos traten de negar su existencia, sin él pasaríamos inmediatamente a la nada. Alguien meditando sobre esas palabras: “tu diestra me sostiene”, compuso este verso: “Sobre la palma de tu mano, oh Señor, jugando estoy como un niño, no la quites, pues la nada ha extendido sus abismos”. Sin la palma divina, sin su gracia divina, la creación se tornaría a la nada.

Esto lo experimentaron muy de cerca los discípulos de Jesús. En un principio no saben quién es. Es un extraño. Se acercan a él. Lo observan, lo estudian. Dudan, no están ciertos, pero la confianza empieza a crecer. La fe se apodera de ellos. Y llegan a una conclusión: Están seguros de que es alguien verdaderamente extraordinario. Así cuando Jesús les pregunta: “¿Quién dice la gente que soy yo?” (Lc 9,18). Ya no dudan. Tienen una respuesta preparada. Conocen la opinión de la gente y ellos mismos darán la suya. Le dicen: “Algunos dicen que eres Juan el Bautista, otros que dicen que eres Elías, y otros dicen que eres uno de los antiguos profetas, que ha resucitado” (Lc 9,19). Vemos la alta opinión que todos tenían de Jesús. Elías, el más grande de todos los profetas del Antiguo Testamento, obrador de portentos. Juan el Bautista, que bautizó a Jesús, y a quien todos seguían como a otro Elías, y decapitado por Herodes.

Finalmente, Pedro se adelantó y confesó lo que los demás discípulos estaban ya sospechando: “Eres el Mesías de Dios”. En otras palabras, Pedro confesó que Jesús era el ungido de Dios, el Mesías esperado salvador del pueblo de Israel. Pedro y los demás discípulos habían llegado a esta conclusión tras una constante observación de la conducta de Jesús.

Con todo, los discípulos no habían comprendido bien el total significado de Jesús. Lo sabemos porque en más de una ocasión discuten entre sí por ocupar los mejores puestos, una vez que Jesús se manifieste en todo su poder. Creen que su actuar presente es una introducción a tiempos mejores. Por ello, Jesús se ve en la necesidad de corregirlos inmediatamente, y les dice misteriosamente: “Si alguno quiere ser discípulo mío, olvídense de sí mismo, cargue con su cruz cada día y sígame. Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda la vida por causa mía, la salvará” (Lc 9,24). Ante estas palabras, los discípulos tuvieron que quedar asombrados y confundidos. ¿Cómo puede el Mesías de Dios hablar de esta manera? ¿Acaso no le esperan la gloria, el triunfo, los honores? Sí le espera todo eso, pero de una forma mucho más profunda, no a modo humano, sino a modo divino. Todas las glorias de este mundo desaparecen. Todo es vanidad de vanidades. Pero la gloria que propone Jesús es de valor imperecedero.

Propio 8

1 Reyes 19,15-16,19-21; Salmo 16, 5-11; Gálatas 5,1,13-25; Lucas 9,51-62

Las lecturas de hoy hablan de la libertad de los hijos de Dios. Una libertad que sólo conocen aquellos que siguen a Dios de todo corazón. Los seres humanos prefieren la esclavitud y la seguridad, a una libertad que implica riesgos y sacrificios. ¡Cuántas personas no son esclavas de sus vicios y se aferran a esa condición de vida! ¡Una vida que no es vida! En cambio, la historia de la espiritualidad muestra a cientos de héroes que llamamos santos y santas, que abandonándolo todo entregaron sus vidas al servicio de Dios y del prójimo.

Nos asombra la decisión de aquel hombre anónimo del evangelio que se acerca a Jesús y le confiesa decididamente: “Señor, deseo seguirte a dondequiera que vayas” (Lc 9,57). Sin duda, esa persona ya conocía a Jesús. Jesús era famoso, mas nos preguntamos, ¿era famoso por sus obras, por sus dichos, o por su manera de vivir? Para que no le quedara ninguna duda a este extraño, Jesús le dice: “Las zorras tienen cuevas y las aves nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene donde recostar la cabeza” (Lc 9,58). Era como preguntarle, ¿estás dispuesto a tanto sacrificio?

En otra ocasión, Jesús vio a uno que le caía bien, y le dijo: “Sígueme”, pero el extraño le contestó: “Señor, déjame ir primero a enterrar a mi padre” (Lc 9,59). Una actitud, sin duda noble. No hay responsabilidad más noble que la de ayudar a los propios padres en momento de necesidad. Mas Jesús le contesta de una manera desconcertante: “Deja que los muertos entierren a los muertos, ve y anuncia el reino de Dios” (Lc 9,60). Tal vez este dicho implicara en tiempos de Jesús algo que no sabemos. Como hoy lo interpretamos es que a los ojos de Jesús el reino de Dios tiene prioridad sobre cualquier otro asunto humano, y que hemos de seguir la primera llamada divina. ¡Cuántas veces por no seguir inmediatamente la primera inspiración de hacer algo bueno no lo realizamos! Por eso, a quien decide seguir a Dios de todo corazón no le puede detener ninguna empresa humana.

En el tercer caso vemos a otro simpatizante de Jesús, pero antes de seguirle quiere ir a despedirse de sus familiares. Jesús le contesta de manera semejante: “El que pone la mano en el arado y sigue mirando atrás, no sirve para el reino de Dios” (Lc 9,62). ¿Cómo se traza un surco derecho mientras se está mirando hacia atrás? Hay que mirar hacia el surco que abre la reja sobre la tierra oscura. Es preciso atisbar siempre adelante, hacia el yugo que doblega la paciencia de los bueyes, hacia el terreno virgen, hacia el horizonte. Para poder arar es necesario mantener al frente la mirada y la esperanza. Esto es lo que nos dice Jesús. Para seguirle hemos de abandonar nuestro pasado y mirar sólo hacia adelante. Jesús espera total atención al reino de Dios.

San Pablo nos da toda una lección de lo que significa ser libres. Como mencionábamos al principio, mucha gente confunde libertad, con libertinaje, así nunca llegan a conocer la verdadera libertad de espíritu que uno adquiere siguiendo a Dios en total entrega. Nosotros mismos hemos vivido y experimentado todo esto. Cuando nos dejamos llevar de nuestras inclinaciones, sufrimos, lloramos y nos atormentamos. Mas cuando decidimos seguir el camino recto y estrecho marcado por Jesús encontramos una libertad desconocida, una libertad que desborda en alegría. San Pablo lo dice de esta manera: “el Espíritu produce amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio” (Gal 5,22). ¡Qué bien nos encontramos cuando somos dueños de nosotros mismos, cuando podemos controlar nuestro ser! ¡Realmente somos libres!

Al contrario, cuando las pasiones y malas inclinaciones nos dominan estamos sujetos a ellas. Pablo dice: “Es fácil ver lo que hacen quienes siguen los malos deseos: cometen inmoralidades...mantienen odios, celos y discordias. Se enojan fácilmente, causan rivalidades, divisiones y partidismos. Son envidiosos, borrachos, glotones, y otras cosas parecidas” (Gal 5, 19-21). Hermanos, si no queremos caer en estas desgracias, sigamos a Jesús de todo corazón, porque sólo él nos hará libres.

Propio 9

Isaías 66,10-16; Salmo 66,1-8; Gálatas 6,(1-10)14-18; Lucas 10,1-12,16-20

Vamos a centrar nuestra reflexión dominical en la carta de san Pablo a los Gálatas, y más en concreto donde dice: “lo que sí vale es el haber sido creados de nuevo” (Gal 6,15).

En cierta ocasión Gandhi pronunció esta frase: “Si ustedes cristianos practicaran la doctrina de su Maestro tendrían a la India postrada a sus pies”.

Los cristianos hemos de causar una impresión muy lamentable a cualquier observador atento no cristiano. Porque durante dos mil años hemos levantado un panteón de ídolos que Jesús rechazaría. Se han erigido ídolos a la autoridad, al dogmatismo, a la liturgia, a la misma Biblia, y al Libro de Oración Común. La adoración a estos ídolos ha sofocado el auténtico mensaje de Jesús.

Lo que Pablo inculca a los gálatas es que lo que cuenta no es la tiranía de la ley sino nueva creación lograda en Cristo Jesús. Pablo tuvo que haber rezado muchas veces la oración judía que dice. “Te doy gracias, oh Dios, porque no me has hecho un gentil, un esclavo o una mujer”. Después de su conversión, cambió esa oración de esta manera: “Por el bautismo han venido a estar unidos con Cristo y se encuentran revestidos de él. Ya no importa el ser judío o griego, esclavo o libre, hombre o mujer: porque unidos a Cristo Jesús, todos ustedes son uno solo” (Gal 3,27-29).

Sin embargo los cristianos olvidaron esta doctrina tan bella, y a través de los siglos han persistido los racismos, los nacionalismos, los colonialismos, de todos esos males ha nacido el terrorismo.

Para Pablo no había diferencia entre esclavo y libre, porque lo que contaba era la nueva creación en Cristo Jesús. Pero los seguidores de Jesús siguieron acentuando diferencias entre libres y esclavos, entre pobres y ricos, entre poder y servicio. Y se olvidaron de lo que dijo Jesús a sus discípulos: “El que entre ustedes quiera ser grande, deberá servir a los demás” (Mt 20,26). Así se erigió el culto a la persona y el culto al poder. Y la Iglesia ejerció un poder de terror, mediante tribunales y juicios eclesiásticos que condenaban a la hoguera a gente inocente.

Para Pablo no había diferencia entre hombre y mujer. Pero en la Iglesia, durante dos mil años, se ha condenado el sexo como algo malo, cuando en realidad el sexo está inserto en la naturaleza como un regalo divino para la procreación y deleite de la pareja casada. Durante dos mil años ha dominado un machismo del todo ajeno al evangelio, pues mientras en éste vemos a Jesús rodeado de mujeres, y defendiéndolas constantemente, en la Iglesia han estado relegadas a un segundo o tercer plano. Sólo ahora, modernamente, se están abriendo las puertas de muchas confesiones cristianas, para que la mujer pueda gozar de los mismos derechos que el hombre.

Los primeros judíos cristianos no sabían si habría que imponer la circuncisión a conversos de otras religiones que no la practicaban. San Pablo ha superado esa doctrina. Sabía que muchos judíos circuncidados no cumplían la ley de Moisés, ahora, ya cristianos, querían imponer la circuncisión para que llevaran la marca en el cuerpo. Pablo les contesta: “de nada quiero presumir sino de la cruz de nuestro Señor Jesucristo. Pues por medio de la cruz de Cristo, el mundo ha muerto para mí y yo he muerto para el mundo” (Gal 6,14). El estar o no estar circuncidados no cuenta, lo que cuenta es la nueva creación.

Así pues, la libertad divina no es fruto de un régimen democrático o de estar rodeados de símbolos democráticos, sino de vivir según los criterios demandados por esa nueva criatura que somos. San Pablo dice a los romanos: “Se presenten como ofrenda viva, consagrada y agradable a Dios. Este es el verdadero culto que deben ofrecer. No vivan ya según los criterios del tiempo presente” (Rom 12,1-2). Transformados de esa manera, estaremos bien preparados para llevar la buena nueva de Dios a todos los pueblos y lugares.

Propio 10

Deuteronomio 30,9-14; Salmo 25,3-9; Colosenses 1,1-14; Lucas 10,25-37

Resulta extraño que un maestro de la Ley se acerque a Jesús preguntándole sobre algo cuya respuesta ya sabía: que para alcanzar la vida eterna hay que amar a Dios con todo nuestro ser y al prójimo como a nosotros mismos. El maestro ya sabía eso. Sin embargo parece ser que no estaba cierto sobre la identidad del prójimo. También esto parece extraño, ¿verdad? ¿Acaso no es el prójimo el que está a nuestro lado, el que vive cerca de nosotros y trabaja con nosotros? Ese es el prójimo. Pero esto no estaba muy claro en el judaísmo del tiempo de Jesús. Veamos por qué.

En el siglo sexto (año 586) antes de Cristo, parte de la población judía fue deportada a Babilonia. Esta era una estrategia seguida por los sirios, por los griegos y los romanos, para destruir a grupos étnicos que querían controlar. Sin embargo el pueblo judío permaneció unido, lamentando su suerte, hasta que fue liberado por Ciro, rey persa, a finales del mismo siglo sexto (año 539).

Para los judíos esta fue una experiencia dolorosa y la atribuyeron a castigo divino por los pecados cometidos. Para no caer en semejante desgracia impusieron un código de santidad tan estricto que hoy nos resulta difícil comprender. Tres grupos claramente definidos seguían y cumplían ese código de santidad: los esenos, los fariseos y los saduceos. La norma general era ésta: “Tenemos que ser santos como Dios es santo” (Lv 11,45). Esos grupos se consideraban como escogidos, “hijos de la luz”, y debían permanecer separados del resto de la sociedad, considerada como impura. Así pues, el código de santidad, había de cumplirse sin atenuantes. Quien no lo cumpliera sería separado de la comunidad. Establecieron parámetros de puro e impuro, sagrado y profano, judío y gentil, justo y pecador. Quien cayera en el lado negativo sería separado de la comunidad de los santos. Desde este momento podemos ver que la persona que no fuera judía no pertenecía al grupo de los santos, tampoco los pecadores, ni los que no pagaran el diezmo, ni los que quebrantaran cualquiera de las miles de leyes ridículas que habían establecido. Ninguno de ellos podía ser “prójimo” según la mentalidad judía contemporánea a Jesús.

Más aún, se habían establecido listas de gente despreciada. Entre los más despreciados se encontraban los que apostaban, los usureros, los pastores, los colectores de impuestos para Roma, colectores de impuestos a labradores; todos éstos eran considerados como gentiles, es decir, no judíos. En otra lista, de ocupaciones un tanto menos despreciadas, se encontraba toda clase de vaqueros, tenderos, médicos, carniceros, herreros, vendedores ambulantes, tejedores, barberos, etc. Nos podemos preguntar, ¿quién quedaba libre de la condena? Así podemos comprender muy bien, que a Jesús lo siguiera todo el mundo, porque aceptaba a todos. Así podemos comprender, que los dirigentes judíos no aceptaran a Jesús porque comía con pecadores.

El maestro de la ley se acerca a Jesús angustiado y le dice: “por favor, explícame quién es mi prójimo”. Jesús le respondió con una historia. Un hombre estaba medio muerto a la vera del camino. Pasó un sacerdote pero no lo ayudó porque, si estaba muerto, el tocar a un muerto suponía impureza. Pasó un levita, algo así como un sacristán, y obró de la misma manera. A ninguno de los presentes se le ocurría que el próximo personaje de la historia pudiera ser un samaritano. Samaritanos y judíos no se trataban. Los judíos consideraban a los samaritanos como paganos, porque habían adulterado el verdadero culto a Dios. Y he aquí, que Jesús coloca a un samaritano como el héroe de la historia. Se acercó al herido, lo curó con aceite y vino, lo montó en su cabalgadura, lo condujo a una posada y procuró que cuidaran de él, a su costo. ¿Qué más podía hacer?

Con ese ejemplo, Jesús, destruyó todo el montaje de santidad establecido por los dirigentes judíos. Desde ese momento, “prójimo”, no serán sólo unos escogidos, sino todo el mundo. El maestro de la Ley tuvo que quedar sumamente sorprendido, y al mismo tiempo satisfecho, de que, por fin, alguien hubiera venido al mundo para salvarlo.

Propio 11

Génesis 18,1-10a(10b-14); Salmo 15; Colosenses 1,21-29; Lucas 10, 38-42

En la primera lectura y en el evangelio se toca el tema de la hospitalidad. La Biblia proclama de mil maneras diferentes el valor religioso de la hospitalidad. Porque, en cierto modo, al recibir a un huésped se consideraba tanto como recibir a Dios. En muchos pasajes bíblicos los huéspedes, en efecto, son mensajeros divinos. Así le ocurrió a Abrahán.

Los evangelios testimonian que al recibir a un pequeño, a un pobre, o a uno de sus enviados, se está recibiendo a Jesús. A los setenta y dos les manda confiar en la buena voluntad de las personas que encuentran en su camino de predicadores del reino de Dios. El libro de los Hechos de los Apóstoles y las cartas de san Pablo refieren también, con gratitud, la hospitalidad otorgada a los misioneros de la Buena Noticia.

En el evangelio de hoy también se habla de la hospitalidad. El relato pone en pocas palabras dos modos de aproximarse a Jesús. Actuar o escuchar, son las dos actitudes adoptadas por las dos hermanas. Ambas son válidas, aunque en este caso, Jesús prefiere que se le preste atención.

El evangelio es muy parco en detalles. Dice que una mujer llamada Marta lo recibió en su casa. Jesús aprecia la hospitalidad, sobre todo después de haber sido rechazado en una aldea samaritana (Lc 9,51-56) porque iba camino de Jerusalén. El evangelio habla de “una mujer” como si fuera una desconocida. No era habitual que una mujer sola recibiera la visita de un varón; de hecho no había mujeres que vivieran desvinculadas de un varón que las protegiera. Pero ésta no es la primera vez que el evangelio nos sorprende colocando a Jesús o a sus seguidores en situaciones que desentonan de la práctica socialmente aceptada. Jesús aparece con frecuencia transgrediendo costumbres habituales. En esta oportunidad aparece como un acto de valentía el hecho de que Marta lo reciba y le abra su casa. Por otra parte, podemos suponer, que, por un lado, no faltaría varón en ese hogar, y por otro lado, que Jesús conociera ya a esa familia.

El suponer que Jesús conociera a la familia, vendría a explicar la actitud de Marta. Es decir, Jesús era ya tan conocido en la casa, que tras la aceptación y el saludo inicial, Marta se metió en sus muchos quehaceres. Por el contrario, su hermana María, decidió sentarse a los pies de Jesús y escuchar su palabra de vida eterna. Podemos pensar que el Maestro no llegaría a la casa con excesiva frecuencia, por eso era importante aprovechar todo momento de su presencia.

No deja de ser intrigante la respuesta de Jesús a la queja de Marta: “Marta, Marta, estás preocupada y afligida por muchas cosas, pero sólo una cosa es necesaria. María ha escogido la mejor parte, y nadie se la va a quitar” (Lc 10,42). Sin menospreciar la actividad de Marta, Jesús da preferencia a la actitud de María que consiste en escuchar la palabra de salvación que ofrece el Maestro. Esa es la mejor parte y “nadie se la va a quitar”.

Esta escena no deja de ser válida en nuestro tiempo. Hoy agobiados por el incesante activismo no tenemos tiempo para sentarnos, para reflexionar. Más bien, caemos en el sofá agotados, encendemos la televisión y nos dormimos. Lo que enfatiza Jesús en este pasaje es la importancia de dedicar tiempo a escuchar la palabra de Dios y meditar en ella. Esta es la mejor parte, y nadie nos la podrá arrebatarnos. Es decir, una vez que la palabra de Dios ha calado en nuestro interior, en nuestras vidas, estamos animados por el Espíritu de Dios. Nada, ni siquiera los sufrimientos y la inacción impuesta por la prisión, como le ocurre a san Pablo, ni los contratiempos ni las enfermedades, pueden arrebatarnos la palabra de Dios que llevamos dentro. Pero para ello, es necesario, como María, tomar tiempo y sentarse a los pies de Jesús, para escucharle.

Propio 12

Génesis 18,20-33; Salmo 138; Colosenses 2, 6-15; Lucas 11,1-13

¿Por qué enseña Jesús a sus discípulos una oración nueva? ¿Es que acaso la gente de su tiempo no sabía orar? Si algo distinguía al pueblo de Israel, a lo largo de su historia, era su dedicación a la oración. Abrahán, Moisés, Samuel y los profetas hablaban constantemente con Dios.

En la lectura del Génesis vimos un primer ejemplo de oración de intercesión y de persistencia. Jesús no era ajeno a esta realidad, y conocía perfectamente las Escrituras. Pero siente cercana su muerte, la necesidad de proclamar el reino de Dios, y quiere dejar como legado a sus discípulos una forma de oración que sea comunicación íntima, directa y amorosa con el Padre. Una forma de oración que subraye los mandamientos de amar a Dios por encima de todas las cosas, y al prójimo como a uno mismo. Una oración que sea liberadora, al tiempo que establezca un lazo de unión inseparable entre el cielo y la tierra.

¿Qué significa la oración en nuestros días? ¿Es algo que hacemos sólo los domingos en la parroquia? ¿Es un ejercicio diario, de dos o tres veces por semana? La disciplina de la oración es difícil y exigente, y requiere que hagamos un hueco en nuestras ocupadas vidas. Cada uno debe comprometerse, en lo que pueda, a mantener vivo ese vínculo con Dios. Para algunas personas es más fácil rezar oraciones ya conocidas, como el padrenuestro, o las muchas oraciones que se encuentran en el Libro de Oración Común o en otros libros. Otras personas dejan volar la imaginación y establecen su propio diálogo con Dios. Lo importante es que así como Jesús reclamó un espacio para la oración, nosotros reservemos el que nos corresponde diariamente.

El poder de la oración es sutil y acumulativo. No vemos sus efectos inmediatamente, pero sentimos poco a poco un cambio en nuestras vidas y en nuestros corazones. La oración abre la puerta de la gracia que Dios nos concede. Pero hay que orar con insistencia. Abrahán insiste casi hasta al punto de ser cómico, en su intercesión por la gente de Sodoma y Gomorra.

Independientemente de los resultados, el diálogo con Dios, nos muestra cómo la oración de intercesión es no sólo un vínculo con el Padre, sino un ejemplo de amor al prójimo. ¿Pensaba Jesús en Abrahán cuando recomendó a sus discípulos ser insistentes en la oración? No lo sabemos, pero Jesús subraya que la gracia ciertamente se nos concederá si tocamos una y otra vez a la puerta. Si hacemos de la oración un hábito, si cada día, o cada momento que podamos, dedicamos unos segundos, unos breves momentos, al diálogo divino, Dios nos dará el Espíritu Santo, nos dará la orientación que pedimos, la reconciliación que anhelamos. Su amor por nosotros es inagotable. Jesús recalca esa necesidad de ser paciente e insistente en la oración, en un tiempo en que la gente quería resultados inmediatos. Lo mismo que en nuestros días, cuando, si algo no se obtiene a la primera, se desecha como si no valiera la pena. Pero para cultivar, hay que ser paciente, disciplinado y constante.

Para vivir la vida del Espíritu también hay que ser paciente, disciplinado y constante. Hay que orar en silencio, orar siguiendo las orientaciones de nuestro Libro de Oración Común, orar en comunidad. En fin, hay que mantener un diálogo vivo con Dios.

Orar es echar raíces en Cristo, es celebrar la unión permanente que tenemos con él, y que se nos manifiesta desde el momento mismo del bautismo, desde el momento mismo en que quedamos marcados como suyos.

Estaría bien que nos acostumbráramos en nuestros hogares a usar el libro de los salmos. Los salmos son oraciones bellas, cánticos del alma, que surgen en un momento especial de contacto con Dios. Cada domingo recitamos en la misa un salmo o unos versículos de un salmo. Los salmos nos calan en el alma y nos conmueven por su belleza y sinceridad emotiva. Dice el de hoy: “Cuando te invoqué, oh Señor, me respondiste, fortaleciste mi alma con vigor” (Sal 138, 4).

Propio 13

Eclesiastés 1,12-14; 2,18-23; Salmo 49,1-11; Colosenses 3,(5-11) 12-17; Lucas 12,13-21

Las lecturas de este domingo invitan a confiar siempre en Dios. El Eclesiastés es uno de los libros más pesimistas de la Biblia. Ya desde el primer verso, el autor considera todas las cosas como pasajera vanidad. Incluso las que, a nuestro modo de ver, son importantes a nivel social, como ser rey o presidente de una nación, también son vanidad. En la opinión del Eclesiastés todo gobierno es vanidad. No ve diferencia alguna entre el sabio y el ignorante: “El sabio tiene sus ojos en la frente, mas el necio en las tinieblas camina. Pero también sé que la misma suerte alcanza a ambos” (Ecl. 2,14). Se da en el autor una especie de fatalismo. Quiere encontrar una solución al problema de la existencia y no la halla. Ahí está la tremenda realidad de la muerte. Hagas lo que hagas, vas a morir, y luego, ¿qué?

El autor de este libro no tenía resuelta esa interrogante. No estaba muy seguro de la existencia de un más allá, de una retribución, de un premio. Por eso para él nada tenía sentido. Sólo se podía ofrecer una filosofía de la vida para esta tierra. Pero siempre quedaba mediatizada por la omnipotente sombra de la desaparición total. ¿Para qué trabajar, jugar, reír, llorar? Todo pasa. Por ello, se presenta una enseñanza más para sobrevivir que para prepararse para un más allá. Hasta tal punto esto es así, que el editor del libro se vio obligado a añadir un epílogo en el cual se suavizara el pesimismo sin fin del autor. Así, se nos dice al final del libro: “En conclusión, y después de oírlo todo, teme a Dios, y guarda sus mandamientos, porque eso es ser hombre; que Dios juzgará todas las acciones aun las ocultas, buenas y malas” (Ecl 12,13). Esto es algo nuevo en el libro. Un tono de esperanza, un tono que da sentido a la existencia. Si existe un más allá y alguien que tenga en cuenta nuestra conducta aquí en la tierra, todo cambia.

El rico del evangelio que tuvo una gran cosecha piensa como el autor del Eclesiastés. Sólo se da una filosofía de la vida, de la existencia. Dice: “Tienes bienes acumulados para muchos años: tumbate, come, bebe, y date a la buena vida” (Lc 12,19). Esta es una doctrina egoísta y sin Dios. Ese rico podría preguntarse: ¿Quién me ha dado tan enorme cosecha? ¿Quién ha hecho que mi cosecha sea tal que rebasa todos mis cálculos, hasta el punto de tener que derribar mis almacenes y edificar unos nuevos para guardarlo todo allí? ¿No será Dios, quien me lo ha dado para compartirlo? Sin embargo, algo tan evidente no lo ve. Al rico, que ya era rico, le da Dios tanta abundancia para ver si despierta de su egoísmo. Mas no lo hace.

Nos amonesta Jesús a que evitemos toda clase de codicia, pues aunque uno ande sobrado, la vida no depende de los bienes poseídos (Lc 12,15). El sentido de nuestras vidas está en Dios. Es Dios, quien puede darnos la vida o quitárnosla, quien puede enriquecernos o empobrecernos. Sólo él es la razón última de nuestro existir. Ahora bien, si Dios tiene la solución de nuestras vidas, ¿por qué no seguir sus consejos? Eso es lo que pide san Pablo a los colosenses: “que el mensaje de Cristo esté siempre presente en vuestros corazones” (Col 3,16).

Pablo nos ofrece una lista de virtudes a seguir: “Vivan revestidos de verdadera compasión, bondad, humildad, mansedumbre y paciencia”. Pero, “sobre todo revístanse de amor, que es el broche de la perfección” (Col 3,12-14). Con esta doctrina nos encontramos ya muy lejos del pesimismo del autor del Eclesiastés. Podemos participar de su realismo, podemos darle la razón en algunos momentos, pero se ha quedado muy corto, pues, revestidos del amor de Cristo, la vida cambia totalmente. Revestidos de amor, podemos compartir con todo el mundo una gran cosecha que nos ha venido, o, también lo poco que ganamos con el sudor de nuestra frente.

Incluso si no hubiera amor en nosotros, podríamos obrar por precaución, por temor y escuchar las tremendas palabras de Dios en el evangelio: “¡Insensato! Esta misma noche vas a morir. ¿Para quién serán todos tus bienes? Lo mismo le pasa al que amontona riquezas para sí mismo y no se hace rico de lo que vale ante Dios” (Lc 12,20).

Propio 14

Génesis 15,1-6; Salmo 33; Hebreos 11,1-3(4-7)8-16; Lucas 12,32-40

Las lecturas de hoy hablan de nuestro compromiso como cristianos. Un compromiso adquirido en virtud de nuestro bautismo, y por el cual estamos ligados a Dios y a la comunidad humana. Así formamos parte de esa descendencia tan numerosa que Dios prometió a Abrahán. La promesa hecha por Dios no puede fallar. Nos ofrece absoluta confianza. Esa promesa se está realizando en el presente por medio del Espíritu Santo.

El evangelio de hoy, nos exhorta a estar preparados para satisfacer nuestro compromiso con la promesa, no sólo en el presente, sino también en el futuro cuando Jesús vuelva al final de los tiempos. El mundo en el que vivimos está naturalmente orientado hacia el futuro. Todos los días se nos estimula a realizar planes para años venideros. La mayoría de nosotros compramos seguros de vida, de vivienda, y de automóvil. Contribuimos al seguro social e invertimos en otros planes de jubilación, así, podríamos decir que nos estamos preparando para días inciertos venideros. Sin embargo, no es de esta preparación ni de estos planes de los que habla el evangelio. Jesucristo nos invita a realizar planes mucho más serios y profundos.

No es lo material y terreno lo que debe preocuparnos. Es cómo vivimos una vida espiritual y la respuesta que damos a Dios, lo que debe ocupar nuestros corazones. Las necesidades humanas también hay que satisfacerlas preparándonos para el futuro, pero ese es un futuro que llegará y pasará. Esas cosas requieren un compromiso, pero no un acto de fe.

San Pablo en la epístola ofrece una definición de la fe que dice: “Fe es seguridad de lo que se espera, y prueba de lo que no se ve” (Heb 11,1). No se puede reducir la fe a una simple convicción interior. La fe permite que uno entre “ya” en posesión de lo que “todavía” no poseemos. Es lo que en términos teológicos se expresa con el “ya, pero todavía no”. Ese ya, pero todavía no, es la esencia del discurso de Jesús en el evangelio de hoy.

Este es un misterio que se desenvuelve del pasado, al presente y va hacia al futuro. En el pasado, nos lo recuerda hoy la lectura del libro del Génesis. Hay una promesa hecha a Abrahán y a su descendencia para siempre. Ya la hemos recibido. En el presente, no podemos olvidarnos de todas las responsabilidades que tenemos como ciudadanos de este mundo, contribuyendo a una sociedad más justa; obligaciones que contraemos en nuestro bautismo; la promesa divina se realiza mientras celebramos la santa Misa, en la que Jesucristo se hace presente y se nos da como alimento espiritual. El futuro, “todavía no” se ha realizado en nosotros, pero tendrá lugar el día en que nos encontremos con Dios cara a cara, en el cielo. Ahí habrá concluido el misterio de nuestra vida. Todo nos será revelado. Veremos a Dios tal como es.

Para ese momento, es para el que tenemos que prepararnos, porque nadie sabe el día ni la hora. El pasaje del evangelio lo expresa claramente. Tenemos que estar preparados todo el tiempo, todo el día, porque el Señor vendrá cuando menos lo esperemos. “Tengan puesta la ropa de trabajo y sus lámparas encendidas... Si el dueño de la casa supiera a que hora va llegar el ladrón, ustedes entienden que se mantendría despierto y no lo dejaría entrar” (Lc 12,39-40).

Esa preparación demanda fe y compromiso con nuestro Salvador. Esa preparación no es posible con la acumulación de cosas materiales. Todo lo contrario, el evangelio de hoy exige que vendamos nuestras posesiones y las repartamos entre los pobres. Sin ser radicales y fundamentalistas a la hora de interpretar el evangelio, no podemos ignorar que una preparación adecuada para la vida futura, necesita la renuncia a todo aquello que nos aparta del amor de Dios y nos impide acumular tesoros para el reino de los cielos.

El salmo nos anima a mantenernos en esa disposición de desprendimiento: “¡Bienaventurada la nación cuyo Dios es el Señor: el pueblo que se escogió como heredad!”(Sal 33, 12).

Propio 15

Jeremías 23,23-29; Salmo 82; Hebreos 12,17(8-10) 11-14; Lucas 12,49-56

Las lecturas del Leccionario dominical, a veces, no tienen relación temática entre sí durante los domingos del tiempo litúrgico denominado “propio”, sin embargo, casi siempre el evangelio hace referencia a la lectura del Antiguo Testamento. Esto es lo que sucede este domingo.

Tanto Jeremías como el evangelio de Lucas nos hablan de fuego. En ambos casos el fuego está directamente conectado con las ideas de destrucción - purificación, que, a su vez, hacen referencia a las de división - paz, de que habla Jesús. Para entender mejor el mensaje de estas lecturas, es necesario que las pongamos en el contexto en que fueron escritas, y que echemos un vistazo al entorno cultural en el que nuestro Señor Jesucristo pronunció tales palabras.

Para los semitas, tanto el fuego como la sal tenían, al mismo tiempo, poderes curativos y destructivos. En la lengua aramea que Jesús hablaba, la palabra que traduce al español ‘tierra’, puede significar también “horno” =tierra. El típico horno usado en las aldeas del Mediterráneo, era hecho de barro o arcilla. El combustible utilizado en esos hornos era el estiércol seco de camello, mezclado con sal para que ardiera mejor.

La sal tiene poderes misteriosos. El bloque de sal en el piso del horno mantenía el fuego ardiendo de la misma manera que los cristales de sal hacen que el estiércol arda con más intensidad. Eventualmente el bloque de sal en el fondo del horno pierde sus poderes catalizadores y tiene que ser tirado. “Ustedes son la sal de la tierra. Pero si la sal deja de ser sal, ¿cómo podrá ser salada de nuevo? Sólo vale para tirarla y que la pise la gente” (Mt 5,13).

La sal que ya no mantiene el fuego ardiendo y que no sirve para preparar el combustible, es inútil. “La sal es una cosa buena, pero si la sal deja de ser sal, ¿con qué se la salará de nuevo? Ya no sirve para el campo ni para estiércol; hay que tirarla” (Lc 14,34-35).

Es interesante ver cómo la sal logra que el fuego arda intensamente en el horno. Jesucristo vino a encender el horno. “He venido a traer fuego a la tierra” (Lc 12,49). Así, Jesús se presenta en el horno del mundo como catalizador. Su presencia produce fuego: surgen argumentos, las familias se dividen, y aparecen opiniones sobre Jesús.

Por eso Jesús pide a sus discípulos que sean catalizadores. Que sean sal en medio de la gente, y que le imiten. Esta petición nos llega también a nosotros mientras celebramos el sagrado misterio de la eucaristía. Pero, ¿cómo podremos producir fuego y lograr que arda de manera intensa, a sabiendas de que va a causar alboroto y división, cuando, al mismo tiempo, el evangelio nos invita a ser mensajeros de paz?

En ese dilema se encontraba la comunidad a la que Lucas escribía el evangelio que acabamos de leer. Jesucristo nos recuerda que él mismo es sal y fuego, es catalizador; no vino para traer paz sino división. Su palabra tiene, simultáneamente, poderes curativos y destructivos según sea la respuesta que cada uno le dé.

Los contemporáneos de Jesús usaban tanto la sal como el fuego para purificar y preservar los alimentos, para cocerlos y condimentarlos, para esterilizar y limpiar heridas, y para refinar los metales. Estos son usos positivos. Pero, también tienen poderes destructivos. Todos los años el fuego destruye miles de hectáreas y viviendas en incendios por todo el mundo. La sal, por su parte, impide que la vida de las plantas sea posible.

El mensaje del evangelio tiene poderes similares. Producirá fuego de amor de justicia y de concordia en aquellos que lo escuchen. Pero provocará la desolación de la tristeza y de la muerte en aquéllos que cierren el corazón y la mente a la palabra de Dios.

Abramos hoy nuestros corazones y dejemos que Jesucristo venga a cada uno de nosotros con el fuego del Espíritu Santo que nos purifique y equipare para ser catalizadores en nuestros hogares, y en nuestra comunidad.

Propio 16

Isaías 28,14-22; Salmo 46; Hebreos 12,18-19, 22-29; Lucas 13,22-30

Las lecturas de este domingo hacen referencia a la segunda venida de nuestro Señor Jesucristo. Este tema es conocido en términos teológicos, como la “parusía” del Señor o el momento escatológico del “juicio final”.

El tema del juicio final es muy controvertido. Últimamente se ha especulado mucho sobre del final de los tiempos. Cientos de libros se han escrito sobre el tema y numerosos profetas falsos han proliferado predicando un final del mundo lleno de sombras, de muerte y desconsuelo.

En el tiempo de los profetas y más tarde en el de Jesús, el tema del juicio final formaba parte de la cultura popular. Por ejemplo, el Mishnah, que es una colección de leyes rabínicas concernientes a la vida diaria de los judíos, reflexiona sobre la creencia, común entre los judíos de Palestina contemporáneos de Jesús, de que todos los Israelitas tendrían parte en la vida del mundo futuro.

Sin embargo, no era esa la creencia común de todos los habitantes de Israel. Los fariseos apoyaban la tradición judía que creía que solamente un “resto”, es decir, sólo unos pocos se iban a salvar. “Al mismo tiempo, el Señor volverá a tender su mano para rescatar al resto de su pueblo” (Is 11,11). Es en ese contexto en el que, los judíos que escuchan a Jesús querían saber cuántos se salvarían: “Señor, ¿es verdad que son pocos los que se salvarán?” (Lc 13, 23). Jesús, en vez de darles una respuesta directa enfatiza la necesidad de esforzarse para anticipar los acontecimientos y evitar con certeza la tragedia de atropello y muerte en la puerta angosta en el momento de la estampida final.

En el evangelio que acabamos de escuchar, Jesús nos invita no sólo a conocer donde está la puerta, sino a que aprendamos a entrar por ella, porque es angosta. Al final, muchos, no preparados, querrán entrar, y no podrán.

Este es el escenario que tenemos ante nosotros mientras celebramos la santa Eucaristía: el dueño de la casa es nuestro Señor Jesucristo. Sus contemporáneos, lo conocían, habían escuchado su enseñanza e incluso habían comido con él, ahora demandan y reclaman el derecho de entrar al banquete. Jesús no sólo niega el conocerles, sino que los llama “malhechores”, ¿cómo es posible?

Nosotros también podemos caer en la misma falacia de creernos con el derecho de poder entrar en el reino de los cielos porque un día fuimos bautizados y de cuando en cuando vinimos a la Iglesia. Sin embargo la respuesta a esta postura cómoda, ya nos la ha dado el mismo Jesús al principio de éste capítulo. “Si ustedes no renuncian a sus caminos, perecerán del mismo modo” (Lc 13,3).

No es suficiente el compartir la cena (la Eucaristía) del Señor. Se debe dar en nuestras vidas un cambio radical de conducta. Esa es la única manera de establecer una amistad con Jesús y de poder formar parte del reino de amor y justicia que nos ofrece. No podemos olvidar que el día en que tengamos que rendirle cuentas no nos valdrá decir que no lo sabíamos.

Vendrá como el dueño de la casa en el momento en que menos lo esperemos. Ese día es el día de nuestra muerte. Ese día será para cada uno de nosotros la primicia de nuestro juicio final. Por ello, es necesario que nos preparémos ahora para entrar por la puerta angosta.

Con todo, no podemos quedarnos con una impresión tan negativa, como si la misericordia de Dios no pudiera triunfar sobre el mal. El tono de estas lecturas, es un tono del género apocalíptico, que tiende a escribirlo todo en tinta negra, algo así como cuando nos embarga un estado de pesimismo; todo lo vemos oscuro, no encontramos consuelo ni solución a nuestros problemas; juzgamos negativamente de todo sin considerar el lado positivo de la vida.

Jesús, quiere que nos preparemos, quiere que estemos alerta día y noche; con esa actitud no permitiremos que el mal se apodere de nosotros y nos domine, antes bien, diremos con el salmista: “Dios es nuestro refugio y fortaleza, nuestro pronto auxilio en las tribulaciones” (Sal 46,1). Él nos salvará.

Propio 17

Eclesiástico 10,(7-11)12-18; Salmo 112; Hebreos 13,1-8; Lucas 14,1, 7-14

Lo que proclaman las lecturas de hoy, lo refleja también la sociedad actual. Se trata de la arrogancia y del orgullo del ser humano que se cree superior incluso al mismo Dios. Por eso, en ocasiones, se actúa con desprecio hacia los demás. El ser humano tiende a unirse a los de su propia condición, y se olvida de los demás. Con frecuencia se olvida de los pobres, de los inválidos y más necesitados. Sólo piensa en sí mismo.

El ambiente social de hoy día da la sensación de vivir en un mundo en decadencia moral y espiritual. Sólo tenemos que leer el periódico o escuchar las noticias para darnos cuenta del panorama de sufrimiento que nuestro egoísmo ha causado a todo nivel humano.

Algunos buscan la forma de destruir y abusar de los pequeños o más vulnerables. Todavía hoy se trafica con niños a quienes se vende hasta por catorce dólares. Se trafica con niñas para prostituirlas. Esto es algo tan horroroso que clama al cielo. ¿Cómo puede un mundo “civilizado” permitir tales crímenes?

Muchos de estos males son fruto de los problemas vividos en el matrimonio y en la vida familiar. El divorcio abunda. El egoísmo cunde en la mayoría de los hogares y faltan la confianza y la comunicación entre los esposos. “¡Que todos respeten el matrimonio!”, clama hoy San Pablo. Sin embargo, aunque el cuadro de dolor actual sea triste, no pensemos que sea exclusivo de nuestro tiempo. Se ha dado siempre en la historia de la humanidad. Es el eterno problema del mal que aparece constantemente en pugna contra el bien. A veces nos resulta pesado el que las Escrituras tengan que repetir con tanta frecuencia el mandamiento del amor.

San Pablo recuerda ese mandamiento a los hebreos: “No dejen de amarse unos a otros como hermanos. No se olviden de ser amables con los que lleguen a su casa, pues de esa manera, sin saberlo, algunos hospedaron ángeles” (Heb 13,1-2). Eso es lo que anhelamos todos, amarnos en familia, amarnos como hermanos. Pero, en realidad ¿qué significa eso? ¿No constatamos cuánto se sufre también en las familias? Y ¿por qué? En el fondo es porque no vivimos con auténtica fe. Si pensáramos que en todo ser humano se oculta no ya un ángel sino el mismo Dios, ¿cómo nos portaríamos? Y, ¿cómo no nos esforzamos en ver a Dios en el prójimo? Lo que hacemos es considerar al prójimo como un objeto más del cual podamos sacar fruto. Sentencia el Eclesiástico: “El pecador es un pozo lleno de orgullo, del cual brotan las malas acciones” (Eclo 10,13). El orgullo de querer ser más que nadie nos conduce a dominar y a aplastar a todo el que pillemos por delante.

Lo que necesitamos es un proceso constante de reconversión. Todos los días debemos convertirnos en algo mejor. Aunque eso mejor, sea algo muy pequeño. Lo importante es superarnos un poquito cada día, como el escalador que poco a poco va conquistando la montaña que, al principio, parecía fuera de todo alcance. Hace poco salió en las noticias que un escalador ciego había remontado la cumbre del Everest. ¿No es esto digno de toda admiración? ¿Con cuánta cautela y con cuánta precaución no tendría que ascender esa persona! Un paso cada día. Un esfuerzo cada día. Este es un ejemplo que todos debemos imitar.

Tratemos de encontrar a Dios en cada criatura, aún en aquellos que nos parezcan más despreciables. En las promesas del bautismo prometimos “buscar y servir a Cristo en todas las personas” sin fijarnos en su condición social o étnica. Recordemos También que Dios se manifiesta en su creación, y que el propio Jesús nos dijo que estaría presente en los que sufren hambre, sed, desnudez, y agravio, y lo que hagamos en su favor se lo hacemos al mismo Cristo. Sigamos el consejo de Jesús, cuando demos una fiesta, invitemos a pobres, lisiados, cojos y ciegos. ¡Dichosos nosotros, porque no podrán pagarnos, pero se nos pagará cuando resuciten los muertos!

Propio 18

Deuteronomio 30,15-20; Salmo 1; Filemón 1-20; Lucas 14,25-33

¿No han oído ustedes alguna vez a un adolescente decir a su hermano o hermana: “¡te odio!”? Quizás, hasta nosotros mismos hayamos hecho lo mismo en alguna ocasión. Sin embargo, generalmente, tal expresión sólo implica un instante de debilidad humana, que no tiene mayores consecuencias, y que no significa lo que quiere decir. Más aún, se trata de una expresión muy repetida en la sociedad americana.

Jesús usa frases sumamente duras y casi increíbles para un profeta que predicó el amor en todo momento. En algunas versiones bíblicas se usa la frase “aborrece”. En una ocasión, pidió a sus seguidores a que dejaran a los muertos enterrar a los muertos. Otra vez, en que su madre fue a verlo, dijo a los oyentes que ellos eran su madre y sus hermanos.

Con esas expresiones Jesús está insistiendo en que debemos amar a Dios por encima de toda atadura humana. Lo explica con dos ejemplos: el que edifica una torre o una casa, y el rey que va a dar batalla a otro. En ambos casos es necesario reflexionar y calcular todos los pormenores de la empresa que se va a emprender.

La doctrina de Jesús parece intransigente, pero más bien debiéramos calificarla de realista. ¡Cuántas batallas no se han perdido por falta de buena estrategia! ¡Cuántos edificios no se han derrumbado porque el arquitecto no calculó bien! Ahora bien, nos dice Jesús que la mayor empresa que tenemos entre manos es la de nuestra salvación y la de todo el género humano. ¿Cómo vamos ha embarcarnos sin antes pensarlo bien? Jesús lo dice sucintamente: “El que no renuncia a todos sus bienes, no puede ser discípulo mío” (Lc 14,33). Así de claro. Cada uno debe interpretarlo y aplicárselo a sí mismo.

En una ocasión, una gran multitud lo seguía. Llevaban sin comer bastante tiempo. Le dio pena y mandó a los discípulos que les dieran algo de comer. Los discípulos se asustaron ¿cómo les vamos a dar de comer? ¿De dónde sacamos tanta comida? De repente un muchachito se presentó con cinco panes y dos peces. Este joven compartía lo que tenía. Estaba desprendido, era generoso. He aquí que siguiendo su ejemplo, todos sacan las comidas que tenían ocultas y se saciaron todos.

Mas otro joven rico que quería seguir a Jesús de cerca, no tuvo el valor de renunciar a todo lo que poseía, y dando media vuelta se fue. A Jesús le dio mucha pena. Ese joven no supo escoger la mejor parte, seguía amarrado a los bienes terrenos.

Jesús, en cuanto ser humano, también entabló lazos de amistad con muchas personas, con sus discípulos. Le vemos llorar ante la tumba de Lázaro. Pero a la hora de la verdad, vivía con un desprendimiento total de toda atadura humana. Nada pudo detenerle de llevar a cabo la empresa que había emprendido. Y sabemos, que Pedro quiso impedirsele en más de una ocasión. Mas Jesús siguió firme en sus propósitos.

Su ejemplo nos sirve de ejemplo. Nos pide y exige lealtad. Si le seguimos tiene que ser de verdad y con total entrega. Jesús sabe que esto no es fácil. El discipulado cristiano no se puede lograr de la noche a la mañana. Es un proceso que puede comenzar de una forma espectacular como le sucedió a Pablo, o de una forma sencilla, pero llena de sacrificios, como nos pasará a la mayoría de nosotros. Tenemos que aprender a despojarnos de cualquier lazo que nos ate a lo material. ¿Significa esto que no podemos amar a los seres queridos y a los amigos? ¡No! Significa que debemos amar a Dios más que a nadie. Significa que en un momento de conflicto, siempre hemos de escoger el lado divino, donde está lo que es bueno, justo, honesto y agradable.

Dios permita que podamos desprendernos de las cosas que nos separan del amor que Jesús nos ofrece. Dios permita que podamos entregarnos de corazón para formar parte del grupo de discípulos que ha sabido mantener viva la llama de un evangelio que llegó al mundo con la predicación de Jesucristo. Que él nos acompañe en cada instante y nos ayude a seguir extendiendo su mensaje de amor a toda la humanidad.

Propio 19

Éxodo 32,1,7-14; Salmo 51,1-11; 1 Timoteo 1,12-17; Lucas 15,1-10

El concepto que une hoy a las tres lecturas es la misericordia. Es el amor de Dios mostrado en aquellos que se arrepienten en el momento preciso. En aquellos que aprovechan la nueva oportunidad que Dios ofrece siempre.

La historia de la liberación del pueblo de Israel de la esclavitud en Egipto está llena de momentos en los cuales ese mismo pueblo se revela contra Dios. Es una demostración de la inestabilidad y falta de satisfacción del individuo en general, que siempre encuentra excusas para hacer su propia voluntad por encima de la de Dios.

Y Dios, a veces, se disgusta, o “se indigna en su corazón” (Gn 6,6) por nuestra forma de actuar, pero siempre ofrece misericordia. Lo hizo en el paraíso terrenal, cuando el ser creado desobedeció su mandato. Lo hizo cuando se cometió el primer crimen de la humanidad. Lo hizo cuando mandó llover al cielo durante cuarenta días. Lo hizo cuando los pueblos de Sodoma y Gomorra se entregaron sin freno al pecado. Podríamos mencionar más ejemplos, pero basten esos para demostrar que Dios ofrece siempre misericordia. Su amor sobrepasa el descontento ante la actitud humana. Moisés le pidió que olvidara su enojo y perdonara al pueblo que sacó de Egipto, “con gran despliegue de poder”. Dios tuvo misericordia y brindó al pueblo otra oportunidad.

El caso de Saulo de Tarso fue también dramático; un hombre que dedicó los primeros años de su vida a perseguir y ordenar la muerte de los cristianos. En el libro de los Hechos de los Apóstoles encontramos al protomártir Esteban que mientras lo apedreaban, antes de morir exclamaba: “Señor, no les imputes este pecado...Y Saulo consentía en la ejecución” (Hch 7,60—8,1). El mismo Pablo, después de su conversión, reconoce que no merece ser llamado apóstol por haber perseguido a la Iglesia. Sin embargo, la misericordia de Dios se sobrepuso al enojo y, después de perdonarle, le convirtió en uno de los discípulos más prolíficos en su predicación, y en el mayor misionero de la Iglesia cuyo ejemplo todos hemos imitado.

Una de las historias más bellas del Nuevo Testamento es la del hijo pródigo. Un joven que pierde no sólo sus bienes materiales, sino su propia dignidad, recapacita y decide regresar esperanzado al hogar que había abandonado. El padre, que lo esperaba, no lo reprende ni reprocha sino que lo recibe con los brazos abiertos.

En la historia se han dado muchos casos de pecadores, que arrepentidos han regresado a Dios y han llegado a ser grandes santos. El más notorio de ellos es el de san Agustín, que durante su juventud llevó una vida libertina, mas luego se convirtió y llegó a ser uno de los teólogos más profundos que haya tenido la Iglesia.

Pensemos por unos momentos en nuestras mismas vidas. Seguramente que hemos cometido errores de los cuales estamos avergonzados. Más aún, algunas personas se sienten tan culpables que se creen todavía en pecado. Sin embargo, las escrituras son claras sobre la misericordia divina. Dios perdona y recibe con amor a todo el que arrepentido se acerca a él.

El evangelio de hoy lo demuestra claramente con los ejemplos que ofrece. El pastor que va en busca de la oveja descarriada es imagen de Dios que nos busca constantemente. Y la mujer que barre y busca diligentemente el dinero perdido, es imagen de Dios que nos busca sin cesar. Y las declaraciones de Jesús lo dejan patente: “Os digo que lo mismo habrá en el cielo más fiesta por un pecador que se arrepiente que por noventa y nueve justos que no necesitan arrepentirse”. Y, “os digo que lo mismo se alegrarán los ángeles de Dios por un pecador que se arrepienta” (Lc 15,10).

Este es el Dios en quien nosotros creemos. Un Dios al que no agradan las obras inmorales, pero un Dios, dispuesto siempre a ofrecernos otra oportunidad para reconocer el error y regresar a él. Nuestra vida puede ser realmente útil para la divulgación del evangelio, si permitimos que Dios ponga sus palabras en nuestros labios, y dé vigor a nuestro obrar, para que en nosotros se refleje siempre la imagen divina.

Propio 20

Amós 8,4-7(8-12); Salmo 138; 1Timoteo 2,1-8; Lucas 16,1-13

Vamos a centrar hoy nuestra meditación en la lectura de Pablo a Timoteo. En ella dice que recemos por los gobernantes para llevar una vida tranquila. Dice también que Dios quiere que todos los seres humanos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad.

La verdad es que en el mundo en que vivimos la desconfianza cada vez se afianza más. A veces, la hemos perdido en nuestros mismos familiares. Y ¿por qué? Por muchas razones. Generalmente buscamos sólo nuestro bienestar individual. Para ello, a veces, se miente y se logra el triunfo por medios ilícitos. Esto lo constatamos en individuos y, sobre todo, a grandes niveles, en las corporaciones que abusan de toda la sociedad. Así nos sentimos víctimas del engaño. Este es un sistema tan antiguo como el mundo. El profeta Amós se expresa de esta manera: “Los que exprimís al pobre, disminuís la medida, aumentáis el precio, usáis balanzas con trampa, compráis por dinero al pobre, al mísero por un par de sandalias” (Am 8,4-6).

Casi todos hemos vivido alguna vez la decepción de la propaganda que vemos en la televisión, u oímos en la radio, o leemos en la prensa. Si nos dejamos llevar por lo que anuncian, fácilmente caeremos en la trampa. Nos sentimos decepcionados, y, lo que es peor, con la inclinación a imitar ese ejemplo, es decir, a engañar solapadamente, como ellos lo hacen.

Si a este sistema moderno de engaño se añade todo el sufrimiento que muchos han experimentado en la historia: abusos de gobiernos, abusos, incluso de instituciones religiosas, lo que se va formando en muchas personas es un substrato de desconfianza en todo el mundo. ¿Cómo podremos volver a confiar en los demás?

San Pablo asegura que el remedio radica en la oración. Nos ruega a que hagamos plegarias, súplicas, y acciones de gracias por todos. Para algunas personas esto resulta muy difícil. Han sentido en su propia carne el dolor de una prisión o persecución injusta. Han sido secuestradas, violadas, vejadas. Se ha pisoteado su dignidad. ¿Cómo podrán rezar por sus violadores?

Hoy muchas naciones se mantienen en continua guerra interna. Unas veces por cuestiones ideológicas o económicas, otras por recuperar terrenos robados, y por motivos egoístas como los ocasionados por el tráfico de drogas. Pero también existen naciones donde el gobierno tirano sigue abusando del pueblo, quebrantando sus derechos humanos. ¿Cómo podremos orar y dar gracias por los que gobiernan en tales circunstancias? Si rezamos, será, por su conversión, para que llegue a todos una vida tranquila y apacible.

La organización de las Naciones Unidas lleva años tratando de poner remedio a situaciones injustas. En algunos casos lo ha logrado, en otros no, porque gobiernos todavía muy poderosos siguen influyendo en esa organización. Sin embargo por el hecho de que se planteen y discutan esos casos podemos considerarlo ya un logro muy positivo. Y podemos elevar al cielo oraciones de agradecimiento. El famoso teólogo inglés, William Temple, dijo en cierta ocasión a los estudiantes de Oxford: “Lo más efectivo que la Iglesia de Cristo puede hacer por el mundo, y lo más efectivo que cualquier cristiano puede hacer como individuo, es elevar sus corazones en adoración a Dios”.

Sabemos que Jesús fue perseguido constantemente, por envidias e incomprensión. Sin embargo no condenó a nadie. Jesús nos sirve de ejemplo. Su vida fue una vida de oblación de sí mismo. Nosotros tenemos que imitarlo. A pesar de todo lo que hayamos sufrido no podemos anidar odio en nuestros corazones. Con ello nunca lograremos la paz en esta tierra.

El rezar por los demás, incluyendo nuestros enemigos “es bueno y grato ante los ojos de nuestro Salvador, Dios, que quiere que todos se salven y lleguen al conocimiento de la verdad”. Así, concluye san Pablo: “Quiero que oren en todo lugar, elevando sus propias manos puras, libres de cólera y discordia” (1Tim 2,8). Oremos no sólo aquí en el templo, sino siempre, en todo momento para que tengamos una vida tranquila y apacible. Como a Pablo, Dios nos ha escogido y nombrado misioneros, anunciadores de la buena nueva que nos trajo Jesús. Si no colaboramos seremos responsables ante el mismo Dios.

Propio 21

Amós 6,1-7; Salmo 146,4-9; 1 Timoteo 6,11-19; Lucas 16,19-31

Al ser humano le gusta vivir cómodamente, tener posesiones, inversiones, bellas mansiones y todo lo bueno que ofrece la vida material. No en vano hemos sido creados para el cielo, para gozar un día de una vida tan linda que ahora no podemos imaginarnos. Lo malo nuestro es que, con frecuencia, medimos la grandeza humana por las posesiones materiales. Es como si otros valores mucho más positivos no contaran ante el peso de las riquezas. Ahora bien, no se ha de condenar la mera posesión de riquezas sino el apego a las mismas, el desequilibrio que se crea en la sociedad con el olvido de los pobres.

Amós fue uno de los profetas que más claramente habló en contra de las injusticias que creaban quienes acumulaban riquezas. Dice: “Ay de los que os acostáis en lechos de marfil... Bebéis vinos generosos... Os ungís con los mejores perfumes. ¡Y nada os importa la ruina del país!” (Am 6,4).

Sabemos por la historia que unos pueblos han acumulado riquezas a costa de otros. Sabemos que muchas personas se han enriquecido a costa de otras. Sabemos que algunos gobernantes han robado millones de las arcas de la nación. Todo esto lo condena el evangelio. Contra todos ellos se oye, a través de los siglos, el grito del profeta Amós, ¡Ay de vosotros! “¡Iréis al destierro, y se acabará el alboroto de vuestros banquetes!” (Am 6,7).

Jesús condena la acumulación injusta de riquezas, pero también la insensibilidad ante la pobreza de los menos favorecidos, incluso cuando las riquezas se han logrado con propio esfuerzo. El rico que vestía de púrpura es símbolo de quienes se enriquecen y permanecen insensibles ante el dolor ajeno. Y muchas veces ese dolor no está lejos de ellos, está a la puerta de sus casas, en sus pueblos y ciudades, en sus mismos países. Y ¡cuán verdadero es el que mucha gente podría vivir bien, sólo con las migajas de los ricos! Algunos ricos desperdician lo que tienen porque tienen demasiado. Los bienes materiales los han cegado.

Pero también es verdad que nosotros, los que no somos ricos, pero tampoco pobres, malgastamos muchos de los bienes que Dios nos ha regalado. Y ¡cuán verdadero es el que con nuestras migajas se podrían alimentar otras gentes en países más pobres que el nuestro! Pensemos, por ejemplo, en el mal uso que hacemos de los bienes que poseemos. Malgastamos luz, gas, agua, comida. Mantenemos largas conversaciones en llamadas telefónicas de larga distancia y nos llegan facturas de cientos de dólares. ¿Cómo podemos justificar tales derroches? Somos pobres administradores de la creación, somos malos mayordomos, y también a nosotros Dios nos pedirá cuentas. No sólo eso, ya estamos sufriendo las consecuencias de nuestra mala administración, contribuyendo a una contaminación de la tierra y de la atmósfera, contribuyendo a una escasez energética en muchos lugares.

Esto nos conduce a reflexionar que en el fondo todos somos iguales. No podemos apuntar con el dedo al que tiene más posesiones. No podemos condenar a otros cuando nosotros hacemos lo mismo. Debemos ser buenos administradores de todo lo que, por la gracia de Dios, nos llega. Debemos ser desprendidos hasta con sacrificio, como la viuda pobre del evangelio que echó en uno de los cofres de las ofrendas dos moneditas de cobre, de muy poco valor, pero ella, en su pobreza, dio todo lo que tenía para vivir. Si todos obráramos así, no cabe duda que habría más justicia en la tierra, habría más satisfacción y felicidad en todos.

San Pablo dice a Timoteo que la religión es una fuente de gran riqueza, pero sólo para el que se contenta con lo que tiene. Porque nada trajimos a este mundo, y nada podremos llevarnos; si tenemos qué comer y con qué vestirnos, ya nos podemos dar por satisfechos (1Tim 6,6-8). Y finalmente, san Pablo exhorta a los ricos, y a todos nosotros, a que no pongamos nuestra esperanza en las riquezas ya que no son seguras. Antes bien, pongamos nuestra esperanza en Dios el cual nos da de todo en abundancia.

Propio 22

Habacuc 1,1-6(7-11)12-13; 2,1-4; Salmo 37,1-18; 2 Timoteo 1,(1-5)6-14; Lucas 17,5-10

¿Podremos ganarnos el cielo con nuestro propio esfuerzo? Parece ser que algunos piensan que sí. Sin embargo, la parábola del siervo inútil del evangelio pone de manifiesto que la gracia de Dios no se puede ganar con obras. La gracia de Dios es un regalo. Entonces, ¿por qué obramos buenas obras? En agradecimiento a la vida que vivimos en Jesucristo y en deseo de compartirla con otras personas. Es lo que san Pablo enseña en la epístola a Timoteo: “Pues Dios no nos ha dado un espíritu de temor, sino un espíritu de poder, de amor y de buen juicio” (2 Tim 1,7). Este espíritu lo recibimos en el bautizo. El espíritu de amor nos impulsa a realizar buenas obras. Nuestra responsabilidad consiste en abrir la mente y el corazón a ese espíritu.

Es difícil creer que Dios nos dé la gracia para ser buenos cuando nos encontramos en situaciones desesperadas como la del profeta Habacuc. O en situaciones terribles como la contemplada por todo el mundo el once de septiembre del año dos mil uno, cuando los dos edificios gemelos, y más altos de Nueva York, fueron derrumbados por terroristas suicidas. Con los miles de personas que perdieron la vida, con las miles de familias afectadas, con tanto dolor innecesario, en esos momentos, ¿no desea uno, más bien, responder con violencia y represalias?

Nos parece que no hay justicia divina. Nos gustaría clamar como el profeta: “Estoy rodeado de violencia y destrucción; por todas partes hay pleitos y luchas” (Hab 1,3). Como Habacuc, queremos un remedio rápido para tal situación. Queremos que Dios se presente en nuestras vidas y traiga una solución justa. Habacuc esperó mucho tiempo. Tuvo paciencia. Por fin la ayuda llegó. Dios le contestó, diciendo: “los justos vivirán por su fidelidad a Dios” (Hab 2,4).

La historia de Habacuc, nos enseña que tenemos que tener paciencia incluso con Dios. Tenemos que perseverar con fe en tiempos de adversidad. El evangelio presenta el mismo mensaje: tenemos que tener fe. Cosa curiosa, dice Jesús, que no es necesaria mucha fe. Con que fuera del tamaño de un granito de mostaza sería suficiente para trasplantar árboles. ¿Quiere decir esto que no tenemos nada de fe? A veces nos comportamos realmente como si no la tuviéramos. Pero consideremos las palabras de Jesús. Si tuviéramos un poquito de fe, del tamaño de una semilla muy pequeña, podríamos realizar grandes cosas. ¿Qué no podríamos obrar si permitiéramos crecer esa diminuta fe en nuestras almas hasta convertirse en un árbol frondoso!

A veces, las recetas de la cocina usan las semillas de mostaza. Tales semillas son pequeñas pero siempre le dan un sabor intenso a la comida. Así, nuestra fe puede cambiar el sabor de las adversidades de la vida. Es necesario, tener algo de fe, sin ella no podemos vivir. Perecemos en el mar de la vida.

El ejemplo de Jesús no deja de admirarnos, porque podría ofrecer otro ejemplo más práctico, pero lo que nos dice es que podríamos hasta trasplantar árboles si tuviéramos un poquito de fe. Tal vez, no sea necesario trasplantar árboles, pero sí necesitamos fe para enfrentar la aspereza de la vida.

En realidad no se trata tanto del tamaño de fe que tengamos, sino de ver en quién está fundamentada. Si tenemos fe sólo en nosotros mismos, en nuestras fuerzas, en nuestra tecnología, no será suficiente. Estados Unidos cuenta con la tecnología más sofisticada del mundo, con el ejército más poderoso del mundo, y sin embargo, ante el mal terrible que siempre azota al mundo, este país es débil. Necesitamos una fe fundamentada en Dios.

La muerte y la resurrección de Jesús son la obra culminante de Dios. Jesús triunfó en la cruz sobre la violencia y la destrucción de este mundo. Como cristianos, caminemos la senda divina. Ese camino no está libre de adversidades. Dios nunca nos prometió una vida de paz y tranquilidad en la tierra. Pero con el espíritu de amor, triunfaremos sobre las adversidades. No sólo triunfaremos, sino también tendremos la fuerza de compartir la gracia de Dios con otro caminante en el camino.

Propio 23

Rut 1,(1-7)8-19a; Salmo 113; 2 Timoteo 2, (3-7)8-15; Lucas 17,11-19

¿Se ha encontrado alguna vez en una situación de impotencia, por carecer de dinero o por pertenecer a una raza determinada? Este es el tema del libro de Rut y del evangelio.

En la historia de Rut, encontramos a tres mujeres que carecen de poder por ser mujeres. En aquel tiempo las mujeres eran propiedad de los hombres. Todavía hoy, en algunas culturas, perdura esa situación.

En la historia de Rut, el marido de Noemí murió primero. Diez años después los maridos de Orfá y Rut también murieron. Orfá y Rut son jóvenes y pueden casarse otra vez. Noemí tiene muchos años para contraer nuevo matrimonio. He aquí a tres mujeres sin esposos y sin poder. Además, el hambre se había extendido por el país de Moab.

Noemí, opta por regresar a Belén de Judá, su tierra nativa, donde ahora se vive mejor. Salen de camino, pero se siente mal sacando a sus hijas políticas de su ambiente, así pues, les suplica que regresen con los suyos. Orfá y Rut saben que de hacerlo, Noemí moriría, porque sin el apoyo de un hombre no podrá sobrevivir. Después de orar, Orfá decide irse a la seguridad de su familia. En cambio, Rut opta por quedarse al lado de Noemí y pronuncia las palabras más bellas de toda la lectura: “Tu pueblo es el mío, tu Dios es mi Dios; donde tú mueras, allí moriré y allí me enterrarán” (Rut 1,16-17). Así, juntas, continúan el camino hacia Belén. Rut arriesgaba mucho acompañando a su suegra porque Belén no les ofrecía muchas garantías de sobrevivencia. Dice la lectura que cuando llegaron, “se alborotó toda la población”. ¿Por qué?

Rut de Moab, en Belén era extranjera. La llamaban la “moabita”. Para los habitantes de Belén Rut era una pagana, que adoraba a otros dioses. No sabían que Rut, ahora estaba dispuesta a adorar al Dios de Israel. Poco a poco la gente iba a comprender que había llegado el momento en que el Dios de Israel sería también el Dios de otros pueblos. Noemí se encuentra en una situación muy precaria, en estado de viudez. Suplica a las vecinas a que no la llamen “agraciada”, sino “mujer de dolores”. Las dos mujeres se encuentran bajo la clemencia de la familia de Noemí.

El evangelio, narra la historia de diez leprosos. Hasta recientemente en casi todo el mundo, los leprosos eran tratados como exiliados en su propio país. En tiempos bíblicos, llevaban campanas sobre el cuello y gritaban “¡impuro!” a fin de que el pueblo se apartara de ellos. Aunque no se tratara de lepra en sentido clínico, se trataba de una enfermedad grave y contagiosa de la piel que impedía la participación en el culto y en la vida civil ordinaria.

Los leprosos del relato se pararon a lo lejos y gritaron: “Jesús, maestro, ten compasión de nosotros”. Jesús, sin tocarlos, les manda ir a los sacerdotes. Esta orden está llena de esperanza, porque en el fondo debieran saber que en el camino iban a quedar curados, ¿por qué? Porque Jesús estaba adelantando el final del proceso curativo. Los sacerdotes van a dar el testimonio final de limpieza y libertad. Efectivamente, el mismo evangelio lo atestigua: “Mientras iban de camino, quedaron limpios” (Lc 17,14). Pero, he aquí, que sólo un samaritano, - que era desdeñado por los judíos-, regresó a Jesús alabando a Dios. En aquella sociedad no podía existir persona más despreciada que un samaritano y además leproso.

¿Quiénes son los desdeñados de hoy? Estamos viviendo en un mundo de contrastes increíbles. Mientras en los países adelantados se goza de una tecnología y de un nivel de vida excelente, más de la mitad del mundo vive en la miseria. Miles de niños mueren de hambre diariamente. Cientos de niños son vendidos como esclavos. Miles de mujeres son humilladas con costumbres inhumanas. Así, quienes vivimos en el reino de la riqueza oímos el clamor de los destituidos que se acercan a nuestras puertas y, a veces, las encuentran cerradas.

Tanto en Estados Unidos como en Europa, el problema migratorio presenta cada día casos de gran dolor. ¿Qué hacer? Todos debemos encontrar una respuesta a esta grave pregunta. Todo ser humano debe contar con lo suficiente para vivir con dignidad. Todo ser humano es hijo de Dios, del mismo y único Dios. Oremos hoy por un mundo mejor y más justo.

Propio 24

Génesis 32,3-8, 22-30; Salmo 121; 2 Timoteo 3,14-4,5; Lucas 18,1-8a

La historia de la viuda y del juez es exclusiva del evangelio de Lucas. Hay en ella dos personajes importantes: el juez injusto y la viuda suplicante. Esta historia subraya la pertinaz súplica de la viuda, “para enseñarles a los discípulos que debían orar siempre, sin desanimarse” (Lc 18,1).

La viuda no tiene otra posibilidad de justicia si no es por medio de un juez indiferente al dolor humano y al castigo divino. Ante la tenaz persistencia de la viuda, el juez injusto la atiende. Nos recuerda este evangelio la parábola de los vecinos en la cual un amigo, a medianoche, le pide a otro tres panes prestados (Lc 11,5-10). El vecino se los da, no por amistad sino por la oportunidad del amigo. La parábola de la viuda y el juez es un ejemplo de persistencia que debemos tener siempre presente cuando nos relacionamos con Dios, nuestro padre. El argumento de las dos parábolas es éste: si, por la insistencia, los seres humanos se ayudan los unos a los otros ¿cuánto más atenderá Dios a los que le “claman día y noche?”

En el Génesis tenemos otra historia de la insistencia en el orar. Jacob se encontró con un hombre que luchó con él hasta el despuntar de la aurora. El hombre resulta ser un ángel. Aunque el ángel lo golpeó en la coyuntura de la cadera, Jacob triunfó en la lucha. Jacob no le soltó hasta lograr la bendición del ángel. Jacob no sólo obtiene la bendición sino el nuevo nombre de Israel, porque ha luchado “con Dios y con los hombres” y ha vencido.

Es difícil imaginarse a Jacob luchando con un ángel toda la noche para recibir una bendición. Pero tengamos presente que la Biblia usa con frecuencia estilos y modelos de culturas antiguas, con ejemplos míticos y legendarios. Según esas culturas, el dios tiene figura humana, y el héroe del relato tiene proporciones y fuerzas gigantescas. A veces el dios está limitado al tiempo de las tinieblas, el hombre lo vence con una artimaña y le arranca una concesión. En una religión más exigente es quizá Dios quien doblegue al hombre. Dios mismo provoca al hombre a la pelea, al esfuerzo tenaz, para bendecirlo al final. Así sucede en el caso de Jacob. Triunfa por su persistencia y al final es recompensado.

El objetivo de estas lecturas es el de invitarnos a orar. Dios desea conocer nuestras angustias y esperanzas. Dios nunca se cansa de oír nuestra plegaria. Pero, si es Dios, ¿por qué necesitamos orar? El lo sabe todo, incluyendo las tristezas y las alegrías, los fracasos y los triunfos. Es verdad que lo sabe. Pero la oración es la respuesta a Dios Padre, por medio de Jesucristo, en el poder del Espíritu Santo (LOC, 749). Dios inició el diálogo con nosotros y debemos continuarlo.

La oración es la respuesta a esa invitación. Se puede orar en silencio o vocalmente, individualmente o en comunidad. Hay diferentes clases de oraciones: oración de adoración, de alabanza, de acción de gracias, de penitencia y de oblación de nuestras vidas a Dios. La oración de la parábola de la viuda y el juez es de petición, en la cual se presentan necesidades para que se cumpla la voluntad divina. Realizamos peticiones a Dios para alinear nuestra voluntad a la divina. No podemos esperar ni desear que la voluntad divina se ajuste a nuestros caprichos.

A veces es difícil perseverar en la fe cuando nos parece que las oraciones no son respondidas. Cuando recemos, es importante recordar que el tiempo divino es diferente al nuestro. Es posible que la respuesta de Dios no coincida con la respuesta que esperamos.

No sólo nuestras oraciones, sino también nuestras vidas deben ser modelos de persistencia. San Pablo le recomienda a Timoteo: “Te encargo mucho que prediques el mensaje, y que insistas cuando sea oportuno y aun cuando no lo sea... enseñando con toda paciencia” (2 Tim 4,2). Insistencia en las peticiones y paciencia en las respuestas, esa debe ser nuestra actitud. No es fácil pero esa es la enseñanza del evangelio. La buena nueva es que Dios nos da la gracia y la fuerza para permanecer fieles.

Propio 25

Jeremías 14,(1-6)7-10.19-22; Salmo 84,1-6; 2 Timoteo 4,6-8.16-18; Lucas 18,9-14

La semana pasada, el pasaje del evangelio de san Lucas se enfocaba en la importancia de la oración y la insistencia en el orar. Hoy, el evangelio continúa con el tema de la oración pero con un énfasis en la actitud que debemos adoptar ante Dios.

Jesús presenta la parábola del fariseo y del cobrador de impuestos para ilustrar su mensaje. Hay dos personajes en esta parábola: un fariseo y un cobrador de impuestos o publicano. El fariseo nos parece una buena persona. Ayuna dos veces por semana y da la décima parte de todo lo que gana (Lc 18,12). El fariseo está cumpliendo con lo marcado por la ley de su religión. El cobrador de impuestos viene a Dios con un corazón contrito, se queda a cierta distancia y se golpeaba el pecho, exclamando: “¡Oh Dios, ten compasión de mí, que soy pecador!” (Lc 18, 13). Jesús concluye la historia diciendo que fue el cobrador y no el fariseo quien quedó perdonado por Dios.

A nosotros, que hemos oído esta parábola muchas veces, no nos sorprende mucho el resultado, pero para los oyentes de aquella época, era toda una sorpresa. ¿Por qué? Porque el fariseo era una persona con mucho respeto en la comunidad; acudía al templo cada sábado y cumplía la ley. Entonces, estaba obrando bien ante todos. En cambio, los cobradores de impuestos (o los publicanos) no gozaban de respeto ante los demás. Su trabajo y su estilo de vida no eran respetados por ningún segmento de la sociedad judía porque cobraban los impuestos para los romanos.

El fariseo es el símbolo del buen judío. El cobrador de impuestos el símbolo del enemigo del pueblo judío. Jesús irónicamente usa estos dos personajes para ofrecer su mensaje: “Porque el que a sí mismo se engrandece, será humillado; y el que se humilla, será engrandecido” (Lc 18,14). Para nuestro Señor ni el nivel de educación ni el nivel de prestigio es importante para lograr el perdón. Es la actitud ante Dios lo que determinará si los pecados nos son perdonados.

Hoy día, no ha cambiado mucho el escenario del mundo: gente con prestigio y fieles observantes de la ley aparecen como buenos; y gente, como cobradores de impuestos, es considerada enemiga. Pero esta historia no trata de gente buena o gente mala. Trata del peligro de tener demasiada confianza en sí mismos olvidándonos del poder y de la misericordia de Dios. La cultura del mundo promete que si cumplimos las leyes y trabajamos arduamente, triunfaremos ante la sociedad y ante Dios. Mas ni el mundo ni nosotros individualmente estamos dispuestos a admitir los defectos y pecados que nos aprisionan.

Por ejemplo. De tiempo inmemorable palestinos y judíos han luchado por una tierra que creen pertenecerles. Ambos presentan argumentos históricos a su favor, pero los dos pueblos desean controlar con exclusividad esos lugares sagrados. Los dos son descendientes de Abrahán. Los dos tienen confianza en sí mismos y creen que están siguiendo las leyes divinas. Cada uno está orgulloso de sus estrategias aunque todo ello haya desembocado en violencia, y desplazamiento de gentes. Los dos dicen: “Es necesario para realizar nuestro objetivo. Es la única manera”.

Pero, ¿qué pasaría si los dos pueblos adoptaran la actitud del cobrador en vez de la arrogancia del fariseo? ¿Qué pasaría si confesaran con Jeremías: “muchas veces hemos sido infieles, hemos pecado contra ti?” (Jr 14,8). ¿Qué pasaría si los dos admitieran sus odios y venganzas, y con una mente abierta y un corazón humilde se presentaran ante la misericordia de Dios en busca de una solución? Cabría la posibilidad de un sincero pacto de paz.

Quizás, no podamos nosotros cambiar las estrategias de esos países, pero sí podemos cambiar nuestro vivir. En vez de mantener la posición de “tengo la razón” ¿por qué no adoptamos una postura de humildad y admitimos nuestros errores como el cobrador? Esto traería alegría y paz a muchos hogares, donde esposos, padres e hijos se mantienen en constante pelea por no querer ceder. No hay alegría en tener la razón, la mayor alegría consiste en ser perdonado y amar.

Propio 26

Isaías 1,10-20; Salmo 32; 2 Tesalonicenses 1,1-5(6-10)11-12; Lucas 19,1-10

El profeta Isaías compara el pueblo de Judá con Sodoma y Gomorra porque se había alejado del verdadero sentido del mandamiento de Dios que incluía sacrificios acompañados de una vida consagrada al Señor. “Más le agrada al Señor que se le obedezca, y no que se le ofrezcan sacrificios y holocaustos; vale más obedecerlo y prestarle atención que ofrecerle sacrificios y grasa de carneros” (1 Sm 15,22).

Las celebraciones semanales, mensuales y anuales, no tenían sentido para Dios, si no se ofrecían con la actitud correcta. Había tanta hipocresía en el pueblo, que el Señor se expresaba con expresiones como éstas: “estoy harto, me repugna, no lo soporto, aborrezco...”. Aquellas reuniones nacionales, en vez de ser actos de adoración, eran todo lo contrario. El Señor las reprocha de esta manera: “¿Se me han vuelto tan molestas que ya no las aguanto!” (Is 1,14). Las oraciones no tenían respuesta porque las manos que extendían para orar estaban manchadas de sangre, por tratar mal a los necesitados.

El mensaje del escritor sagrado es un llamado a un cambio radical de vida, para obtener el perdón de Dios, de lo contrario habrá un juicio. Se debe llegar al arrepentimiento de una manera personal. Entonces Dios cambiará lo incambiable. Según san Pablo, los cristianos han sido llamados a vivir en la gracia del Señor. La gracia es el favor inmerecido que Dios vierte en cada persona que acepta con fe el sacrificio realizado por Jesús.

Lo que el apóstol dice a los tesalonicenses es que Dios da lo opuesto de lo que realmente merece la persona, bendición en lugar de juicio. Y que la aflicción por la que está pasando es una prueba de la autenticidad de su fe. También recuerda la constancia de su resistencia que los señala como merecedores heredar el reino divino.

El apóstol habla de la reconciliación lograda por Jesús, que pagó nuestras deudas de una vez y para siempre (Heb 9,22-27). Por eso, los cristianos pueden vivir en paz, aún en medio de las persecuciones (2 Tes 1,4-5), porque el propósito de los sufrimientos es ofrecer gloria a Dios y así ser considerados dignos del reino de Dios.

Los cristianos de Tesalónica deben madurar en su relación con Dios, y los unos con los otros. Porque la fe genuina va siempre acompañada del amor a los demás (Sant 2,14-17). La fe es la raíz y el amor el fruto, por eso Pablo ora para que los tesalonicenses mantengan un estilo de vida de acuerdo a su vocación.

Lucas narra la historia de Zaqueo. Zaqueo era colector de impuestos y quería conocer a Jesús. Jesús lo sabía de antemano, lo llamó y le pidió que bajara del árbol, con la condición de hospedarse en su casa. Zaqueo mostró arrepentimiento y gozo de recibir a Jesús. Zaqueo, hombre de mucho dinero, responde de una manera diferente al joven rico (Lc 18,18-30), porque este cobrador de impuestos se dio cuenta de que era pecador. Zaqueo, rico e influyente, encuentra la salvación.

Zaqueo, después del encuentro con el Señor, experimenta un cambio total. Este hombre quiere que todo el mundo sepa que Jesús ha cambiado su vida, y como resultado de ello restituirá el dinero a las personas que había engañado.

Dios no está interesado en sacrificios u ofrendas. Dios espera que se cumplan los mandamientos, no de forma artificial, sino de manera que se pueda comprobar en el vivir diario el amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a uno mismo. Esto no es posible a no ser que se realice una conversión. San Pablo afirma: “Por lo tanto, el que está unido a Cristo es una nueva persona. Las cosas viejas pasaron; lo que ahora hay, es nuevo” (2 Co 5,17). La hipocresía no debe tener lugar en la familia de Dios. Jesucristo vio repetirse lo que el profeta Isaías dijo al pueblo de Judá: “Este pueblo de labios me honra; mas su corazón está lejos de mí” (Mt 15, 8). Tenemos que amar a Dios y al prójimo no de palabra ni de lengua, sino de hecho y en verdad (Jn 3,18).

Propio 27

Job 19,23-27a; Salmo 17,1-8; 2 Tesalonicenses 2,13-3:5; Lucas 20,27(28-33)34-38

Desde el más trágico sentido de abandono, Job se levanta a la más triunfante afirmación de la fe. Parece que Dios se hubiera dedicado a humillar a Job. Sus parientes, sus amigos íntimos, sus siervos, y su misma esposa, todos se han alejado de él con mala disposición. Job se ve privado del afecto de aquellos que más quería (Job 19,13-23).

Job mira hacia el futuro para encontrar la esperanza que le niega el presente. ¡Si su caso se registrara en un libro, en una tableta para que las generaciones venideras pudieran ver su inocencia, para que Dios pudiera vindicar su causa! Job pensaba que Dios estaba en su contra, pero también sabía que sólo Dios podría ayudarlo en ese trance. Se encontraba tan mal de salud que pensaba en la muerte, pero Dios vendría a su alcance como defensor.

Job sabía que al final Dios estaría de pie como testigo defensor en el juicio, donde defendería la inocencia de Job. Job sabía que después de la muerte vería a Dios. Job tenía tal certeza de ver a Dios que lo repite dos veces. Sin duda esta seguridad que anidaba en su corazón fue la que le motivó a seguir viviendo, a superar la tragedia personal por la que estaba pasando.

También el escritor del salmo es consciente de su integridad ante Dios. Su clamor es intenso porque dice: “oye” “escucha” y “atiende”. Sus enemigos quieren que se aparte de los caminos de Dios. El salmista está convencido de su integridad, porque se ha propuesto en su corazón servir a Dios y apartarse del mundo corrupto. Apela a la fidelidad de Dios para refugiarse de las asechanzas del mal, ora a Dios para que le guarde como a la niña de sus ojos y que le esconda debajo de sus alas. Siente cómo sus enemigos le acosan, le vigilan para que abandone su dedicación al Señor. Tal vez por eso dice: “Pero yo, por mi rectitud, veré tu rostro; al despertar, me saciaré de tu semejanza”. Esa es la esperanza de los hijos de Dios, ver un día cara a cara al redentor de quien habla Job.

Tanto el salmista como Job hablan de la esperanza que hay en el corazón de todo hijo de Dios. Ambos pasaban por experiencias un poco diferentes, pero la esperanza de que un día los sufrimientos acabarían les alentaba a seguir adelante.

La carta de Pablo a los de Tesalónica tiene el propósito de animarles a estar firmes aun en medio de las persecuciones. Les alienta de esta manera: “Dios les ha llamado para la salvación, usando el evangelio, para que un día puedan compartir el glorioso esplendor de Cristo, por eso deben de vivir con la esperanza del inminente regreso de Jesucristo” (2 Tes 15). Hasta que suceda eso, deben orar por los que predicán el evangelio para que rápidamente se propague, y también para que el Señor los libre de gente perversa.

Los saduceos eran religiosos, conservadores, ricos, y también admiraban la política romana. Eran materialistas y negaban la resurrección, la existencia de los ángeles y de los espíritus. Se acercaron a Jesús con intención de probar la solidez de su enseñanza con relación a la resurrección. La pregunta se basa en la doctrina del levirato (Gn 38,8 y Dt 25,5), Jesús contesta: “Los hijos de este mundo” necesitan casarse, pero la vida después de la resurrección es diferente. La enseñanza de Jesús era ésta: “El que oye mi palabra y cree al que me envió tiene vida eterna” (Jn 5 24), ya no hay muerte, y no hay necesidad de procrear ni de matrimonio. Serán como ángeles (Lc 20,34).

El pueblo de Israel aceptó una vida más allá de la muerte. Por eso desde el comienzo, se habló de la tierra prometida. Jesús menciona a Moisés y su creencia cuando dice que Dios es un Dios de vivos y no de muertos: “Dios de Abrahán, Dios de Isaac y Dios de Jacob” (Ex 3,2-16).

Las lecturas de hoy hablan de ese Dios vivo que está presente en la vida de toda persona. Siempre, en todo momento, en los problemas, en las enfermedades, nos acompaña Dios. En días de incertidumbre, el mundo y todo ser humano, necesita enfocar su vida en ese Dios del que habla Jesús “Dios no de muertos, sino de vivos”.

Propio 28

Malaquías 3,13-4,2a,5-6; Salmo 98; 2 Tesalonicenses 3,6-13; Lucas 21,5-19

La historia está llena de casos en los que los beneficiados han criticado duramente al benefactor. Pronto olvidaron los favores recibidos, mostrando, de esa manera, una de las debilidades más mezquinas del ser humano, la ingratitud.

Este es el caso del pueblo de Israel que comenzó a cuestionar el provecho de servir a Dios, porque aparentemente no recibía bendiciones. Estos servidores de Dios comenzaron a convencer a otras personas que no valía la pena ser fieles a Dios, porque los impíos prosperaban.

Es interesante ver la calidad de esas personas que, por un lado, adoran y sirven, y por otro, obran lo contrario. Los salmos constantemente nos amonestan contra ese espíritu: “No te impacientes del que medra, del que tiene éxito en sus maldades” (Sal 37,8).

El problema residía en la misma gente que era desobediente. Dios esperaba que la obediencia fuera no sólo exterior sino interior. Jesús dijo: “De la abundancia del corazón habla la boca”. El mismo Señor advirtió que tendremos que dar cuenta de toda palabra usada.

Aquí hay un llamado de Dios a su pueblo a permanecer fiel. Porque en el “día que yo preparo” se distinguirá claramente entre el justo y el malvado; el primer grupo será reservado para el reino de Dios, y el segundo para el castigo. El sol de justicia, de que habla Malaquías, se refiere al Señor Jesucristo, que a su regreso traerá justicia y renovación espiritual a su pueblo fiel, que incluye salud espiritual, física y abundante gozo, también juicio para el malo (Is 17,17-25. Am 9,13-15).

El salmista invita al pueblo a cantar, porque el Señor ha manifestado su poder y salvación, por el gran amor que le tiene. Todo el mundo debe alabar a Dios usando los distintos instrumentos musicales, porque él es rey y Señor.

En las cartas a los Tesalonicenses Pablo habla de la segunda venida de Cristo y lo presenta como algo inminente. Como resultado, muchos cristianos no querían trabajar. No querían ninguna distracción. En vista de que esta actitud continuaba, el apóstol les recomienda apartarse de esos hermanos, que no sólo no trabajaban, sino que también creaban desorden. El apóstol ve llegado el momento de usar su autoridad apostólica y les pide que vivan la vida cristiana según les ha enseñado con el ejemplo. “No viví entre vosotros sin trabajar, nadie me dio de balde el pan que comí, sino que trabajé y me cansé día y noche, a fin de no ser carga para nadie” (2 Tes 3,8).

En los inicios, la Iglesia no tenía un presupuesto establecido, ni escalafón salarial, sin duda recibían ayuda de los hermanos para cubrir sus gastos, por eso existía la necesidad de realizar algún tipo de trabajo para no ser una carga a los cristianos. La exhortación es tan dura que el apóstol les dice: “El que no trabaja que tampoco coma” (2 Tes 3,10). El no hacer nada, les daba el tiempo para meterse en asuntos ajenos, esto estaba creando problemas, y en lugar de ser una ayuda llegaron a ser una carga. Con todo, el apóstol les amonesta a seguir obrando el bien, y a que aconsejen al perezoso y a que no le consideren como enemigo, sino como hermano.

Cuando sucedieron los atentados terroristas del 11 de septiembre del 2001, la gente preguntaba cuánto faltaba para la venida de Cristo. Nadie lo sabe. Periódicamente le vienen a la humanidad días oscuros y de pesimismo. En esas ocasiones se vive con miedo, y se habla del final de los tiempos. La misma Biblia, con frecuencia hace referencia a eventos apocalípticos que reflejan la época en que vivían los escritores. El mundo occidental vio, en el siglo pasado momentos trágicos marcados por las dos guerras mundiales. Se sufrió muchísimo. Sin embargo la humanidad se recuperó y prosperó. Luego se han dado toda clase de calamidades y catástrofes. Pero el mundo sigue adelante. Lo más probable es que el mundo dure todavía miles de años. Para nosotros, individualmente, es mucho más importante estar preparados ante el Señor. Amarlo de todo corazón y al prójimo de la misma manera.

Propio 29

Jeremías 23,1-6; Salmo 46; Colosenses 1,11-20; Lucas 23,35-43

El profeta Jeremías transmite el mensaje a los pastores o gobernantes, reclamándoles el mal trato que están ofreciendo al pueblo. Tal conducta, en vez de mantener a la gente unida, forjando una nación donde el nombre de Dios sea reconocido, lo que ha logrado es dispersar y extraviar al rebaño del Señor. Han estado tan ocupados en sus propios negocios que han invertido su verdadera función, porque el pastor, reúne, dirige y cuida del rebaño. Ellos han realizado lo contrario. En vez de cuidar del rebaño, se han preocupado de sí mismos, no han ayudado a las ovejas débiles ni a las enfermas ni buscaron a la extraviada. “¡Ay de ellos!”, exclama el Señor (Ez 34,1-10). El Señor privará de responsabilidad a los pastores deshonestos, y colocará en su lugar a un pastor modelo, a un gobernante modelo, a un rey del linaje de David, que será justo. Jesucristo será el buen pastor que reunirá las características necesarias. Como rey gobernará con sabiduría y justicia.

Los hermanos de Colosas estaban viviendo de alguna manera los “poderes de las tinieblas” que eran como fuerzas invencibles que actuaban en el mundo, como tronos, dominios, principados y potestades. Se preguntaban, si Jesucristo tenía todo poder, ¿qué estaba pasando? ¿Por qué esos ataques del enemigo? El apóstol responde suplicando fe en el “glorioso poder” divino, así podrán soportarlo todo con mucha fortaleza y paciencia. Luego, Pablo les ruega que tengan presente toda la obra de redención realizada por Jesucristo. Les muestra cómo ellos, los colosenses, siendo antes extranjeros y enemigos de Dios, ahora están reconciliados con la divinidad, gracias a la muerte de Cristo.

La Iglesia coloca en la liturgia el pasaje de la pasión del Señor por doble razón. Primero, para demostrarnos que Jesús fue el buen pastor, el buen gobernante que cuidó de su pueblo de una manera insospechada. ¿Quién iba a pensar que un pastor iba a dar la vida por sus ovejas como lo hizo Jesús? Ciertamente esto sería impensable para los pastores de antaño que sólo pensaba en su propio provecho. Ciertamente que tampoco los pastores-gobernantes contemporáneos a Jesús entendieron ni comprendieron su mensaje. Mas debieran haberlo comprendido en luz a toda la predicación profética proclamada durante siglos. Debieran haber pensado que el nuevo pastor, el nuevo rey, no lo haría buscando honores ni realezas humanas, sino con una entrega total de amor hacia el género humano. La segunda razón de presentar el pasaje de la pasión de Jesús es porque nos habla de la realeza de Jesús. ¡En verdad, una realeza bien extraña para el entendimiento humano! Pero vemos cómo, desde la cruz, Jesús se encontraba en control y dueño de un sistema totalmente nuevo. Así le consuela al criminal arrepentido: “Te aseguro que hoy estarás conmigo en el paraíso”. ¿Quién es éste que en medio del suplicio ofrece con tanto aplomo y seguridad garantías de un paraíso todavía no visto?

Los colosenses, debieran haberse inspirado y consolado con este ejemplo. Todo cristiano, en momentos de angustia y sufrimiento, en momentos de duda e incertidumbre, debe mirar a la cruz, para encontrar en ella fortaleza.

Jesucristo desde la cruz confunde a todos. Tanta fue la confusión que a los pocos años de la nueva religión, este evento, sin par en la historia, se había tergiversado. Cuando los nuevos pastores del pueblo de Dios, comenzaron a imitar a los antiguos, la Iglesia cayó en una decadencia lamentable. ¿Cómo podría Jesús imaginarse que un día sus representantes se armarían de coraza y espada para defender su doctrina? ¿Cómo podría Jesús imaginarse que un día sus representantes en la tierra dominarían a la fuerza un gran imperio terrenal? Si Jesús pudiera presenciar tal espectáculo, lloraría de tristeza y desilusión.

Hermanos, todavía estamos a tiempo de enderezar lo torcido. Estamos a tiempo de aprender que no podemos reinar con el despotismo ni con la fuerza. Sólo un amor semejante al de Jesús nos conducirá al triunfo en el mundo entero.

La Presentación del Señor en el templo (2 de febrero)

Malaquías 3,1-4; Salmo 84,1-6; Hebreos 2,14-18; Lucas 2,22-40

La fiesta de la Presentación de Jesús en el templo tuvo su origen en Jerusalén. Hay testimonios que la mencionan ya en el siglo IV. Cuando esta fiesta se extendió por Siria en el siglo VI, se le dio en Constantinopla el nombre de “Encuentro”. Al pasar a Occidente en la segunda mitad del siglo VI, se celebraba, como hoy día, es decir, cuarenta días después de la Natividad del Señor, o sea el 2 de febrero. Más tarde, hacia el año 750, en las Galias tomó el nombre de “Purificación de la Virgen María”, nombre que conservó hasta 1969. En Roma, donde la misa tenía lugar al alba, el papa Sergio I (687-701) hizo que a la misa le precediera una procesión en la que todos llevaban un cirio; de ahí el nombre popular de “la Candelaria”. Con la denominación actual de “Presentación del Señor en el templo”, recobra su orientación inicial de celebración vinculada al misterio de la encarnación del Hijo de Dios.

Jesús, desde su nacimiento, es el mensajero de la buena de Dios. Anunciado ya repetidas veces por los profetas. Jesús, el Hijo de Dios, quiso ser totalmente solidario con la raza humana, sometándose a la ley y a toda limitación humana. Pasó por toda etapa del crecimiento humano. San Pablo en la carta a los Hebreos afirma que “Jesús fue de carne y sangre humanas” (Heb 2,14). La razón de ello, es que “vino para ayudar no a los ángeles, sino a los descendientes de Abrahán. Y para ello tenía que ser hecho igual en todo a sus hermanos, para llegar a ser delante de Dios un sumo sacerdote fiel y compasivo” (Heb 1, 16-17). Jesús conoció en su propia carne las pruebas de la condición humana, incluida la muerte. Dios verdadero y hombre verdadero, es el sumo sacerdote que libera a los seres humanos del pecado y se compadece de sus sufrimientos, cuya dureza experimentó.

El evangelio de hoy inicia demostrando la fidelidad de los padres de Jesús a la ley, y termina de la misma manera: “Después de haber cumplido con todo lo que manda la ley del Señor, volvieron a Galilea, a su propio pueblo de Nazaret. Y el niño crecía y se hacía más fuerte y sabio, y gozaba del favor del Señor” (Lc 2,39-40).

Así pues, tenemos que Jesús, en cuanto hombre, nace de una madre, crece, en el ambiente de una familia, cumple con todos los requisitos de la ley judía, y crece en fortaleza y sabiduría, porque gozaba de la gracia de Dios. Un resumen que dice mucho en pocas palabras.

Los evangelistas tienen necesidad de afirmar la humanidad de Jesús, porque pronto surgirían opiniones de que un cuerpo unido a la divinidad tenía que ser perfecto. No podía enfermarse ni fatigarse ni pasar hambre ni sed. En otras palabras no podía sufrir ni padecer. Con ello estaban negando la humanidad de Cristo.

Jesús pronto empezó mostrar que el favor de Dios estaba con él en su enseñanza y en su vida profética. Jesús entraba en las sinagogas a enseñar (Mc 1,21). Recorría las aldeas enseñando (Mc 6, 6). Enseñaba en el templo (Mc 12,35 y Jn 7,14). Enseñaba una doctrina nueva “con autoridad” (Mc 1,22) Es decir, no repetía lo ya sabido, sino como fuente autorizada de nueva doctrina. La gente decía: “Es una enseñanza nueva. Hasta a los espíritus inmundos les da órdenes y le obedecen” (Mc 1,27). Y “todo el mundo admiraba su enseñanza” (Mc 11,18).

Muchas cosas podemos aprender del mensaje de esta fiesta. Primero, que Jesús conoció la condición humana, como cualquier otro ser humano; segundo, que era fiel a su religión y tradición judías; tercero, que era también innovador, líder, profeta, que arriesgaba su vida por el bien de todo el pueblo.

Hemos de imitar a Jesús. Tenemos que conocer bien su vida y meditar sobre ella. Si así lo hacemos el favor y la gracia de Dios nos acompañarán, y podremos realizar portentos, en nuestras vidas y en las de los demás.

La Ascensión del Señor

Hechos 1,1-11; Salmo 47; Efesios 1,15-23; Lc 24,49-53

En la Ascensión del Señor a los cielos recordamos una realidad por la que Jesús pasó y por la que un día pasaremos nosotros. Es decir, el retorno al Padre, mansión celestial eterna.

El Hijo de Dios vino a este planeta, vivió entre los humanos unos treinta y tres años, dio un ejemplo de vida singular, murió de amor en un martirio horroroso y luego resucitó, manifestándose así el poder definitivo divino. Finalmente, Jesús regresó al hogar eterno del Padre.

Nosotros, los seguidores de Cristo, de una manera u otra, hemos de andar un camino parecido. Cuanto más imitemos la vida de Jesús, mejor nos ha de ir. Las personas que lo imitan, cien por cien, como los santos, se tornan divinos ya en esta tierra, y ansían morir y volar a la gloria eterna.

Ahora bien, ¿cómo hemos de entender algunas expresiones de las lecturas de hoy? Evidentemente, los escritores de las mismas vivían en otra cultura. No tenían un conocimiento astronómico ni cósmico como el nuestro. Probablemente, muchos entendían que el cielo estaba “arriba”, porque creían que la tierra era plana, y “debajo” no había más que el infierno. Toda esa concepción cósmica ya la hemos superado. Hoy sabemos que el planeta tierra no es más que un puntito, casi invisible, entre los millones de galaxias que pueblan el infinito universo. No estamos ni arriba ni abajo ni a la derecha ni a la izquierda. Simplemente estamos en el universo sideral. Así pues, las expresiones bíblicas: “subió”, “fue elevado”, “al cielo”, “a lo alto”, no se han de tomar al pie de la letra como si Jesús, a modo de un cohete, hubiera subido al cielo. No.

Entonces, ¿dónde está el “cielo”? Ante todo no debemos de entender el cielo como un lugar, como algo localizado en un sitio. Los espíritus no ocupan lugar, por lo tanto, no necesitan un espacio donde vivir. Lo que llamamos cielo, en vez de ser un espacio sideral, se trata de un estado vital, superior, divino, en el que seremos como dioses, viviendo una felicidad sin límites y con un poder muy superior al que tenemos ahora.

¿Cuál es el mensaje de esta fiesta? ¿Qué mensaje nos transmiten las lecturas de hoy? Hay dos mensajes, primero, que nuestro destino final no se encuentra en esta tierra, y segundo que, si así están las cosas, ¿por qué no tratamos de prepararnos para el destino futuro?

Cuando hemos decidido ir de viaje a un país remoto, nos preparamos durante mucho tiempo. Pensamos bien todos los detalles, compramos todo lo necesario para el viaje, compramos los boletos de viaje, y esperamos con ansiedad a que llegue el día esperado.

Vivimos en esta vida transitoriamente. Sabemos que nuestro destino definitivo no se encuentra aquí, así pues, sería conveniente que nos preparáramos para ese viaje definitivo. Sin embargo, con frecuencia nos olvidamos de esa realidad tan cierta como profunda. Vivimos absorbidos por las cosas. Casi no pensamos en el más allá. Sólo cuando algún amigo, o ser querido parte, reflexionamos un poco. Y aún en esos momentos, lloramos más la partida del ser querido que celebramos la alegría de que se haya ido al cielo, a gozar. Si tuviéramos una fe profunda, en medio del dolor de esa partida del ser amado, estaríamos alegres porque ya ha logrado el gozo definitivo y esperado. Ya está en el cielo. Ha superado este vivir terreno.

Si tenemos una fe profunda en la verdad contenido en el mensaje de hoy, no sólo nos prepararemos nosotros para ese viaje definitivo sino que trataremos de convencer a todo el mundo de algo tan hermoso. Cuando regresamos de un viaje a Europa o a un lugar exótico, se lo contamos a todo el mundo, y les animamos a que vayan a ver cosas tan preciosas. Lo mismo debemos hacer con el mensaje de Jesús. Invitemos a todos a conocer a Jesús y a seguir sus pasos.

Así en definitiva, la fiesta de hoy nos pide que vivamos en esperanza, que vivamos en expectativa, que vivamos atentos, y que compartamos la alegría de este mensaje con todo el mundo.

La Transfiguración del Señor

Éxodo 34,29-35; Salmo 99,5-9; 2 Pedro 1,13-21; Lucas 9,28-36

La liturgia del tiempo de Pentecostés ofrece un mensaje básico: la acción santificadora del Espíritu Santo en la Iglesia de Cristo. Pentecostés era, en tiempo de Jesús, una celebración muy solemne de acción de gracias. Era una estación agrícola en la que se ofrecían a Dios los primeros frutos de la cosecha. Pentecostés es también significativo para nosotros, pues en ese acontecimiento se recogieron los primeros frutos del cristianismo.

El Espíritu Santo descendió ese día sobre la naciente Iglesia de Cristo, y la llenó de poderosa vitalidad. La savia de sus dones hizo florecer todas las virtudes cristianas. La Iglesia de Cristo creció y se desarrolló con un vigor increíble. Desde entonces, Cristo resucitado se comunica a las almas y su Espíritu transforma la faz de la tierra.

La liturgia de hoy presenta la extraordinaria escena de la Transfiguración del Señor. El origen de esta fiesta, celebrada desde el siglo IV por los monjes cristianos que vivían en el desierto, se sitúa en Oriente. El misterio de la Transfiguración ocupaba un lugar muy importante en su espiritualidad y en su mística. Se dedicaban a contemplar la gloria de Dios en el Señor transfigurado, llevando una vida unificada por la oración, en particular la invocación incesante del nombre de Jesús. La fiesta se introdujo en Europa a partir del siglo X empezando por la península Ibérica.

Esta celebración cae en el corazón mismo del tiempo de Pentecostés. Tiempo de la obra santificadora del Espíritu. Las lecturas hablan de la vocación del pueblo de Dios a la santidad.

Ese llamado a la santidad tuvo lugar en los significativos acontecimientos del Monte Sinaí y del monte donde ocurrió la transfiguración de Jesús. El Monte Sinaí es el gran escenario del pacto personal de Dios con su pueblo. En el Levítico leemos: “Ustedes tienen que ser santos porque yo soy santo” (Lv 11,45).

Una de las frases que revela el plan de Dios con su pueblo, tuvo lugar cuando en el Éxodo, al pie del Monte Sinaí, Dios le comunicó cuál era el ideal a seguir: “Ustedes me serán un reino de sacerdotes, un pueblo consagrado a mí”. (Ex 19,6)

El plan de Dios era muy claro: su pueblo escogido, y en especial sus líderes, debían ser lazo de unión entre el creador y la criatura humana. Quería que fueran puente de salvación. La tarea fue larga y penosa. Los patriarcas y los profetas escogidos consagraron sus vidas y lucharon por ese ideal divino de restaurar la naturaleza humana a su estado original de santidad.

Larga fue la historia. Hubo grandes triunfos y humillantes derrotas. Hechos de heroica santidad, así como pecados de vergonzosa traición a los ideales mesiánicos. Al cumplirse los tiempos, Dios toma forma humana en la persona de Jesús de Nazaret para realizar definitivamente la obra de santidad: “Yo mismo voy a encargarme del cuidado de mi rebaño”, dijo el Señor por su profeta Ezequiel (34,11).

Jesús es ungido por el Espíritu Santo en el bautismo. Como Moisés salió del agua para salvar. Con el bautismo de Jesús se inicia el nuevo pacto: “Este es mi Hijo, mi elegido, escúchenlo”. Palabras que se repiten en el monte donde tuvo lugar la transfiguración de Jesús. Y se repiten constantemente para los líderes del nuevo pueblo de Dios y para todos los cristianos: “¡Escúchenlo!”.

En la Transfiguración de Jesús la liturgia nos invita a recordar la historia de nuestra salvación, a renovar en Cristo resucitado nuestra lealtad a la voluntad de su Padre y a ponernos bajo la influencia de su Espíritu para caminar seguros por el camino que lleva a la patria eterna.

En la celebración eucarística se nos invita a todos a subir al monte de la transfiguración, donde Jesús quiere realizar en cada uno de nosotros el milagro de la transformación, de nuestra naturaleza pecadora, en modelos de verdaderos hijos e hijas de Dios.

La Festividad de Todos los Santos

Eclesiástico 44,1-10,13-14; Salmo 149; Apocalipsis 7, 2-4. 9-14; Mateo 5,1-12

El Hijo de Dios no vino a la tierra para facilitarnos el caminar por ella sino para anunciarnos algo grande y hermoso. En el evangelio de hoy, Mateo presenta a Jesús como el nuevo Moisés, hablando desde un monte, ofreciendo una ley nueva, por la cual nos debemos gobernar en esta tierra.

Las bienaventuranzas suenan como algo muy extraño. No nos caen bien. Es difícil apreciar el carácter paradójico de las mismas. Nos gustaría olvidarlas o ignorarlas cuanto antes. Nos gustaría que Jesús nunca las hubiera mencionado. Sin embargo, las bienaventuranzas constituyen una revolución moral que todavía no se ha llevado a su plenitud. Jesús no vino a esta tierra a facilitarnos las cosas sino a establecer un orden nuevo de valores. Jesús no condenó el placer ni los bienes materiales ni el dinero. No condenó al joven rico que le preguntó sobre la manera de lograr la perfección. Jesús le advirtió que colocara el corazón no en la tierra sino en el cielo.

A Jesús le gustaba comer con amigos, con pecadores, en bodas, en banquetes. Le gustaba el buen vino, y el primer milagro que realizó fue convertir agua en vino. Y con todo, Jesús no vino a vivir una vida cómoda o de confort, sino a enseñarnos un camino nuevo. No hay otro camino para el verdadero cristiano. Podemos gozarnos en la maravilla de la creación, podemos gozarnos en las cosas creadas y materiales, pero también tenemos que estar dispuestos a cargar con la cruz.

Hoy estamos celebrando la fiesta de Todos los Santos. Es una fiesta bella y muy significativa. Celebramos a santos pequeños y a santos grandes. A los famosos y a los desconocidos. Las lecturas del Eclesiástico y del Apocalipsis hacen referencia a todos ellos. Ahora, entre ellos podremos recordar también a nuestros familiares y amigos ya idos. Todos están con Dios.

El mensaje de la fiesta de Todos los Santos, es un mensaje de esperanza y fortaleza. En el prefacio de la liturgia leemos: “Porque en la multitud de tus santos, nos has rodeado de una gran nube de testigos, para que nos regocijemos en su comunión, y corramos con perseverancia la carrera que nos es propuesta, y, junto a ellos, recibamos la corona de gloria que no se marchita”. Así pues, aunque peregrinos todavía en este mundo, nos encaminamos alegres, guiados por la fe y animados por la gloria de los santos que ya están en la gloria. En ellos encontramos ejemplo y ayuda para nuestra debilidad. El auténtico cristiano debe escalar, con valentía y entereza, la cumbre de la montaña, el auténtico cristiano debe esperar contra toda esperanza, y cuando todo aparece oscuro y tenebroso, el auténtico cristiano debe estar seguro de que un día se encontrará con todos los santos en el cielo.

San Pablo, en la carta a los Hebreos, dedica todo el capítulo once para exaltar a los grandes modelos de fe del Antiguo Testamento. Menciona a los más famosos: a Noé, a Abrahán, a Isaac y Jacob, a Sara, a Moisés, a Gedeón, Barac, Sansón, Jefté, David, Samuel y los profetas, y recuerda cómo vivieron y murieron heroicamente. Luego comienza el capítulo doce de esta manera: “ Así pues, nosotros, rodeados de una nube tan densa de testigos, desprendámonos de cualquier carga y del pecado que nos acorrala; corramos con constancia la carrera que nos espera, fijos los ojos en el que inició y consumó la fe, en Jesús” (Heb 12,1).

Iniciamos esa carrera el día de nuestro bautismo. En muchas iglesias, hoy, se celebrarán bautismos, y se recibirán a nuevos cristianos que nos acompañarán en este caminar hacia la gloria. En el bautismo contraemos unas responsabilidades de ayuda mutua. No podemos renovar nuestras promesas de una manera superficial, sino con pleno conocimiento de lo que hacemos. Renovadas las promesas, realmente podemos celebrar con alegría este día, porque todos somos santos. Leemos en la carta a los gálatas: “Los que os habéis bautizado consagrándoos a Cristo os habéis revestido de Cristo” (Gal 3,27). Somos uno en Cristo, y ni la edad ni el color ni la nacionalidad nos podrán separar, porque somos uno en Cristo. ¡Celebremos la fiesta!

Note

Note

**The Office of Hispanic Ministry
The Episcopal Church Center
815 Second Avenue
New York, NY 10017**